

LA BIBLIOTECA



AÑO I. — TOMO I

7-3119

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA

BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO I. — TOMO I

AGENCIA ESPAÑOLA DE
 COOPERACION INTERNACIONAL
 25 MAY 2005
 BIBLIOTECA MECÁNICA
 Hemeroteca

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1896

« LA BIBLIOTECA »

Este primer número de la *Biblioteca* es muestra regular de lo que serán los sucesivos, en cuanto á material y ejecución. La *Biblioteca* saldrá á luz el día 15 de cada mes, en cuadernos de 160 páginas en octavo mayor, formando un volumen de 640 páginas de texto cada cuatrimestre. No publicará sino trabajos inéditos.

La *Biblioteca* será independiente, así en materias científicas y literarias, como en otras que atañen á la política y á la filosofía; su espíritu general, si lo tiene, será el de la crítica más imparcial y amplia, del bien entendido liberalismo, extraño á toda preocupación estrecha de secta, partido ó círculo. No pediremos á nuestros colaboradores sino la corrección y compostura en la forma, unidas á la sinceridad en el fondo y á la sólida información. La novedad de vistas, la originalidad científica ó literaria, la plena autonomía en el pensamiento y en el estilo, constituyen el dón y la gracia divina que de nadie se pueden exigir, y mucho menos á plazo fijo y en tan apurado momento de nuestra evolución. Pero, asimismo, contamos con los hallazgos felices; y el talento novel ó adormecido que ten-

gamos la dicha de suscitar ó estimular, será, á par que nuestra recompensa, el justificativo mejor de nuestra propaganda intelectual.

Fundamos esta revista mensual de historia, ciencia y arte, con el propósito evidente de hacerla vivir. Entre sus redactores presentes y futuros, nacidos unos, ingeridos otros en este país libre, no hay uno solo que desconozca las condiciones difíciles á que está sometida una publicación de esta índole particularmente en sus comienzos. Una revista es un organismo; y con ello significamos que su existencia depende por igual de sus cualidades propias y del medio en que deben éstas actuar. Si, para justificar su presencia, tiene la *Biblioteca* que ser interesante y útil, no es menos necesario que se aperciba y percate de ello un grupo de lectores. Ahora bien, este doble requisito resume fielmente las objeciones que, respecto de nuestra tentativa, se han reproducido.

Se nos ha dicho, por una parte, que no hallaríamos en la Argentina la suma de colaboración bastante á llenar mensualmente las páginas de una gran revista, faltando á la par entre nosotros la preparación y el vagar indispensables; se agrega, por la otra, que serán tanto más escasos los lectores de este linaje de producciones, cuanto más se alejen éstas de la improvisación diaria y noticiosa...

No nos toca juzgarnos, ni deseamos un juicio definitivo fundado en nuestros primeros pasos, siempre defectuosos por algún respecto. Presumimos, con todo, que el presente número contribuirá á debilitar, ya que no á desvanecer, la primera objeción. Además, fuera de la redacción casera y la colaboración nacional, que formarán por cierto el núcleo resistente de la *Biblioteca*, contamos para lo futuro con la cooperación de muchos hombres de pensamiento y escritores de valía, residentes en otras repúblicas sud-americanas,

y que se han dignado aceptar nuestra hospitalidad. Sean ellos bienvenidos, y ¡ojalá coadyuve este « intercambio » de ideas y comunes aspiraciones, á crear el vínculo solidario y fraternal que las declaraciones y protocolos vanamente procuraron !

En cuanto á la segunda objeción, también renovada de Larra, puede que tenga más realidad ; sin embargo, no ha sido parte á arredrarnos. Con tesón y constancia, esperamos triunfar de lo que se llama indiferencia ó apatía ambiente. Siendo nuestra tentativa diversa de las precedentes, es lógico suponer que también sean diversos los resultados. Es muy sabido que, por lo regular, la necesidad crea el instrumento ; pero lo contrario acontece también, y no es raro que la presencia inesperada de un órgano nuevo determine y estimule la función. Así como, desde los primeros pasos, hemos hallado una cooperación intelectual, superior en todo sentido á muchas previsiones, no es imposible que, á la larga, responda el público á nuestro llamamiento, y que encontremos, para nuestras páginas, la audiencia y el concurso merecidos.

Por lo demás, son modestas nuestras pretensiones ; ni el director ni los redactores de la revista esperan de ella gran provecho material. Por ahora, la *Biblioteca* sólo aspira á vivir, irradiando más y más su benéfica propaganda. Y esta vida material, siquiera módica y circunscrita, es deber nuestro decir que está asegurada, merced á la cooperación espontánea del Congreso argentino. También debemos agregar que esta muestra de confianza en la sinceridad y honradez de nuestro esfuerzo, se ha producido sin condición ;—puesto que la autorización de enriquecer cada número de la revista con la publicación de documentos inéditos, extraídos del fondo manuscrito de la Biblioteca Nacional, más que imposición gubernativa, significa adquiescencia á nuestra propia solicitud. Aunque subven-

cionada, nuestra publicación no tiene, pues, carácter oficial en forma alguna. El favor ha sido completo, realzando con este rasgo de liberalismo ese rasgo de liberalidad.

Así enunciados nuestros propósitos generales, no creemos que sea necesario abundar en pormenores acerca de la composición y economía de la *Biblioteca*. El lector tiene á la vista nuestro primer número, con el sumario de su contenido (1): bástenos agregar que nuestras disposiciones están tomadas para que los venideros no sean inferiores al actual. En condiciones tales, creemos que hemos puesto de nuestra parte las probabilidades del éxito, sin que por ello lo reputemos próximo ni asegurado. Pero el pesimismo absoluto no es más filosófico ni más exacto que el exagerado optimismo.

Vamos á tentar una experiencia interesante, aunque salga fallida; y, desde luego, nos ponemos en marcha para demostrar que el movimiento existe.

PAUL GROUSSAC.

(1) Pedimos disculpa por encabezar la Revista con un artículo de la dirección, pero este *Prefacio* tenía que ocupar dicho lugar ó suprimirse.

LA BIBLIOTECA DE BUENOS-AIRES

Paulatim crescám.

I

La Biblioteca pública de Buenos-Aires, hoy Biblioteca Nacional, fué creada por decreto de la Junta Gubernativa de las provincias del Río de la Plata, el 7 de septiembre de 1810, á inspiración de su ilustre secretario, el doctor don Mariano Moreno.

Nuevo en absoluto, no lo era sin duda el proyecto de tan benéfica institución. Desde 1796, el obispo de Buenos-Aires, don Manuel Azamor y Ramírez, fallecido en ese mismo año, había legado por testamento su « famosa y costosa biblioteca á favor de su Santa Iglesia y de la pública educación y enseñanza » (1). Hasta parece que el propio local, en que más tarde se instaló y funciona todavía, fuera designado por el progresista virrey Vértiz, al anunciar en su amplia Memoria de 1784, que, con caudales procedentes de las temporalidades, se estaban construyendo « con solidez permanente, varios edificios en el apreciable sitio que servía de huerta al Colegio de San Ignacio » (2). Entre dichos edificios, todos de índole edu-

(1) BIBLIOTECA NACIONAL, Manuscritos del D^r Segurola.

(2) REVISTA DEL ARCHIVO DE BUENOS-AIRES, tomo III.

tiva, figuraba naturalmente el de una biblioteca anexa al Colegio de San Carlos y la ya proyectada Universidad. Colecciones de obras en las escuelas y claustros, las hubo siempre, manuscritas ó impresas, desde la edad media, como que los libros son la misma materia didáctica. La idea propia de Moreno, es el destino popular de la institución, independiente de todo vínculo universitario.

Después de germinar obscuramente por cerca de diez años, la iniciativa del obispo Azamor brotaba al fin en el árido suelo colonial, cuando la invasión inglesa de Beresford (1) detuvo bruscamente su desarrollo. Los años que siguieron, todos de tanteo crepuscular, de gestación inconsciente de la Independencia, eran sin duda los menos propicios para semejante realización. Representábase ya el prólogo del drama americano, á dos mil leguas de su verdadero escenario, no siendo aún más que lejanos espectadores sus futuros protagonistas. Por otra parte, hubiera faltado ahora todo apoyo administrativo para una institución de suyo emancipadora y subversiva de los abusos reinantes... ¡Ya no eran los tiempos de Carlos III y Vértiz, y los hacendados de Buenos-Aires, por boca de su elocuente tribuno, se veían precisados á enseñar las liberales doctrinas de Jovellanos y Campomanes á sus indignos sucesores !

Estalló el movimiento de Mayo, próximo precursor de la Independencia. Instalada en la Fortaleza colonial, la primera Junta de gobierno acometió la magna empresa de irradiar su propaganda por la razón y por la fuerza hasta los confines del virreinato. ¡Ardua situación, tan compleja en sus elementos nativos cuanto confusa en su alcance real ! Tan al sesgo se abordó el problema revolucionario, que la obra de emancipación se inauguró con un acto de feudo homenaje á Fernando VII, al rey fantasma que, desde Valençay, felicitaba al intruso José por su usurpación. Antes

(1) Tal es decididamente la ortografía correcta, no *Berresford*. Tampoco era *lord* cuando la conquista : fué creado par en 1814, después de la batalla de Toulouse. Walter Scott ha celebrado su heroísmo (VISION OF DON RODERICK) :

*Shivered my harp, and burst its every chord,
If it forget thy worth, victorious BERESFORD !*

que vencer las resistencias externas, era urgente convencer las ignorancias y egoísmos internos, buscando un primer punto de apoyo en el obstáculo. Por desvalida que se encontrara la Junta, en punto á organización, armas y dinero, parecía aún más desprovista de experiencia política. Desconocida en Córdoba, rechazada en el Paraguay, resistida en Montevideo y atacada por el extremo norte; viviendo al día, de donaciones patrióticas y requisiciones, tenía que improvisarlo todo, desde sus generales sacados del bufete, hasta sus estadistas, salidos algunos de un claustro provincial. Sin plan deliberado ni, á tenerlo, recursos aparentes para cumplirlo; igualmente destituida de ascendiente en las provincias y de prestigio exterior; con el enemigo en la frontera abierta, la asonada en la calle y la anarquía latente en sus propias entrañas: — entonces, esa Junta inexperta encontró tiempo para decretar y realizar la erección de una biblioteca pública. — Eso es admirable. Y más elocuentes que todos los panegíricos, me aparecen esas pobres páginas amarillentas de la *Gaceta de Buenos-Aires* que nos enseñan, entre un oficio enérgico contra la insurrección de Montevideo y la lista de donativos para el ejército « de la patria » — ¡ tan conmovedores algunos en su ingenuidad! — la designación de Fray Cayetano Rodríguez y don Saturnino Segurola para bibliotecarios, y del doctor Mariano Moreno como protector de la naciente institución. — « Para bibliotecas estamos! » murmurarían sin duda los espíritus superficiales, los « filisteos » miopes que en todas partes y en todo tiempo forman las mayorías: los antecesores de los « prácticos » de hoy, que se encogen de hombros cuando se les repite que la crisis presente, verdadero marasmo político y social, no es en el fondo sino un problema de educación!

El verdadero y único fundador de la Biblioteca cumplía treinta y un años en esos mismos días (1); sabido es que murió en el mar,

(1) Nació en Buenos Aires, el 3 de septiembre de 1779, según su hermano y biógrafo; el 23 de septiembre de 1777, según el « editor » de Londres y el D^r Juan M. Gutiérrez; en 1778, según otros. La primera fecha es la más probable.

el 4 de marzo del año siguiente. En sus ocho meses de vida pública, sin otro puesto gubernativo que el de secretario de la Junta, llegó á ser y queda para la posteridad la figura civil más descollante de la Revolución. — Ciertos próceres de la Independencia surgieron con el prestigio del rango social ó la fortuna ; se apoyaron otros en el cordial compañerismo de la juventud ó trajeron al poder la autoridad moral de su carrera completada en Europa ; algunos, por fin, habían ceñido la espada y ostentaban la belleza varonil, el aspecto marcial y el valor brillante que seduce á las muchedumbres. Moreno pertenecía á una familia honorable, pero modesta y pobre ; su salud fué siempre delicada y su persona enfermiza ; no había viajado sino al Alto Perú ni conocido más capital extranjera que Chuquisaca, donde entre sacrificios pasó su escasa juventud y se graduó en ambos derechos.

Vuelto á su patria y establecido como abogado, á principios del siglo, conquistó rápidamente un puesto honroso en el foro, por su moralidad intachable y sus aptitudes jurídicas. Pero el éxito profesional no da sino un lustre casero. Su célebre defensa del gremio pastoril, en 1809, fué un acto público y una revelación. Como apoderado de los hacendados del Río de la Plata, dirigió al virrey Cisneros esa memorable *Representación*, verdadera Carta fundamental de las franquicias coloniales, si no comparable por la firmeza del estilo y la nitidez de la exposición al clásico *Informe sobre la ley agraria*, de Jovellanos, no indigna de éste, sin duda alguna, por el vigor apremiante y eficaz de la argumentación. Fué nombrado, con el doctor Passo, secretario de la Junta gubernativa, en la histórica tarde del 24 de mayo de 1810 ; y nos dice su hermano que estuvo paseándose en su habitación, perplejo y pensativo, en esas horas consejeras de la noche, antes de admitir el cargo cuyas responsabilidades nadie mejor que él podía medir... Joven aún, sin ambición mezquina, con una esposa traída del extranjero é hijos pequeños que á esa hora dormían tranquilos en el cuarto vecino, la vida le sonreía á la sombra apacible del hogar. Pudo

« trepidar » un momento, como él dijera, entre el mandato más alto y el llamado más imperativo, entre la patria y la familia, entre la gloria y la felicidad ; acaso oyó también vibrar en su alma atribulada la queja de la carne humana que, hace dos mil años, acompaña todo aceptado sacrificio : *Transfer calicem hunc a me...* Pero, es seguro que si vaciló antes, fué para no tener que vacilar después.

Desde entonces, en efecto, fué adelante sin desviarse un punto de su rumbo inicial, abriendo esa senda inflexible que fué la traza del camino de la Revolución, derribando á su paso cualesquiera obstáculos, hombres ó cosas, con una lógica imperturbable y terrible. Ora se tratase de refrenar las veleidades ambiciosas de Saavedra, ora de decidir sobre la suerte de los conspiradores de Córdoba, caía de su boca austera la sentencia del patriotismo y del deber. ¡Duro deber, no pocas veces ! En las resoluciones de la Junta, era su voto decisivo : y votó por la muerte de Liniers y sus cómplices, « sin frase », según la fórmula atribuida á Sieyès. No aseguro que la cruel sentencia no haya sido un crimen ; en todo caso no fué un error. Esa primera sangre vertida borró el pacto colonial ; equivalió á un programa, siquiera negativo. Todo podían ser ya las provincias del Plata, menos un virreinato y una colonia española. Con la actitud inexpiable de Castelli y la ejecución de la Cruz Alta, la Junta revolucionaria había pasado el Rubicón. Ya era tiempo de principiar en Suipacha la epopeya que acaba en Junin (1).

La breve carrera política de Moreno tiene la rapidez y rectitud del rayo ; pero del rayo presagioso de la lluvia fecunda. La Junta tenía ocho miembros y una cabeza. De esa cabeza radiante de inteligencia y cargada de voluntad, se escaparon durante meses los proyectos salvadores, las palabras decisivas, las enérgicas resolu-

(1) Ayacucho es un epilogo ; además no había allí más que un escuadrón argentino. El último cuadro es realmente Junin, con las proezas de Necochea y el clásico canto de Olmedo.

ciones, que no eran fórmulas vacías, sino anuncios certeros de la próxima realización. Fundador y redactor casi único de la primera *Gaceta de Buenos-Aires*, Moreno vertía allí la enseñanza política, la doctrina justificadora de sus actos presentes ó futuros, el plan de resistencia patriótica, que entrañaba entonces el plan supremo de gobierno: la lucha por la vida y la libertad. Pero iba más allá su larga mirada de estadista y pensador: si era imprescindible fundir en el fuego de las batallas la masa revolucionaria, no era menos urgente preparar de antemano el molde en que pudiera aquella vaciarse más tarde, para surgir algún día en forma de nación. Los que tachan de inútiles, por prematuras, las tentativas civilizadoras, las fundaciones ó reformas de Rivadavia y Moreno, olvidan que cada progreso es un asalto; y que, casi siempre, el éxito del segundo ataque se ha hecho posible con el rechazo del primero: el que abrió la brecha, debilitó la defensa y, con los mismos cuerpos de las víctimas caídas, allana el camino al vencedor. Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie. Pero fué superficial y pasajera la obra de esterilización. Y si más tarde, para los hijos, la primavera tuvo flores y frutos el estío, fué porque, con imprevisión aparente, habían los padres arrojado al viento, para que brotaran en el suelo patrio, esas semillas de bendición.

Ante su muerte prematura, los clásicos contemporáneos de Moreno evocaron más de una vez la sombra ¡virgiliana de Marcelo, emblema de la esperanza tronchada en su pleno vuelo y gracia juvenil. Pero la obra de Moreno fué mucho más que una promesa. La llama fugaz que ilumina su vida es el relámpago del genio; y éste, para mí, resplandece en sus actos, aún más que en sus escritos, que no fueron, por otra parte, más que una de las formas de su actividad. Moreno fué una inteligencia flexible puesta al servicio de una inflexible voluntad: y es esta combinación la que produce el genio. — Conviene repetirlo á esta juventud argentina, justamente orgullosa con su espontaneidad intelectual, pero que malogra

en gran parte su aptitud nativa por falta de aplicación enérgica y prolongada. La inteligencia no es más que una virtualidad, por sí sola pasiva é insuficiente ; para llegar á la « actualización », si es tolerable el neologismo (*quod est in actu*), es necesario fecundarla con la labor paciente, con el esfuerzo incesante, con la persistente y dolorosa tensión de la voluntad. Ninguna cosecha valiosa es dón gratuito. La bíblica sentencia envuelve á la tierra con su habitante, y, á la par del yermo desnudo, la inteligencia baldía ha sido condenada á la esterilidad : « sin el sudor del rostro tan sólo yerbas producirá ». Nada original y viable puede salir de la observación superficial, de la producción temprana, de la adquisición prestada, del saber á medias y de oídas, sin emoción personal ni sinceridad : nada más que imitación exámine, écos efímeros sin vibración potente, flores de papel y frutos de cartón, — la sombra de una nube sobre el agua. Schopenhauer, después de Bichat, y mejor que él, ha demostrado magníficamente ese « primado de voluntad » en el organismo pensante ; y en un opúsculo complementario de su obra fundamental — con ese desdén de la modestia disculpable en el genio — él mismo se compara con Lavoisier, pretendiendo que su análisis de la voluntad y de la inteligencia es, en filosofía, lo que, para la química, la separación de los dos elementos del agua (1). — Pudiera perseguir la imagen sin esforzarla : asimilando la inteligencia al elemento inflamable y ligero ; y la voluntad al oxígeno, principio y medio de la vida, sin cuya presencia el otro sólo sería eternamente un soplo vano, imponderable é invisible, nunca jamás condensable en líquido nutricio ó perceptible en fuego y resplandor.

Fuéle concedida á Moreno esa perspicacia intelectual, que es casi una « segunda vista » y constituye al genio con adherirse á la voluntad heroica. Antes que nadie, él formuló netamente el problema de la emancipación y puso en obra, con suprema energía, todos los

(1) SCHOPENHAUER, *Ueber den Willen in der Natur*.

medios y todos los extremos necesarios para alcanzar su fin. La obra duró más que el obrero; y, por eso, la gloria póstuma, que repara las crueldades del destino, parece á las veces desproporcionada con lo breve del esfuerzo varonil. Pero, en este caso es justiciero el fallo de la posteridad. Encaró Moreno la cuestión nacional bajo su doble faz perenne, colocándose por instinto genial en el crucero desde donde se divisaban las largas perspectivas del porvenir. Su mirada de águila percibió á la distancia los dos puntos sombríos que se acercaban al encuentro fatal, no para combatirse, sino para emprender juntos el ataque al naciente organismo argentino y á la civilización. Todo lo demás ha sido accesorio ó fugitivo; pero los dos enemigos encarnizados y renacientes que Moreno señaló — la ignorancia y la anarquía — quedan, después de ochenta años, adheridos á la democracia hispano-americana, siempre atacados, nunca vencidos. La ignorancia popular era el legado indeclinable de la raza y del sistema colonial: contra ella quiso mover la prensa, la escuela, la biblioteca, la universidad. La anarquía asomó la cabeza viperina junto con la primera intrusión de los diputados provinciales en la Junta central ejecutiva. Moreno preveía el resultado de esa confusión y conflicto de poderes: se opuso al principio para no tener que combatir las consecuencias: *principiis obsta*. Cayó vencido; pero su pensamiento escrito, su obra trunca, sus generosas iniciativas quedan en pie. El relato de su vida entera es un cabal ejemplo de civismo, y su misma caída gubernativa, una alta lección de filosofía política.

Al año siguiente de la muerte de Moreno, pudo su hermano y primer biógrafo deplorar con justicia que en el establecimiento por él fundado no se viera su busto, « como el de Franklin en la biblioteca de Filadelfia ». Después de ochenta años, su queja ha sido oída y su voto cumplido. Hace algunos meses que la imagen respetada se alza en nuestro salón principal. Sin aparato ni ceremonia, la actual Dirección ha colocado en su modesto pedestal el busto costado con los fondos del establecimiento. Creo que esta forma

de homenaje silencioso es la que él mismo prefiriera. ¿Á qué enseñar el retrato del fundador al público indiferente que no conoce la fundación? Basta que le contemplen aquellos que, con su presencia asidua, tributan á la obra de Moreno la aprobación más eficaz. Alrededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. En los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que fué molde de una razón luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoléonica, indicio de energía y voluntad: parecerales por instantes que un rayo de ultra-tumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del numen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.

Fué grande, fué bueno; guarda su corta vida la unidad vibrante de un acto de fe; á costa de cualquier sacrificio y sin un desfallecimiento, rindió culto al deber, al patriotismo, al desinterés — y sobre todo á la sinceridad, que es la más alta de las probidades. ¡Benedita sea su memoria!

II

Á los pocos días de decretarse la fundación de la Biblioteca, afluyeron de todas partes las dádivas en libros y dinero, que formaron la base primitiva de la institución. El Cabildo eclesiástico hizo entrega inmediata de los libros donados por el obispo Azamor, sin observación alguna y bastándole, según la frase de Moreno, que « se guardara el fin principal de su disposición, es decir, el beneficio público que resultaría de este establecimiento ». El colegio de San Carlos incorporó casi toda su librería, y su rector, don Luís José Chorroarín, le agregó la suya particular. Igual desprendi-

medios y todos los extremos necesarios para alcanzar su fin. La obra duró más que el obrero; y, por eso, la gloria póstuma, que repara las crueldades del destino, parece á las veces desproporcionada con lo breve del esfuerzo varonil. Pero, en este caso es justiciero el fallo de la posteridad. Encaró Moreno la cuestión nacional bajo su doble faz perenne, colocándose por instinto genial en el crucero desde donde se divisaban las largas perspectivas del porvenir. Su mirada de águila percibió á la distancia los dos puntos sombríos que se acercaban al encuentro fatal, no para combatirse, sino para emprender juntos el ataque al naciente organismo argentino y á la civilización. Todo lo demás ha sido accesorio ó fugitivo; pero los dos enemigos encarnizados y renacientes que Moreno señaló — la ignorancia y la anarquía — quedan, después de ochenta años, adheridos á la democracia hispano-americana, siempre atacados, nunca vencidos. La ignorancia popular era el legado indeclinable de la raza y del sistema colonial: contra ella quiso mover la prensa, la escuela, la biblioteca, la universidad. La anarquía asomó la cabeza viperina junto con la primera intrusión de los diputados provinciales en la Junta central ejecutiva. Moreno preveía el resultado de esa confusión y conflicto de poderes: se opuso al principio para no tener que combatir las consecuencias: *principiis obsta*. Cayó vencido; pero su pensamiento escrito, su obra trunca, sus generosas iniciativas quedan en pie. El relato de su vida entera es un cabal ejemplo de civismo, y su misma caída gubernativa, una alta lección de filosofía política.

Al año siguiente de la muerte de Moreno, pudo su hermano y primer biógrafo deplorar con justicia que en el establecimiento por él fundado no se viera su busto, « como el de Franklin en la biblioteca de Filadelfia ». Después de ochenta años, su queja ha sido oída y su voto cumplido. Hace algunos meses que la imagen respetada se alza en nuestro salón principal. Sin aparato ni ceremonia, la actual Dirección ha colocado en su modesto pedestal el busto costeadado con los fondos del establecimiento. Creo que esta forma

de homenaje silencioso es la que él mismo prefiriera. ¿Á qué enseñar el retrato del fundador al público indiferente que no conoce la fundación? Basta que le contemplen aquellos que, con su presencia asidua, tributan á la obra de Moreno la aprobación más eficaz. Alrededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. En los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que fué molde de una razón luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoleónica, indicio de energía y voluntad: parecerales por instantes que un rayo de ultra-tumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del numen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.

Fué grande, fué bueno; guarda su corta vida la unidad vibrante de un acto de fe; á costa de cualquier sacrificio y sin un desfallecimiento, rindió culto al deber, al patriotismo, al desinterés — y sobre todo á la sinceridad, que es la más alta de las probidades. ¡Bendita sea su memoria!

II

Á los pocos días de decretarse la fundación de la Biblioteca, afluyeron de todas partes las dádivas en libros y dinero, que formaron la base primitiva de la institución. El Cabildo eclesiástico hizo entrega inmediata de los libros donados por el obispo Azamor, sin observación alguna y bastándole, según la frase de Moreno, que « se guardara el fin principal de su disposición, es decir, el beneficio público que resultaría de este establecimiento ». El colegio de San Carlos incorporó casi toda su librería, y su rector, don Luís José Chorroarín, le agregó la suya particular. Igual desprendi-

miento mostraron don Manuel Belgrano, la señora de Labardén, el doctor Agüero, el protomédico Miguel O'Gorman y algunos otros. Arrastrada por el entusiasmo irresistible de Moreno, la población urbana, sin distinción de nacionalidad, tuvo á honra responder al alto llamado. Contribuían los ricos con centenares de pesos, los pobres con su óbolo, más meritorio aún. La suma recolectada en dos meses pasa de 10.000 pesos, y no ha de ser inferior á 4000 el número de volúmenes donados, que representan una cantidad muy superior, fuera de algunas obras cuyo valor venal no puede apreciarse (1). La sola agrupación inglesa remitió 176 onzas, y muchos libros más ó menos valiosos. Entregada á los bibliotecarios la sección del edificio que se destinó para el establecimiento, — la parte que da á la actual calle de Moreno, — procedióse á la instalación, dando ésto lugar á nuevas manifestaciones simpáticas del vecindario : muchos muebles, mesas, estantes, escribanías, fueron ofrecidos gratuitamente. Hasta el venerable registro de donaciones, « forrado en tafilete y grabado en ambas caras con guarniciones de oro », que se empleó hasta 1875, es regalo del vocal de la Junta, don Juan de Larrea.

No carecería de interés casero — y acaso público — una reseña de las principales donaciones hechas al establecimiento : acaso me resuelva á ensayarla en la introducción del tomo segundo del catálogo. Pasarán allí en honroso desfile los nombres más ilustres de la historia argentina. Podrían dar lugar á observaciones curiosas ciertas correspondencias ó contrastes entre el donante y la donación. Seguramente, no pocas dádivas inesperadas traen el recuerdo de una fábula de Fedro y La Fontaine — *El Gallo y la Perla* — ; es evidente que algunas poseedoras de ceñudos *Tractatus* de derecho ó teología se desprenderían de ellos con más facilidad que de tal ó cual novela lacrimosa, como la *Matilde* de M^{me} Cottin. Pero muchos también ofrecieron obras valiosas de su uso diario y profe-

(1) El cómputo de Zinny (*Gaceta de Buenos-Aires*) es muy inferior á la realidad, como que sólo se refiere á las donaciones particulares consignadas en la *Gaceta*. Omite, naturalmente, las donaciones en globo que fueron la base de la Biblioteca.

sional : así las de Galeno, Etmuller, Haller, el Discórides anotado por Laguna, y muchas otras remitidas por el doctor O'Gorman. Otros envíos son instructivos ó picantes como una nota biográfica. Un señor Isla, oficial de Temporalidades, remite « tres libros que tenía prestados á don Santiago Liniers », y son una Ordenanza, un Diccionario castellano y una Ortografía de la misma lengua : el documento de consulta del militar y las dos muletas del extranjero obligado á redactar en español. Moreno, escrupuloso, decreta : *Justifique la propiedad...*

El viaje del protector de la Biblioteca no interrumpió el movimiento iniciado : durante todo el año de 1811 se registran actos generosos análogos á los anteriores. Con todo, es permitido creer que, á estar presente el doctor Moreno, no se hubiera demorado más de un año la inauguración. También es casi seguro que, sin incurrir en el aparato un tanto teatral que acostumbró más tarde Rivadavia, se hubiera realizado el acto con la solemnidad correspondiente á su importancia y á la digna actitud de la población. La Biblioteca abrió sus puertas al público el 16 de marzo de 1812, al parecer sin ceremonia alguna ; y no creo que quede más dato de esta inauguración que un breve anuncio en la *Gaceta de Buenos-Aires*. Ya no estaba allí Mariano Moreno !

De los primeros bibliotecarios ya nombrados, el doctor Segurola presentó su renuncia antes de la instalación, por tener que dedicarse « á la propagación y conservación del fluido vacuno, además de muchas otras atenciones públicas ». Fué sustituido por el doctor don José Luis Chorroarín. Volveremos á encontrar al renunciante en la propia Biblioteca, algunos años después.

El primer bibliotecario, fray Cayetano José Rodríguez, era franciscano, como el padre Esquiú, la otra gloria del clero argentino ; y, tan numerosos son los rasgos comunes á sus altas figuras cristianas, que, al pretender caracterizar al primero, vuelven á la memoria algunas de las fórmulas felices con que describieron al segundo los dos maestros de la prosa argentina, prematuramente

arrebatados á nuestro afecto y á nuestra admiración (1). — Ambos fueron ejemplo de virtud cristiana en el claustro y en el siglo; y amantes de la humildad y la pobreza hasta en la vida tumultuaria que el uno aceptó por deber, como en la elevación jerárquica á que el otro se resignara por obediencia. Verdaderos imitadores de su segundo Maestro, ese ingenuo y encantador Francisco de Asís, recibieron del cielo el talento abundante y fácil, como una gracia necesaria á su misión evangélica, y sin sacar de ello orgullo ni esperar recompensa. Á medio siglo de intervalo, tocoles presenciar dos momentos solemnes de la evolución argentina; y admitieron como un deber anexo á su apostolado, el recargo de labor impuesto por el patriotismo. Oradores sagrados, no negaron en los días solemnes el apoyo de su elocuencia á la obra nacional; pero sin olvidar jamás, como otros frailes más turbulentos, que, en cualquier sitio que hablasen, su tribuna era siempre el púlpito. Amaron las letras, con un ardor fervoroso el primero, como una fruta exquisita y casi prohibida el segundo; aquél, más universitario é impregnado de tradición salmantina, no resistía bastante á la tentación del consonante; éste otro, más austero y místico, hubiera desdeñado como una vanidad ó desechado como una flaqueza la seducción del metro y de la prosa literaria. Siendo, uno y otro, de vida pura y ejemplar, puede decirse que Rodríguez perteneció más á su claustro y Esquiú á su celda. Pero, al fin, entre los dos era el poeta el que nunca hizo versos, y su página tan citada sobre la vida universal parece una amplificación generosa y moderna del *Canto de las criaturas*.

En esta breve reseña de la Biblioteca, no corresponde apreciar sino desde un punto de vista especial la vida pública de sus más ilustres directores. Es muy conocida, por otra parte, la carrera del miembro del Congreso de Tucumán y redactor de sus sesiones. Sabido es que nació en San Pedro, á fines de 1760, y que, desde la temprana edad de diez y seis años, vivió en el convento de su orden

(1) N. AVELLANEDA Y P. GOYENA. *Fortunati ambo! si quid mea carmina possunt...*

ó en la universidad de Córdoba : aprendiendo, enseñando, dedicado á su ministerio como al deber más sagrado, y á las letras como á la más noble distracción. Hizo más que prever la revolución americana, á cuyo servicio pusiera desde el primer día su alma toda y su talento : desde su claustro franciscano, la anunció en inolvidables palabras que de antemano formulan su programa y sus exigencias : « Nos agobiamos bajo el yugo, cuando tiempo ha se nos viene á las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar, ilustrarnos. *No sé qué presagios advierto de libertad, y es necesario formar hombres!* » (1). Entre los hombres que formó, estaba Moreno, que le debió en gran parte la terminación de sus estudios y con quien le ligó estrecha amistad. El nuestro fué colaborador abnegado de su discípulo predilecto, y el continuador de su obra en la Biblioteca, hasta el año 14, en que le sucedió el ilustrado oriental, Dr. Larrañaga. Volvió del Congreso de Tucumán, sin duda con el presentimiento de lo frágil y artificial de la obra constitutiva. Pasó en el silencio sus últimos años, pudiendo repetir en la vejez el hemistiquio de Stacio que en su juventud aplicara á la inercia colonial : *Steriles transmisimus annos* (2). Sacóle por última vez de su retiro la célebre reforma eclesiástica de 1822 ; y el monje se hizo nuevamente publicista, para defender en el *Oficial de día* los privilegios que él llamaba derechos del clero, y reducir á sus proporciones reales los abusos y escándalos privados que se denunciaban como generales. En globo y á la distancia, puede creerse que Rivadavia tenía razón en el fondo, si bien el « volterianismo » del *Centinela* no era la forma más eficaz. La posición personal del venerable fraile era inatacable : y no necesitaba demostrar que, á parecersele sus compañeros de claustro, la faz moral de la reforma hubiera sido innecesaria ; pero era hartó fácil probarle que, además del punto de derecho público comprometido, no se le parecían ab-

(1) Citado por el D^r Juan M. Gutiérrez.

(2) SILV. Lib. IV, Carm. II. — Es el epigrafe del *Redactor del Congreso*.

solamente muchos de sus hermanos en San Francisco. Es muy probable que lo árduo y amargo de la tarea abreviase los días del noble anciano; murió el 21 de enero de 1823, no sobreviviendo sino un mes justo á la sanción de la famosa ley.

El canónigo don Luis José Chorroarín, su colega en la Biblioteca, es también merecedor de un recuerdo honroso por sus esfuerzos en bien de la pública instrucción. Nacido en 1757, se distinguió desde la juventud por su ilustración, y sus dotes oratorias. Ocupó desde 1783 la cátedra de filosofía en el Colegio de San Carlos y tuvo entre sus discípulos á Belgrano y Zavaleta. Rector, más tarde, de dicho colegio y diputado al Congreso, nos interesa, sobre todo, como director y generoso fomentador de la Biblioteca pública. Hemos dicho ya que fué uno de los ciudadanos que respondieron al llamamiento de Moreno, donando á la institución toda su librería particular. Además de otros actos de desprendimiento, debemos á su amistad con don José A. Miralla, uno de sus discípulos queridos, á la sazón residente en la Habana, la magnífica colección de clásicos griegos, latinos y franceses de Bodoni (1). En recompensa de sus servicios, el gobierno decretó, en 1821, que el retrato del benemérito bibliotecario se colocase en la primera sala del establecimiento « porque es también un *principio de economía* sacar de la esfera de lo común los talentos y las virtudes ». — El homenaje pudo parecer excesivo; y con mayor razón, cuando, dirigido á un vivo, dejaba en olvido á un muerto incomparablemente más acreedor á tal demostración. — Entre los dos grandes obreros de la nacionalidad argentina, á pesar de la identidad del anhelo común, la antipatía era completa; y Rivadavia no podía ignorar ni olvidar el cruel retrato que de él hiciera Moreno alguna vez (2).

(1) Las ediciones de Bodoni son admirables por la ejecución tipográfica; por lo demás, carecen de importancia filológica y hasta de corrección. El *Argos* (Nº 99) refiere la donación de Miralla y su carta de remisión. Hay una noticia de Miralla por J. M. Gutiérrez en la *Revista de Buenos-Aires*, tomo X.

(2) ARENGAS Y ESCRITOS DE MARIANO MORENO, Prefacio.

En todo caso, el decreto no se cumplió por resistencia del mismo interesado. Dos ó tres incidentes significativos inducen á creer que los innegables méritos de Chorroarín no se admitían sin reservas ni discusiones. Acaso contibuyera á ello el celo indiscreto de sus amigos. Otro decreto de Rivadavia había dispuesto que se formase en la Biblioteca una colección de autógrafos de próceres argentinos. Encabezaba la lista un escrito del doctor Chorroarín; y parece que el manuscrito fué desglosado poco después de la muerte de su autor, ocurrida el 11 de julio de 1823 (1). Más tarde, en un « comunicado » del *Argos*, se protestó enérgicamente contra el título de *Fundador de la Biblioteca* que, con evidente injusticia, se atribuía al mismo personaje en el epitafio grabado en su sepulcro. Encuentro, por fin, en nuestro registro de donaciones del año 21, una valiosa colección de obras francesas y científicas, bajo el título de *Obras regaladas por el doctor Chorroarín*, cuyo carácter marcadamente técnico desdice bastante de los hábitos intelectuales de su pretendido propietario. Todo se explica al terminar la lista: una nota agridulce, de otra mano, nos revela que provienen esos libros de la biblioteca de Bonpland, adquirida por suscripción pública, como en efecto consta por los periódicos de la época. Seamos indulgentes con las debilidades humanas: la letra de la lista de donación es tan parecida á la de Chorroarín, como la letra de la nota á la de Segurola... Al autor de la glosa faltóle agregar que, si el bibliotecario no fué el único donante, figura en la lista como principal suscriptor. La mala suerte persiguió al difunto en todos sus honores póstumos. Fundose en 1827, por el doctor Vicente López, un pueblo de « Chorroarín », en la Chacarita de los colegiales: el pueblo es hoy un cementerio. *Habent sua fata...* Y, á fuerza de despojos y restricciones, el ilustrado rector y celoso bibliotecario quedaría reducido á su solo apellido, — como en el gastado epígrama contra Montalvan, — si el eco de las pasiones contem-

(1) JUAN M. GUTIÉRREZ. Es posible que el escrito aludido sea el *Informe* que figura en el tomo IX de la colección Segurola.

poraneas prevaleciera sobre el juicio equitativo de la posteridad.

Desde principios de 1814, compartía con el anterior las funciones de bibliotecario el distinguido clérigo oriental, doctor don Dámaso Antonio Larrañaga. Nacido en Montevideo, en 1771, Larrañaga estudió teología en Buenos-Aires y fué ordenado en Rio de Janeiro. Asistió á la Reconquista, como capellán de un regimiento de milicias. Vuelto á Montevideo, durante el sitio de la plaza por Artigas, los realistas le expulsaron de la ciudad. Aprovechando su forzosa residencia en la campaña, profundizó sus conocimientos en historia natural y comenzó á redactar algunos apuntes de botánica, al paso que formaba un rico herbario. Por allí encontró un fémur de gliptodon y fragmentos de coraza, y comunicó su hallazgo á A. Saint-Hilaire, que viajaba entonces en estas regiones. Cuvier menciona el hecho y cita la carta de Larrañaga (1). También se ocupó de física, de agricultura, de astronomía, con esa variedad de aptitudes frecuente en los aficionados. — Montevideo le debe varias fundaciones benéficas que conservarán su nombre más seguramente que sus estudios científicos. De su permanencia en Buenos-Aires, extrajo probablemente la idea de varios proyectos filantrópicos, que aplicó en su patria con celo laudable.

El establecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo fué en gran parte obra suya, pudiendo decirse que aquella es hija de la nuestra. La *Oración inaugural*, que en el acto solemne de la apertura pronunció su primer director, en medio de las insuficiencias é ilusiones inherentes á la época, revela nobles aspiraciones y elevados

(1) CUVIER, *Ossements fossiles*, V, 191. Y no en el *Discours sur les révolutions du globe*, como dice J. M. Gutiérrez. Al principio, el gliptodon fué confundido con el megaterio. Por otra parte, ni era el primer fragmento del género hallado en el Plata, ni Larrañaga «determinó su estructura», como lo cree su biógrafo uruguayo. — Los hombres ilustres no son responsables de las simplezas de sus biógrafos. El mismo que he citado atribuye la ceguera de Larrañaga, además de otras causas fantásticas, á su observación del «pasaje de Venus por el sol». ¡Consecuencia tanto más notable cuanto que, durante la larga vida del observador, ese fenómeno no se produjo!

propósitos. — Era imposible que un espíritu asimilador como el de Larrañaga no importara también á Montevideo el famoso sistema educativo de Lancaster, que entonces florecía en Buenos-Aires y Chile, como en el resto del mundo. Estableciéronse, pues, escuelas mutuas en el Río de la Plata, con el mismo fervor de imitación que, más tarde, las graduadas del sistema simultáneo. Es indudable que aquella organización económica de la enseñanza no valía la actual, que, con mantener viva la atención « simultánea » de la sección entera, la conserva confiada á la dirección del solo maestro. Pero, es otra ilusión de los modernos pedagogos, el creer demasiado en su estrecha pedagogía. Lo que se saca en la realidad de la experiencia, es la convicción de que un buen maestro tendría que ser un hombre de talento, — como en el *Emilio* de Rousseau ; y, entonces, la cuestión se reduce á saber si existe nación alguna donde los hombres de talento se resignen á ser maestros. También debe Montevideo al virtuoso presbítero la fundación de su Casa de expósitos, en cuyo torno hizo naturalmente grabar el deplorable estribillo que se leía y se lee todavía en la de Buenos-Aires, y cuyo sentimentalismo afectado ofende á la par el buen gusto, la inocencia infantil y la más dolorosa miseria humana. — Larrañaga fué diputado del Congreso constituyente y, más tarde, senador de la primera legislatura constitucional. Falleció en su quinta de Miguelete, el 16 de febrero de 1848, sereno en la muerte como en la vida, y rodeado del aprecio general.

Por decreto de septiembre 7 de 1821, el gobierno del general Rodríguez suprimió los empleos de primero y segundo bibliotecario, colocando el establecimiento bajo la única dirección del doctor don Saturnino Segurola, y autorizándole para nombrar dos ayudantes « que sirvan bajo su responsabilidad y con la asignación de un peso diario » (1). No es probable que la corta dirección del canónigo Segurola lograra realizar plenamente las intenciones que consignaba el preámbulo del decreto redactado por Rivadavia ; pero tampoco

(1) Pagados por el Cabildo, lo mismo que los sueldos de los bibliotecarios, que eran de 500 pesos anuales.

es dudoso que hubo de consagrarse al desarrollo del establecimiento con su notoria laboriosidad. Por otra parte, el rasgo característico de su simpática fisonomía no fué la superioridad intelectual, y mucho menos el dón prestigioso de la palabra ó del estilo: fué la bondad, la caridad en esa forma social y práctica que hemos llamado filantropía. Pertenecía á la generación de Moreno y Thomson, de quienes fué condiscípulo en el curso de filosofía dictado en 1795 por el doctor Medrano; y, desde que abandonó las aulas hasta su muerte, en abril de 1854, empleó su influencia social, su tiempo y su dinero en el mejoramiento y el alivio de sus semejantes (1). Fué el propagador infatigable de la vacuna en estas provincias, dedicándose personalmente á la inoculación, con un fervor, casi diría con un furor en el cielo, tan sólo igualado por el ardor apostólico de su contemporáneo « el físico » Martínez, en la administración de su ciclopeo remedio (2).

La suerte de la infancia desvalida fué otro de los objetos de su constante preocupación. Director de la Casa de expósitos durante muchos años, vióse obligado en 1838 á manifestar al gobierno del general Rosas su absoluta imposibilidad de seguir sosteniendo la institución, por haberse « agotado sus recursos propios y los ajenos ». El gobierno contestó, después de algunas fórmulas de pesar más ó menos sinceras, que aceptaba la renuncia del director, ordenando « que cese el establecimiento, y se repartan los niños existentes entre las personas que tengan la caridad de recibirlos ». La nota concluía con una formal desaprobación de la conducta caritativa de Segurola, por haber « desembolsado cantidades de sus fondos particulares, cuando el decreto vigente lo prohíbe absolutamente ».

(1) Alcanzó todavía á prestar servicios de beneficencia durante la corta administración reparadora del D^r D. Vicente López.

(2) Sabido es que en 1829, don Pedro Martínez « convulsionó » la población con su « Medicina curativa », que lo era el formidable purgante Leroy. Hasta fundó una Revista para defender su panacea que, por otra parte, fué juiciosamente combatida por el Tribunal de medicina.

El director cesante, valiéndose de sus relaciones sociales, logró impedir que las víctimas inocentes sufrieran por segunda vez el abandono y la miseria: hallaron todas un asilo prestado y un hogar. — No fueron menos meritorios los esfuerzos de Segurola en pro de la educación: fundó escuelas primarias y proveyó más ó menos directamente á su sostenimiento, vijilando su marcha con incansable solicitud: se dice que alcanzó á tener así bajo su protección hasta seis mil educandos. Su misma proximidad á la Biblioteca que durante algunos meses había dirigido, dió lugar á un acto generoso; y más que por su breve administración, merece nuestro recuerdo y agradecimiento por la variada y preciosa colección de manuscritos que nos ha legado.

Por un decreto del ministro Rivadavia, de febrero 5 de 1822, sabemos que en esta fecha fué sustituido el canónigo Segurola por don Manuel Moreno; y las mismas formas desatentas del acto gubernativo acentúan el rigor de la medida, cuya causa real no podemos sino conjeturar (1).

El sucesor era hermano de Mariano Moreno; pero sería injusto pretender que ello forme el rasgo principal de su biografía, como pudiera decirse de un Tomás Corneille ó un Federico Cuvier. Ya entonces, y mayormente después, Manuel Moreno fué algo más que el reflejo y el recuerdo de su hermano mayor, cuya vida escribió como proemio á sus *Arengas*, ensanchando la biografía hasta las proporciones de un interesante y parcial ensayo político sobre el primer período de la Revolución. Después de permanecer varios años en Inglaterra y Estados Unidos, estudiando la historia, las instituciones políticas y hasta « la facultad médica », según se expresa el *Argos* del 11 de septiembre de 1821 (2) al anunciar su

(1) Segurola pertenecía al grupo del Cabildo, que le había concedido extraordinariamente « en demostración de alto aprecio » por sus servicios y virtudes, asiento perpetuo con voz y voto en sus deliberaciones. Sabido es que el « Déspota de principios », como le llama el doctor Vicente López, combatió la corporación y concluyó por suprimirla.

(2) Se graduó en la universidad de Baltimore. Los *Anales de Medicina de Buenos-Aires*

regreso á Buenos-Aires, fué elegido diputado á la Junta de representantes y, como acabamos de verlo, nombrado director de la Biblioteca. Llamado al Ministerio de gobierno y relaciones exteriores, durante la administración del coronel Dorrego, conservó el pacífico empleo de bibliotecario, que se avenía con sus aficiones literarias, hasta el día de embarcarse para Inglaterra como ministro plenipotenciario de la República, en noviembre de 1828. Ha quedado de su misión diplomática una excelente Memoria sobre las islas Malvinas, en que demuestra sólidamente los títulos incontrovertibles de su país á dicha posesión. Tocóle también examinar y juzgar las reclamaciones británicas relativas al curso ejercido durante la guerra con el Brasil. El libro que en español é inglés publicó sobre la materia, merece, según un crítico competente, « un lugar en toda biblioteca de derecho internacional ».. Pasó en la ciudad natal el resto de su vida, con su espíritu siempre ágil y juvenil, entregado á las letras amigas y formando lentamente una biblioteca particular que llegó á ser la mejor del país. Aquí murió el 28 de diciembre de 1857 (1).

III

Durante la dirección de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su primera organización, la cual, sin más cambios notables que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la transformación actual. — En marzo de

(1823) reprodujeron su tesis inaugural. No ejerció la profesión, pero dictó un curso de química en la Universidad.

(1) Las *Efemérides americanas* fijan erróneamente el 18 del mismo mes, probablemente por haber seguido á Gutiérrez, sin verificación. El célebre rector de la Universidad y notable literato unía á su admirable perspicacia de conjunto, un gran descuido de los detalles. Es necesario comprobar todos sus datos.

1822, el estado ruinoso del viejo edificio reclamando serias reparaciones, el gobierno cedió al establecimiento la parte contigua de la casa alta, « la primera de las del Estado, viniendo de la Ranchería á la Imprenta de Expósitos ». Refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada y la hemos conocido todos, con su entrada por la calle de Moreno — la mejor bautizada de la ciudad — donde se deletrean aún vestigios de la inscripción, y con su comunicación á la sala de Representantes. No era su aspecto imponente ni alegre, y la escalera secular que, según el *Argos* de 1822, la « distinguía » entre las casas vecinas, no parecía llamar irresistiblemente á la concurrencia. Pero, si algo más indigente y desierta que hoy, era igualmente hospitalaria. Sus estantes abiertos y su mesa maciza han sido buenos compañeros del estudio; y no recuerda sin agradecimiento el que estas líneas escribe, que allá por 1866, la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro tranquilo al pobre niño extranjero, que aprendía los rudimentos de la lengua en que había de describirla treinta años después.

Tampoco varió mucho el personal del establecimiento durante medio siglo: le componían un director, dos ayudantes y un portero; en la dirección del señor Mármol se aumentó con un escribiente auxiliar. Los sueldos mismos se mantuvieron iguales ó poco menos: 800 pesos fuertes anuales para el primero y un peso diario para cada ayudante, con una asignación de 600 pesos para libros y gastos internos, fuera de los subsidios eventuales. Salvo en los días de fiesta, la Biblioteca permanecía abierta al público durante cinco horas, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. En septiembre de 1821, el ministro Rivadavia había ordenado que « además de las horas de costumbre, quedara abierta la Biblioteca desde las seis de la tarde hasta las nueve ». Pero esta disposición no fué cumplida ó cayó en desuso, puesto que el horario de los años siguientes fué sólo el diurno que he mencionado. — Se ensayó ha pocos años una innovación parecida, sin que el público respondiera suficientemente al llamado de la administración; suspendióse el

servicio nocturno, cuyos escasos beneficios no compensaban los serios inconvenientes del alumbrado artificial. Acaso, en local mejor y con la luz eléctrica, convenga renovar la tentativa.

Según el estado publicado en el *Registro estadístico* de 1823, la Biblioteca pública no poseía á la sazón menos de 17.229 volúmenes impresos, fuera de 1500 duplicados y destinados á la venta. El resultado es considerable, si se tiene en cuenta que fué obtenido en su mayor parte por el esfuerzo particular y durante la década más agitada de la historia argentina. Según el registro del establecimiento, la concurrencia de lectores, durante ese año de 1823, fué de 3284 personas, de las cuales 2174 eran de Buenos-Aires, 677 de las provincias y 427 del exterior. « En este número, dice el director Moreno, no están incluidos los que entran en la casa con el mero objeto de verla ú otros motivos, sino los que piden libros para leer ». — Cincuenta años después, el inventario comprobaba la existencia total de 20,104 volúmenes en la Biblioteca, y el estado anual de la asistencia, para 1872, no alcanzaba á 3000 lectores; siendo así que este resultado importaba un progreso sensible respecto de los años inmediatos anteriores.

Conozco las reservas y restricciones á que debe someterse toda conclusión general, procedente de un experimento particular. Creo, sin embargo, que es imposible en este caso desconocer el significado de la comparación. Durante medio siglo, no había logrado el establecimiento realizar un acrecentamiento material equivalente al de un solo quinquenio de su primera época; y, en 1872, con una población probablemente cuádruple, Buenos-Aires no suministraba un público de lectores igual en número al de 1823. — Podría decirse, con razón aparente, que, por una parte, la mala administración y el cuasi abandono de algunas décadas habían detenido ó disipado el crecimiento; y que, por otra parte, la difusión del bienestar y la formación de bibliotecas particulares tenían por efecto una disminución notable en la asistencia á la pública. No creo, desde luego, en substracciones muy considerables de obras puestas al

servicio público: sin haber efectuado una comprobación rigurosa y completa, sólo posible después de terminado el catálogo, he podido notar, con numerosas confrontaciones necesitadas por la confección del primer volumen, que la gran mayoría de los libros entrados subsisten todavía. Por otra parte, el registro de asientos da fe del escasísimo movimiento bibliográfico, así en adquisiciones como en donaciones, durante esos años luctuosos (1). En cuanto al segundo argumento, se desvanece con sólo observar el rápido incremento de la asistencia en los últimos años, el cual revela aquí, como en otras partes, que el desarrollo de las librerías privadas no es contrario, sino paralelo al de las bibliotecas públicas. Para que, después de quince años de régimen reparador y progresivo, se encontrase á este respecto la República en el mismo punto del camino que en 1822, en el propio mojón miliar plantado por Rivadavia, ha sido menester que fuera enorme el retroceso antecedente. Toda la historia contemporánea suministra pruebas de esa decadencia; y sería casi una ingenuidad demostrarla por centésima vez. La educación pública, la prensa, toda la cultura social, y hasta la cátedra sagrada, dan muestras harto elocuentes de la dolorosa y creciente «descivilización». Llegó Buenos-Aires á encontrarse más distante de la estructura social correspondiente al gobierno de Rodríguez, que en los años del virrey Vértiz; y para citar un solo ejemplo, era entonces menos posible y viable una publicación periódica como la *Abeja argentina* — nacida y criada, puede decirse, en nuestra biblioteca — que en las últimas décadas del régimen colonial. La civilización argentina estaba fuera de Buenos-Aires: en Montevideo, en Bolivia, en Chile, expiando duramente sus errores é ilusiones. Pero el castigo no era sino una lección, y ¡ojalá quisiéramos aprenderla! Como esas reliquias del héroe, que sus soldados transportaron desde Jujuy, por Humahuaca, Abra Pampa y toda la Quebrada sembrada de victorias, hasta Suipacha, Cotagaita y Potosí:

(1) No alcanzan á cien las obras donadas en la década de 1840-1850.

los desterrados llevaban consigo el arca santa de la tradición unitaria, y con ella habían de volver. Volvieron, sin duda; y la abrieron, por fin, esa arca legendaria, — pero, al encontrarla vacía, metieron dentro una constitución federal!

No retrocedo ante la digresión, siempre que encierre alguna enseñanza. — La impresión que hoy domina al que medita sobre la florescencia civilizadora de ese quinquenio de Rivadavia, no es tanto la previsión de lo que había de venir, cuanto la conjetura de lo que hubiera sido su lento y normal desarrollo, á no desaparecer arrasada por la bárbara tempestad. Había, en verdad, este pueblo joven, recibido desde el origen los gajes y promesas de la grandeza; pero también, al parecer, la dádiva funesta que los podía esterilizar. Lo que han llegado á ser pueblos vecinos, que antepusieron durante cincuenta años la realidad del orden nacional á la ilusión de un ideal democrático, da la medida de lo que fuera hoy el argentino, más favorecido en punto á factores sociológicos, si hubiera imitado esa sana evolución. Así lo afirmé diez años ha en un *Ensayo histórico* que fué acogido con indulgencia, y ello ha sido en mí robustecido por la experiencia complementaria de estos últimos tiempos.

Después de la Independencia, la inminente anarquía no podía ser evitada sino por una inmediata y enérgica concentración gubernativa: eso quería Moreno, y eso intentó Rivadavia, sin tener el brazo de hierro, la voluntad « atroz » que su cumplimiento demandaba (1). Imperio ó consulado militar, la dictadura se imponía; porque la anarquía no puede ser sino una crisis, y ningún organismo viable conspira largo tiempo por su propia disolución. La guerra exterior es el factor primitivo de la sociabilidad, y el despotismo gubernativo, su colorario: la anarquía intermedia suele servir tan sólo para torcer la ley en cuanto á la persona, y sustituir al más digno el más vulgar. Si la dictadura era entonces inevitable, no así la personalidad del dictador: pudo tenerse á San Martín, en lugar

(1) HORAT., Od. II. I. « atrocem animum Catonis ».

de Rosas — y eso fuera la salvación.— Hoy es el padre de mañana, y los eslabones históricos sucesivos tienen la misma forma y se fabrican con el mismo martillo. Quiera la suerte de este país que, merced á la civilización creciente, ahora indestructible, y á pesar de su constitución artificial, acentúe sin violencia su lenta evolución centralista, hasta llegar á la unidad salvadora que representa el orden en el trabajo y en la paz — es decir, la sólida prosperidad moral y material. Así transmitiremos á nuestros sucesores algo más que una herencia de errores, y no tendrán que repetir el melancólico proverbio hebreo : « nuestros padres comieron el agraz y nosotros sufrimos la dentera ».

P. G.

(Continuará)

ARQUEOLOGÍA AMERICANA ⁽¹⁾

PRELIMINAR AL EXAMEN DE LA OBRA DE BRASSEUR DE BOURBOURG

Los estudios del abate Brasseur de Bourbourg, sobre la arqueología y la lingüística americana, que examinaremos por su orden bajo este doble aspecto, y que al tiempo de su aparición llamaron la atención por su novedad, induciendo en errores fundamentales á algunos americanistas, carecen en su mayor parte de valor histórico y científico.

El catálogo de su Biblioteca indica las fuentes en que bebió sus conocimientos, y el prólogo con que la ilustra, contiene las síntesis de sus fantásticas hipótesis y teorías. He aquí el título de su catálogo :

Bibliothèque Guatémaliennne, précédée d'un coup d'œil sur les études américaines dans leurs rapports avec les études classiques, et suivie du tableau par ordre alphabétique des ouvrages de linguis-

(1) Este capítulo forma parte del catálogo metódico de la *Biblioteca Americana, Histórica, Arqueológica y Geográfica* de su autor, que corresponde á la sección de *Lenguas Americanas*, la que comprende todos los idiomas y dialectos que se hablan desde la Groenlandia hasta la Tierra del Fuego, estudiados en presencia de los documentos bajo su triple aspecto bibliográfico, histórico y lingüístico, en sus relaciones con la etnografía y la geografía americana.

tique américaine contenue dans le même volume; rédigée et mise en ordre, d'après les documents de sa collection américaine, par M. Brasseur de Bourbourg. (Símbolo del autor). Paris, Maisonneuve et C^{ie}, libraire-éditeur, 1871. (Al dorso de la anteportada Gand, Imprimerie Mec. de Eug. Vanderhaeghen. (Al fin la marca del impresor). In. 8° 2 fsf. para la anteportada y portada. — XLVII de Avant-propos, y 183 páginas.

El autor empieza por declarar que no es bibliófilo ni coleccionista, pero que su colección es « única en el mundo », y que merced á ella « ha llegado á descubrir los misterios más recónditos de la ciencia de la filosofía de los antiguos ». Y más adelante, calificando de liliputienses á los maestros de la escuela filológica indo-germánica ó aryana, y comparándose con Gulliver, que se despierta y rompe sus ligaduras y derriba la estatua de « Nabucodonosor » (!) exclama: « La piedra que romperá ese monumento del orgullo científico, que hará rodar en pedazos esa arca vacía, está aquí : está en los documentos de esta Biblioteca, que tengo el placer de hacer conocer al público ». Antes había dicho que publicaba su catálogo « á petición de los bibliófilos americanos de ambos mundos ».

La introducción del libro, á la vez que una profesión de fe de sus creencias arqueológicas, y un manifiesto de guerra contra sus críticos, es un testamento de sus trabajos y una confesión de sus errores; y los libros catalogados en los cuales considera encerrada la verdad oculta, revelan, en sus elementos constitutivos, la ninguna consistencia de sus teorías y la poca solidez de sus cimientos científicos.

El punto de partida de su sistema prehistórico, es que « los historiadores y filólogos han tomado caminos extraviados al buscar en el Asia la cuna común de la civilización y de las regiones de la antigüedad ».

Según él, la cuna de la civilización sería el occidente, y no el oriente, como se cree, que de América siguió por el camino de Atlántida el movimiento civilizador de que dan testimonio sus monu-

mentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de una manera distinta, los de los Egipcios, como las lenguas maya y mexicana explican ó han de explicar las lenguas clásicas, y los mitos universales; y no sólo esto, sino también las revoluciones geológicas del globo, y sus grandes cataclismos, olvidados ó desconocidos, antes y después del diluvio; encontrándose consignado todo ello en los geroglíficos mexicanos y los símbolos guatemaltecos, que serían verdaderos alfabetos fonéticos, con auxilio de los cuales podrían leerse en el futuro las descripciones de Homero y Hesíodo, las narraciones de Diodoro de Sicilia, los escritos de Herodoto, Plutarco, Platón, Apolodoro, etc., y entenderse las tradiciones bramínicas y escandinavas, y hasta seguirse el itinerario de los viajes de los fenicios por las costas americanas!

Todo esto y mucho más « lo resuelven completamente los documentos americanos de la Biblioteca México-Guatemalteca », á estar á las afirmaciones de su propietario.

Los primeros trabajos de Brasseur de Bourbourg sobre el origen y desarrollo de la civilización americana, despertaron la curiosidad de la Europa, y empezaban á llamar la atención de los sabios, cuando un incidente cómico vino á echar por tierra todo su edificio prehistórico con motivo del informe que dió á propósito del « Manuscrito Pictográfico » del abate Domenech, que él declaró ser un documento auténtico y único en su género. Su autoridad de sabio y de americanista quedó muy comprometida, cuando se averiguó que el pretendido monumento era el cuaderno de mamarrachos de un muchacho alemán, con palabras alemanas y groseras obscenidades en vez de geroglíficos.

Engañado otra vez por su propia imaginación, Brasseur de Bourbourg se hizo la ilusión de haber descifrado por medio de sus geroglíficos mayas, un manuscrito mexicano, según un sistema de traducción metafórica que él llamaba libre, cuyo mecanismo detalló en una carta dirigida á Rosny; y con arreglo al cual quedaría explicado el cataclismo de la Atlántida, y se leerían corrientemente todos

los enigmáticos documentos de la colección de Kingsborough. Este libro fué publicado bajo el título de « *Manuscrit Troano* ».

Aleccionado por sus errores, no tardó en reaccionar contra su propio sistema de interpretación, y consignó en una nota de la introducción de esta Biblioteca, que fué su último libro, esta ingenua declaración : « No temo volver sobre lo que he avanzado á propósito del *Manuscrit Troano*. Los ensayos de traducción interlinearia que he dado á las inscripciones mayas, no eran, como lo dije entónces, sino simples *ensayos* y nada más. Yo había creído que la narración comenzaba á mano derecha, es decir, por el último folio como en los libros orientales. La traducción del *Codex Chimalpopoca* (*M. S. mexicano en lengua Nautl*), y el examen que he podido hacer de las ruinas de Palenque, me han convencido que la narración debe empezar á mano izquierda como en los libros europeos ».

De este nuevo error, que corre parejas con el del abate Domenech, Brasseur de Bourbourg deduce una nueva y singularísima teoría, á fin de explicar las abiertas contradicciones en que había incurrido, haciendo decir al texto lo que no decía. Interpretando á su manera un pasaje del P. Sahagun, inventa un sistema que él denomina de las *anfibiologías*, según el cual las palabras expresan ó pueden expresar cosas opuestas á su sentido recto y genuino, de modo que, en un idéntico texto pueden leerse las mismas palabras, con un significado completamente diferente. Hé aquí sus textuales palabras : « En dépit de mes tâtonnements et des imperfections que contient l'exposition que j'ai publiée des hiéroglyphes mexicains, avec le *Manuscrit Troano*, je n'en dois pas moins á ce document l'explication d'une foule de choses qui m'ont servi dans l'interprétation du *Codex Chimalpropoca* et qui m'en ont fait comprendre les amphibologies. C'est en comparant ces deux documents que j'ai appris comment on pourrait lire dans les mêmes lignes deux récits, non pas contradictoires, mais complètement différents ».

Á caballo sobre esta nueva y definitiva teoría, el autor termina su introducción prometiendo la revelación de todos los misterios ame-

ricanos : « La interpretación del lenguaje anfibológico ha esparcido sobre mis conocimientos clásicos una luz que pone de relieve, explicándolos, hasta los menores detalles de los antiguos autores griegos y latinos. Con el auxilio de la ciencia mexicana, he levantado el velo azul del santuario de Isis, á quien Plutarco hace decir : « *Yo soy lo que es, lo que fué, lo que será. Ningún mortal ha levantado jamás el velo que me cubre* ».

Esta fué la última palabra de un escritor á quien no se puede negar verdadero estudio, largos trabajos y anhelo por encontrar la verdad. Faltóle juicio para discernir entre los hechos averiguados y probables, los documentos que podrían ilustrarlo; y, como se le reprochó en vida, afeó sus obras con numerosas relaciones apócrifas, que exhibía como pruebas auténticas. Dirigido por su imaginación más que por su ciencia, se extravió persiguiendo ilusiones etimológicas que le condujeron á conclusiones incompletas ó arbitrarias envueltas en un palabreo exuberante. Su método no es científico, su criterio es escaso, su estilo difuso, su sistema carece de base racional y sus investigaciones son, en gran parte, fruto del trabajo ajeno, que con frecuencia trata de obscurecer. En definitiva, su obra carece de originalidad, aún en lo que tiene de extravagante, y, adelantando muy poco los buenos estudios americanos, ha contribuido á desnaturalizarlos, dando origen á una escuela filológica, semi-científica, semi-fantástica, que por medio de etimologías y analogías que se contradicen entre sí, lo mismo prueba que los americanos son escíticos ó turanios, ó griegos ó chinos, ó egipcios ó escandinavos, volviendo así á la confusión de las razas y las lenguas de la vieja escuela americano-judía, de que Kingsborough fué el último propagador.

En cuanto á la « Biblioteca Mexicana Guatemalteca », pobre de libros impresos, al lado de los catálogos mexicanos publicados últimamente, deficiente en documentos pictóricos, comparada con las colecciones conocidas desde Boturini hasta Aubin, es rica en manuscritos rarísimos y de verdadera importancia, y abundante en

obras sobre lenguas americanas, especialmente de México y la América Central. En ella da el autor algunas noticias acerca de su persona, sus estudios y sus viajes, con igual contentamiento de sí mismo que lo hace en otras obras suyas, de las cuales trae un catálogo completo, que anota con más modestia de la que era de esperarse. Empero, cuando registra el título de *Codex Chimalpropoca*, que confiesa en el número 13 del § VIII del Cat. ser de Butorini, no puede menos de responder al grito de triunfo con que termina su introducción complementando las palabras de Plutarco de esta manera : « Este documento, donde por primera vez levanté el velo que ocultaba los símbolos de la religión y de la historia de México, es el más importante de cuantos nos hayan quedado de los antiguos anales mexicanos ». Es de advertir que el documento es de la época de la conquista española.

Por lo que respecta á las anotaciones bibliográficas del catálogo, ellas revelan poco saber en la materia, conteniendo entre alguna que otra noticia curiosa, varios errores, omisiones y falsas apreciaciones, que á la simple lectura se advierten.

De este libro puede decirse, que fué á la vez que el inventario y el estamento del autor, el epitafio que él mismo se hizo en vida.

BARTOLOMÉ MITRE.

NUEVOS RUMBOS HUMANOS

I

También yo, como la mayor parte de los que estas líneas lean, he atravesado la edad soberana por excelencia, aquella en la que se profesan ideas claras, netas y precisas sobre todas las cuestiones capitales de la vida humana, en la que poco se duda, todo se afirma, y en la que la voz de la experiencia suena como nota falsa en los oídos habituados á la rotundidad sonora de las afirmaciones absolutas. Es un fenómeno que ocurre allá por los veinte años y que dura más ó menos tiempo, según la previa posición individual para resistir, dentro del ideal, á los rudos y repetidos golpes de la vida positiva. Entre esas convicciones profundas, tan numerosas como los deliciosos fenómenos de la naturaleza al venir la primavera, abrigaba una que, en materia de sociología política formaba un credo definitivo y sobre el que nunca pensé, no diré cambiar de criterio, pero ni aun dudar. No concebía, no podía concebir otra forma legítima de gobierno, para las sociedades humanas, que el gobierno republicano y representativo. Á lo sumo, allá en mis cavilidades filosóficas sobre la materia, admitía que se pudiera disentir sobre las ventajas de la federación, y encontraba puesto en

razón, que hubiera gentes que sostuvieran la superioridad del régimen unitario. Pero, admitir la legitimidad, menos aún, la conveniencia, en nombre de intereses más ó menos graves, de la institución monárquica, me parecía tan absurdo entonces como no profesar el libre cambio ó sostener la necesidad de reglamentar la libertad de la prensa. Todo argumento en contra de mi absolutismo democrático, se estrellaba contra la idea de la dignidad humana, en tal forma arraigada en mi conciencia, que no encontraba *modus vivendi* honorable entre ella y el privilegio anti-natural de una familia sobre el resto del pueblo. Más tarde, procuraba explicarme esa preocupación, de las que participan todos los Argentinos que viven exclusivamente dentro de la conciencia nacional, recordando los antecedentes políticos peculiares á nuestro país: aquel monarca español viviendo eternamente en el limbo para nosotros; sus representantes aquí, insignificantes cuando no ridículos, nulos en los momentos de acción histórica; nuestra lenta y democrática formación colonial, y, por fin, la forma republicana de gobierno, surgiendo impetuosa en el suelo argentino, imponiéndose á los patriotas inconscientes de su fuerza irresistible, y arrastrando como hojarasca todas las combinaciones de la política y los cálculos de la diplomacia. Así procuraba explicarme, repito, ese sentimiento de repulsión que continuaba dominándome; y fué armado de esa inflexibilidad moral, de ese convencimiento recio é inabordable, que eché á rodar mi cuerpo y mi espíritu por esos mundos de Dios, movido por un impulso que creo durara un año y que me mantuvo casi tres lustros lejos de mi patria. Fué durante ese tiempo y bajo la acción de los medios en que vivía, que mis ideas sobre el gobierno de los hombres, empezaron á recibir los primeros choques, á perder su austeridad, por decirlo así, y á moverse de tal suerte, que aún hoy las siento crugir, presintiendo vagamente que he de llegar al término de mi jornada sin encontrar los medios de resolver el conflicto.

Ocurrésemi, pues, ya que Groussac me invita á llenar algunas páginas del primer número de su *Revista*, exponer sinceramente

las fases de esa crisis, augurando á mis jóvenes lectores argentinos que, cuál más, cuál menos, pasarán todos por la misma, por poco que la proyección de su pensamiento alcance á la región de las ideas generales.

II

Hace ya más de medio siglo que Tocqueville reveló á la Europa el curioso fenómeno de la democracia natural, que había encontrado en los Estados-Unidos; y digo natural, porque á mis ojos el mérito extraordinario de ese pensador, hoy un tanto olvidado y á cuyas obras sólo falta la mortaja del pergamino, fué ver en la democracia americana un hecho social y no un hecho legal. Vió que ese organismo político había surgido del seno de ese pueblo, por causas tan lógicas como las que determinan el clima de una región, y auguró á la Europa, para época no lejana, el advenimiento de la democracia triunfante, así que las condiciones sociales que en ella predominaban, se fueran acercando, bajo la acción, de los progresos de la ciencia y de la educación popular, al estado en que se hallaba la sociedad norte-americana. Tocqueville fué más lejos aún, y en un capítulo admirable, dió la voz de alerta contra los peligros que ese triunfo definitivo podría traer para el progreso humano. Como acción general, la palabra de Tocqueville cayó en el vacío: los Estados-Unidos eran para la Europa una nebulosa, interesante, sin duda, pero extraña á su sistema; algo así como los canales de Venecia, que se admiran sin que por eso se le ocurra á nadie cavar y llenar de agua las calles de París ó Viena.

Tocqueville estudiaba la marcha de la marea desde los orígenes de la historia moderna, y al determinar la ley de ascensión del número sobre las clases, en los organismos sociales, predecía, tal vez para una época más remota que la actual, el ascendiente irresistible de las masas. Más tarde, otro espíritu superior, tan noble y

puro como el de Tocqueville, pero quizá más apasionado y menos sereno, Stuart Mill, llegaba, por el estudio del desenvolvimiento humano, al que había aplicado las reglas de una lógica por él dotada de nueva vida y vigor, á ese socialismo vago, indeterminado y temeroso, en el que caen los espíritus sinceros que en la tensión especulativa pierden el contacto moderador de la tierra. Stuart Mill no cayó bajo aquella desesperanza triste y profunda que invadió el alma de Tocqueville, el día del golpe de Estado del 2 de diciembre ; pero la sorda irritación de su espíritu, ante la lentitud de las reformas que reclamaba como indispensables para la sociedad política de Inglaterra, le minaba sordamente. Era inglés y conocía á su patria ; sabía que si ésta se había salvado de los horrores del 93, si no debía temerlos para lo futuro, como los temía Heine para la Alemania, era precisamente por ese andar pausado de la historia inglesa, ese respeto profundo á lo pasado, ese fetiquismo de lo existente, que sólo se rinde á la innovación cuando ésta ha penetrado ya en las costumbres. Nació la prisa de Mill de que sentía rugir sordamente la ola ; comprendía que nada ni nadie podría resistirla, y juzgaba que, de no allanarle el camino, arrasaría todo.

Y bien, el hecho se ha producido, tal vez más pronto que la época predicha, y hoy nos encontramos con la democracia triunfante en las ideas, en las costumbres y en las leyes. Veamos si la sociedad humana se va acercando al ideal, al objetivo lógico de todo organismo, colectivo ó individual, esto es, á su bienestar y su perfeccionamiento.

III

Es indudable que las condiciones de la vida humana, en el presente, son infinitamente superiores á las del pasado. Por un fenómeno curioso, á medida que el sentimiento religioso se ha ido debilitando en la conciencia de los hombres, aquella piedad, que él

proclamaba como elemento de salvación y regla normal de la existencia, ha venido desarrollándose, ya sea por las exigencias de la defensa social, ya porque la cultura del espíritu determine un sentimiento de solidaridad, desconocido para aquellos que vivieron petrificados en la legitimidad de la división por castas. En todos los pueblos civilizados, la caridad se ha organizado y, á más de los donativos espontáneos, una buena parte de la renta pública está destinada á la manutención y abrigo de los desheredados. Hace cien años, cada cama del hospital era, más que lecho, tumba de tres ó más enfermos. Las gentes del campo esperaban como una bendición el retorno de la primavera, para alimentarse de las yerbas, á la par de los animales que custodiaban. Las leyes penales, de una crueldad inexcusable, castigaban los delitos del proletario con más rigor que los crímenes del grande. Las jurisdicciones especiales eran la regla, y la justicia era un mito que la imaginación popular, sumida en la desesperanza, colocaba en el pasado. Hoy, es tal la condición material del obrero, del agricultor, del vago mismo, que habría sido un sueño ahora un siglo. Aquel obrero, que en su furia intuitiva arrojó al Ródano la máquina de tejer inventada por Jacquard, sin comprender que no hay ahorro de fuerza que no aproveche á la humanidad entera, fué el último representante de su tiempo. Con su grito de cólera se hundió para siempre la esclavitud del hombre y surgió el imperio de la ciencia sobre la naturaleza. La Revolución francesa, con sus declaraciones, sus derechos políticos, sus sacudimientos, sus grandezas y sus horrores, habría sido estéril para la humanidad, como lo fueron las de 1640 y 1688 de Inglaterra, ni no hubiera precedido por pocos años aquel esfuerzo de la inteligencia humana que, con la física, la química y la mecánica, iba á transformar la faz del universo.

No es, pues, á las instituciones políticas que corresponde el honor del mejoramiento incontestable en las condiciones de la vida humana. La rapidez en el transporte de los cuerpos, en la trasmisión de las ideas y de la palabra, no es mayor en Suiza que en Rusia;

los descubrimientos de Claudio Bernard, de Chevreul y de Pasteur son la base de la industria así en Austria como en Bélgica. Bajo el punto de vista del bienestar humano, pues, ¿qué diferencia esencial hay entre los pueblos que gozan de instituciones democráticas, y aquellos que se mantienen aún bajo el régimen monárquico? Confieso que no la veo; diferencia la hay, indudablemente, pero responde á causas completamente ajenas á este orden de ideas. Sería tan absurdo atribuir la potencia industrial de la Francia á su sistema actual de gobierno, como responsabilizar á la regencia portuguesa de la decadencia de ese pueblo.

Por lo demás, la fuerza del sentimiento democrático no radica en su incorporación á las leyes positivas, sino en su mayor ó menor difusión en un pueblo y en su imperio en las costumbres. Si se da á la democracia su sentido general, que es algo más que el gobierno de todos para todos, que es la igualdad de derechos, la conciencia de la dignidad individual, sería absurdo suponer que un ciudadano argentino ó francés, es más demócrata que un inglés. El hecho de ser nosotros ó los Franceses gobernados por un presidente electo, y los Ingleses por un monarca hereditario, es tan insignificante para el desenvolvimiento de la sociabilidad humana como las tempestades de la atmósfera terrestre para la marcha del astro en el espacio. La monarquía hizo la Francia, la aristocracia hizo la Inglaterra, la oligarquía ha hecho á Chile, la democracia ha creado los Estados-Unidos; he ahí hechos históricos incontables. Pero ¿quién puede negar que la monarquía mató á la España, la aristocracia á la Polonia, la oligarquía á Venecia y la democracia á la vieja Italia? La historia se ríe ante la virtud mirífica de las instituciones; imitarlas, aceptarlas, todo es inútil. Se puede retardar el desarrollo de un pueblo con tanta fuerza, dándole una constitución liberal, como sujetándolo á un régimen absolutista. Las causas del progreso son más hondas y complicadas; las palabras, por más solemnemente que se escriban, no cambian ni modifican los hechos. España tiene hoy el juicio por jurados, el

matrimonio civil, el sufragio universal, códigos civil y penal que son modelos del género: todas las conquistas de la democracia, en fin, incorporadas á la legislación positiva. En Inglaterra, el sufragio es restringido; la legislación política, civil y criminal es un caos, en el que los mismos jurisconsultos se pierden. Sin embargo, medid el camino andado por los pueblos!

IV

Entonces, si el régimen de gobierno es un factor despreciable en el problema de la felicidad humana, ¿por qué esas luchas incesantes de los pueblos, esos esfuerzos constantes por conquistar la libertad bajo todas sus formas? ¿Es un error general de la especie, y, después de tantos siglos, vamos á tener que constatar que toda esa enorme fuerza ha sido inútilmente gastada? No; lo único que el hombre comprueba, es su absoluta incapacidad para explicar las causas últimas; el día en que se me revele la razón del organismo social de las hormigas, me será permitido creer que la ciencia positiva llegue en algún momento á explicar la historia humana. Uno de los espíritus más luminosos que han surgido en la humanidad, nos acaba de dejar su testamento filosófico. Renan piensa que Dios está en formación; que todo este gigante esfuerzo de lo creado, desde el átomo que existe dentro de la piedra hasta la iniciativa genial del hombre, desde el movimiento solemne de los mundos desconocidos, hasta el crecimiento misterioso de la yerba de los campos: todos estos fenómenos múltiples del Universo, son notas aisladas que un día llegarán á formar la armonía colosal é inconcebible á lo que da el nombre de Dios. Voltaire había propuesto ya inventarlo; tanto vale lo uno como lo otro.

Dejemos, dejemos de lado ese problema de las causas finales, arrojado á la curiosidad del espíritu como un freno contra su infa-

tuación. Pensemos, sí, con reposo, que todo va á alguna parte, constatemos el movimiento sin pretender averiguar el objetivo y volvamos modestamente los ojos á la tierra.

V

Y, pues que de movimiento hablamos, ¿qué causas y qué fin tiene ese sacudimiento pavoroso, extendido hoy por todo el mundo civilizado, esa protesta violenta contra el orden existente, que empieza á cubrir de sombras el porvenir?

La revolución social está en todas partes. Á los sueños de los enciclopedistas, á las pastorales del abate de Pradt, á los organismos teatrales de Saint-Simón y á los sofismas elocuentes de Proudhon, ha sucedido un período de acción, que, echando á un lado las especulaciones, entra resueltamente al combate y ataca de frente al enemigo que la experiencia ha demostrado ser el único, si bien terrible en la defensa y poderoso. Ese enemigo es precisamente la base, la piedra angular de nuestro organismo social, es la idea madre sobre la que hemos levantado este palacio maravilloso de las convenciones humanas: idea tan fuerte y extraordinaria que, á partir del momento en que el hombre cesó de ser una fiera salvaje, ha impuesto á los millones de individuos de la especie, que no tienen pan, el respeto por las vituallas de los que se hartan; y que, extendiéndose con la ayuda de las convenciones morales, ha permitido que las mujeres hermosas sólo tengan, algunas veces, un solo dueño. Esa idea es la de la propiedad, y es contra ella que se ejercita el empuje del movimiento de reacción que se observa en el mundo actual. Revelaría un candor y una inocencia incomparables, aquél que creyera que van en busca de reformas políticas los nihilistas rusos, los anarquistas franceses, los socialistas alemanes, los

fasci italianos, los huelguistas de Inglaterra y Norte-América, los cantonales españoles: todos los descontentos que, bajo las mil demostraciones que las circunstancias locales les imponen, trabajan con una unidad de acción, quizá inconsciente, como instrumentos fatales, á la destrucción de lo existente. ¿Pensais que ese esfuerzo patente, profundo, como que arranca de las entrañas mismas de la masa humana, va tras el ideal del régimen representativo, el cual empieza á tomar los contornos de una superstición vetusta, ó tras el sufragio universal, más ilógico y absurdo, como criterio de gobierno, que el viejo derecho divino que suplantó por una aberración de que el mundo moderno empieza á darse cuenta? No; si el nihilista ruso busca la muerte del tzar, es porque el autócrata representa la propiedad y es la encarnación del orden social establecido. El anarquista francés se ríe de la democracia imperante, de la libertad electoral ó de las garantías individuales de que goza, como el inglés, el italiano ó el español.

Es tal el progreso del espíritu humano en este siglo y tan enorme la suma de datos reunidos y clasificados, tanto en el orden científico como en el orden moral, que el razonamiento general que autoriza la previsión, empieza á ejercitarse sobre materias que se confundían, hace cien años, con los misterios impenetrables de las causas finales. Un geólogo os dirá hoy cuánto tiempo durará la provisión terrestre de hulla; un demógrafo, la población probable de una ciudad dentro de un siglo; un filósofo la época, quizá próxima, en la que se extinguirán para siempre esas luces vagas y vacilantes de los últimos dogmas sagrados, que fueron el sustento del alma de nuestros mayores. Hace cincuenta años, se predecía el triunfo de la democracia para el fin de esta centuria, y ya, para decenas de millones de hombres, las instituciones democráticas parecen vetustas y anticuadas. Puede, pues, preverse, no ya el triunfo de las nuevas ideas, sino la ruina de las actuales. Porque el rasgo esencial de toda revolución general y profunda en la historia, es precisamente su carácter destructor y su incapacidad absoluta

para definir y precisar el ideal nuevo que encarna. Atila marchaba ciegamente sobre el mundo romano, como la piedra de una honda lanzada por una mano providencial. La Europa se echaba sobre el Asia en las Cruzadas, realizadas con un pretexto pueril, y cuatro siglos más tarde sobre la América, entre sueños de oro y de proselitismo. ¿Pensaba Alarico, pensaban Godofredo ó Ricardo, Pizarro ó Cortés, en lo que iban á levantar sobre las ruínas de lo que destruían? Directores de hombres ó movimientos colectivos inconscientes, todos son instrumentos fatales, que aparecen en el momento necesario, bajo la acción de leyes desconocidas, pero reales.

VI

Ante ese problema pavoroso de una transformación social, profunda é inminente, el espíritu no puede ya apasionarse por las fútiles combinaciones de la política, ni por las excelencias de un sistema de gobierno sobre otro. ¿Qué significado pueden tener esas palabras mismas: qué puede entenderse por gobierno, libertad, orden, familia, derecho, patria, el día que desaparezca el suelo que les da vida: esa idea de la propiedad, que sustenta y sostiene todo nuestro mecanismo social? Ese desapasionamiento, esa serena contemplación de las corrientes generales que arrastran á la especie humana en busca de nuevos ideales, es altamente saludable. Enseña á creer y esperar, enseña á restringir el horizonte del esfuerzo intelectual y moral, á mejorarnos para ser más útiles en la tarea transitoria que nos ha sido departida. Al correr de los tiempos, cuando los últimos baluartes de la sociedad actual hayan cedido; dentro de dos ó tres mil años, cuando se hable de la propiedad como nosotros hablamos del feudalismo, que, no hace aún quinientos años, fué una institución salvadora, tan fuerte que parecía perdurable, ¿qué nuevos organismos imperarán sobre los escombros de lo que hoy

existe? La insolubilidad del problema no debe inquietarnos, firmes en nuestra fe inalterable en el destino de la especie, el cual es ir siempre adelante, al mejoramiento y la perfección. Si á la milésima generación de nuestros descendientes se le acaba el carbón, ya encontrarán cómo mover sus máquinas y defenderse contra el frío; aún queda bastante grasa sobre la tierra y no la usamos ya para alumbrarnos. Aún esconden los cerros en sus entrañas bastante oro, y ya lo hemos reemplazado con tiras de papel, más ó menos oscilantes en su significación, porque, por el momento, constituyen pura y simplemente la base de nuestra oscilante organización. Si los hombres del siglo 50 estudian nuestros códigos civiles, como nosotros estudiamos la legislación de los vedas, que fué tan positiva en su época como nuestra reglamentación edilicia actual, o pongamos de antemano, á la sonrisa de conmiseración que nos dedicarán, el asombro con que comprobarán el atraso de ellos mismos, sus propios descendientes, allá por el siglo 150 ó 200.

Si somos razonables, si admitimos que ese movimiento de reacción general obedece á leyes desconocidas pero ineludibles, es lógico que nuestros adversarios, los obreros ciegos del porvenir, reconozcan á su vez la existencia de leyes en virtud de las cuales nos oponemos á su tendencia. Ellos sostienen que la propiedad es un anacronismo y una injusticia monstruosa; nosotros pensamos que sin ella no se habría organizado en sociedad la raza humana, y que andaríamos aún, como en la edad primitiva, á dentelladas y trancazo limpio. Ellos nos suprimen por la dinamita, nosotros los suprimimos por la ley. Debe ser necesario, para los objetivos finales, ese carácter un tanto agrio de la controversia. Si las instituciones sociales pudieran modificarse tan fácilmente como las políticas, bastaría con dos ó tres jornadas *gloriosas*, como las de Julio, para que un Ravachol durmiera en el Eliseo ó en Windsor. Por el momento, no teniendo el honor de vivir en el siglo 50 y juzgando que ese incidente no sería favorable á la felicidad de los hombres,

nos oponemos á él con todas nuestras fuerzas y nos defendemos con todas nuestras armas.

VII

Jamás una lucha entre los hombres se ha iniciado con caracteres más horribles. Es precisamente en este momento de la historia humana, en que la conciencia general condena y maldice las hecatombes del pasado, las guerras sin cuartel de la antigüedad, el martirio de los cristianos, los exterminios religiosos de los siglos XVI y XVII, cuando la bestia que la civilización había conseguido domeñar, se despierta más feroz que nunca y, en nombre de pretendidos derechos, de sueños de ebrio, asesina ancianos, mujeres y niños, y elige los corazones más nobles para partirlos con el puñal del sicario!

La muerte de Carnot, que ha conmovido al mundo entero, porque la altura moral de ese hombre ennoblecía á la especie toda, parece indicar que el período fatal se acerca y que el incendio va á comunicarse á toda la tierra civilizada. Triste y sombría es la perspectiva! En cuanto á nosotros : aquellos que crean que la riqueza de nuestro suelo y la facilidad de nuestra vida, van á eximir á nuestro país de ser teatro de combates de ese género, se equivocan, á mi juicio. Nada hay comparable en el mundo actual á la condición del proletario francés; la maravillosa feracidad de esa tierra, su belleza, su desenvolvimiento industrial, la laboriosidad y la iniciativa de ese pueblo amable é inteligente, su organización casi perfecta en lo humanamente posible, dan con toda holgura al obrero, el pan, el salario y la tranquilidad necesarios para el viaje de la vida. En pocas partes, los salarios son más altos, en ninguna las asociaciones de mutua protección más perfectas, en ninguna la autoridad más paternal para el desheredado. Y es allí donde estalla con más fuerza esta reacción iracunda contra la desigualdad social! Se creería que esos hombres obran movidos por un atavismo inconsciente, por el

rencor acumulado en el corazón de cien generaciones de parias, que ha venido á estallar precisamente en el momento en que el sufrimiento y el largo penar cesaban para sus descendientes! ¿Qué remedio oponer? ¿Cómo hablar de razón al demente enfurecido? El viejo pápa, en este estertor de todas las viejas creencias humanas, habla un lenguaje ya muerto sobre la tierra, y hace un llamado á esos descarriados para que vuelvan al seno de la Iglesia. Otros, los filósofos, los teóricos, los que tienen fe en la eficacia de la inteligencia humana, hablan del socialismo de Estado. No es una novedad el nuevo específico, y el éxito de los ensayos hechos no anima por cierto á recomenzarlos. Además, preconizar la omnipotencia del Estado ante aquellos que buscan ciegamente su aniquilamiento, paréceme realmente un ilogismo candoroso.

En 1836, cuando la democracia estaba lejos de triunfar sobre el mundo europeo, ante los peligros que su victoria hacía entrever para el porvenir, el noble escritor que antes he citado, exclamaba :

« ¿Pensaré que el Creador ha hecho al hombre para dejarle agitarse en medio de las miserias intelectuales que nos rodean? No puedo creerlo; Dios prepara á las sociedades europeas un porvenir más fijo y más tranquilo; ignoro sus designios, pero no cesaré de creer en ellos, porque no puedo penetrarlos y prefiero dudar de mis luces que de su justicia. »

Esa es la buena palabra y esa es la buena ruta para todos, para aquellos que dudan, como para los que crean que el mundo marcha guiado por una voluntad divina. De la misma manera que las batallas se ganan por la suma de los esfuerzos individuales, y que el deber del soldado es combatir y vencer al enemigo que tiene al frente, el deber de cada hombre es trazar su camino con claridad y seguirlo con firmeza. Un país será próspero y grande, no porque se desenvuelva bajo tal ó cual régimen de gobierno, sino porque sus hijos conciban bien sus deberes de patriotismo y los cumplan como buenos. El patriotismo no está sólo en pelear en los combates al són del himno y á la sombra de la bandera, no está sólo en cantar las

glorias patrias; está también y sobre todo en la prudencia, la fuerza de voluntad para contener las indignaciones violentas, la fe en la evolución que cura, y no en el prurito de la revolución que mata. « La verdad y el derecho legitiman algunas y raras revoluciones, pero no acompañan, en todo lo que emprende, al espíritu revolucionario. Lo que se llama así, no es el noble espíritu que animaba á los autores de las revoluciones necesarias; es el gusto de las revoluciones por ellas mismas; es el movimiento continuo de esas almas sin regla que la imaginación gobierna á falta de la razón, aquellas para quienes las ideas innovadoras son las solas verdaderas y las ideas extremas las únicas lógicas. Los que juzgan todo permitido á la abnegación, toman por abnegación al fanatismo y creen absueltas, y aún santificadas en sus excesos, las pasiones que hacen el mal en nombre del bien. El espíritu revolucionario, no, no es la adhesión de un Holandés á la revolución de 1579, de un Inglés á la revolución de 1688, de un Americano á la de 1776, de un Francés á la revolución de 1789; es el amor por las revoluciones sin término. Harto ha sacudido nuestro país ese genio de la agitación perpetua. Harto nos ha faltado esa constancia que se apega á los bienes adquiridos y sabe guardar sus conquistas. Soñarlo todo, tentar todo, es el medio de perderlo todo ». ¿No parecen, acaso, escritas para nosotros esas palabras que el luminoso espíritu de Carlos de Rémusat pone al frente de sus admirables estudios sobre la *Inglaterra en el siglo XVIII*?

VIII

En cuanto á nuestras sociedades nuevas y en formación, la manera cómo en ellas repercuten los fenómenos políticos y sociales de carácter general que hemos apuntado, constituye un problema especial, cuya solución no está en nuestras manos. No son las ins-

tituciones, no son las leyes, lo hemos visto ya, las que fijarán y determinarán el rumbo deseado. El factor principal que, en el estado actual de la Europa, ejerce una influencia poderosa é indiscutida en la gestación que está elaborando los nuevos destinos humanos : la raza, sufre entre nosotros una modificación tan fundamental, que complica y da otro aspecto al problema.

¿Preponderará con el tiempo algún espíritu especial de raza entre nosotros? ¿Los grandes é irresistibles medios de asimilación que posee el suelo americano, y en él el nuestro principalmente, concluirán por hacer del pueblo que habita la vasta región argentina, una sociedad homogénea, con caracteres étnicos propios? Todo parece indicarlo así; pero no está tampoco ahí el problema del porvenir.

No se puede hacer que los ríos remonten su corriente, y la vieja farmacopea es inútil ante la patología actual. Reformar nuestra constitución, en el sentido de hacer desaparecer sus aberraciones y arcaísmos, es como quitar la mancha de una mosca en el disco de un telescopio para ver más cercanos los astros. Agregarle, en forma preceptiva, las tres ó cuatro aspiraciones socialistas formuladas en primer término, sería inhábil y peligroso : la concesión de una parte nunca satisfizo á los que piden el todo. Además, volvemos á lo mismo : la ineficacia de la ley escrita, buena ó mala. Los ingleses, contentos y cómodos dentro de su caos institucional, comparaban á la constitución norte-americana con un aro de acero puesto á un tronco joven, y auguraban que impediría el crecimiento de éste. Los americanos contestaban que el aro se haría flexible y se ensancharía armoniosamente con el árbol. No, no es eso ; el árbol crece porque sus raíces están en tierra fecunda, y el fenómeno del desenvolvimiento de ese pueblo responde á causas ajenas á la influencia de su constitución política.

No, no reformemos nuestra carta. Con ella vamos un poco á tropezones, pero vamos. Habría tanta justicia en atribuirle nuestras miserias, como nuestros éxitos. Los que sueñan con el régimen

parlamentario como panacea, ó los que desearían ver sancionado por la ley política el unitarismo imperante de hecho, me hacen el efecto de los que procuran resolver el problema de la aviación con cuerpos más ligeros que el aire, cuando la experiencia nos enseña que las aves pesan más que aquél.

¿ Y el remedio, entonces ? se nos dirá á los que arriesgamos pasar por pesimistas, al presentar sinceramente un cuadro de observaciones hechas serena y desapasionadamente. No vislumbramos sino uno : la cultura moral del individuo, que determinará la cultura y la inteligencia de la masa. El átomo caracteriza al cuerpo, y si el átomo es susceptible de perfeccionamiento, ahí está el remedio supremo. La esperanza y el honor de la raza humana, está en la noción innata del deber ; ese es el átomo que hay que cultivar y perfeccionar. Su desenvolvimiento sano y vigoroso dará vida á las virtudes necesarias para la armonía y el progreso social.

Es vulgar y nimio, pero el hombre no ha inventado otra cosa. Tengamos siempre limpio el corazón, cultivemos siempre la inteligencia : al resplandor de esas luces, es difícil errar el buen camino. Nunca alcanzaremos la conciencia de marchar en él, pero es el único medio de tener la de intentarlo.

MIGUEL CANÉ.

LA PREDICCIÓN DEL TIEMPO

I

Es una trivialidad repetir una vez más que la credulidad humana no tiene límites, ya se trate de la humanidad blanca, ya de la negra ó amarilla. Pero acaso sea menos trivial comprobar que la difusión de las nociones, ó mejor dicho, de las aplicaciones corrientes y prácticas de la ciencia, muy poco tiene que ver con el espíritu científico. La masa popular de hoy, sometida el régimen regenerador de la enseñanza obligatoria, con sus programas flamantes y su novísima pedagogía, no es menos crédula y refractaria al criterio racional que la de ayer, tan extraña como fuera á toda enseñanza escolar.

Con mudar de superstición, no se modifica ni aminora el espíritu supersticioso; si los adivinos gozan en el París actual de tanto crédito como en la Roma antigua, muy poco importa que se busque el augurio en el éxtasis de una histérica ó en las entrañas palpitantes de una víctima. El saber á medias fomenta esa tendencia incurable, lejos de combatirla, como que se alimenta casi exclusivamente con la lectura de los periódicos, irresponsables por esencia y superficiales por definición.

Después de los astrólogos y los profetas religiosos, que no han desaparecido por completo de los países « civilizados », hemos tenido y tenemos aún á los profetas meteorológicos, á los augurios, convencidos y escuchados, del viento y de la lluvia, del frío y del calor, Cuando nos reímos de los primeros y aceptamos seriamente á los segundos, nos parecemos á ese « espíritu fuerte » de aldea que expresaba en esta forma su desdén por la superstición : « nuestros padres ignorantes creían que los ruidos nocturnos y los fuegos fátuos eran diabluras y brujerías; hoy nadie cree en eso : sabemos todos que son almas de difuntos ! »

Las predicciones del tiempo á plazos largos son las que mejor han resistido á todas las demostraciones contrarias de la observación y la experiencia; sus chascos y traspiés evidentes no han gastado el poder de ilusión ni de los profetas ni de los prosélitos. Reaparecen incansables en la prensa de ambos mundos, encontrando siempre entre la muchedumbre de los lectores la misma fe imperturbable y tenaz. El adelanto realizado, merced á esta formidable colaboración, consiste en que la patraña, de acción circunscrita y lenta dos ó tres siglos ha, revienta ahora en pocas horas y hace estragos inmediatos entre millones de inocentes. Es lo que llamamos progreso.

Por lo demás, el efecto producido por las predicciones así difundidas conserva su característica invariable — y es tan general que la encontramos idéntica en la terapéutica milagrosa : si alguna se confirma, como es inevitable, el profeta se levanta sobre las nubes (es el caso de decirlo); pero si no se realizan sus pronósticos, nadie se acuerda de ellos, aunque fueran la víspera materia de todas las pláticas. Por un acuerdo tácito, todos amparan sus ilusiones, y anhelan el éxito venidero para robustecerlas más y más.

No hace mucho tiempo que retumbaba en la prensa del mundo entero la predicción aterradora de un gran sabio europeo : había anunciado, para el 29 de marzo de este año, un espantoso cataclismo que debía arrasarse el territorio chileno. He recibido aquí, en mi tranquilo Observatorio de La Plata, no sé cuantas preguntas y alarmadas

consultas sobre el particular. ¿Qué ha sucedido? Absolutamente nada. Llegó y pasó el 29 de marzo en la más completa calma, sin el menor asomo de catástrofe en una ú otra vertiente de los Andes. Siquiera podríamos esperar, como útil moraleja del cuento, que los diarios chasqueados aprovecharan de la lección para atacar al malhadado profeta : ninguno ha chistado ; todos han guardado absoluto silencio, como después de una dolorosa decepción.

Sucede lo mismo con las predicciones del tiempo. La gloria de Nostradamus, siquiera un tanto menguante, ha venido hasta nosotros ; y puede asegurarse que, si el gran astrólogo del siglo xvi ha descendido de su puesto, es porque lo ha tenido que ceder á rivales más jóvenes, es decir más felices : ha sido reemplazado. Por mi parte, he asistido, en mi juventud, á la apoteosis del ilustre Mathieu (de la Drôme) ; en mi propia casa, me ha costado gran trabajo persuadir á los míos, con la demostración de los hechos, que las predicciones del nuevo Nostradamus merecían exactamente el mismo crédito que las del antiguo.

Ese excelente Mathieu (de la Drôme) había fabricado para bien de sus semejantes una especie de teoría coja, compulsando los registros de observación de Ginebra, los cuales contenían, día por día, la cantidad de agua llovida durante un lapso de sesenta y seis años. Para un espíritu desprevenido, podía esa suma de observaciones aparentar una base de probabilidad, y presentarse los anuncios futuros como una aplicación correcta de las leyes estadísticas. Es mera apariencia ; y, para condenar esas frágiles teorías, basta reflexionar en la infinita variedad de fenómenos meteorológicos de que es teatro cualquiera extensión circunscrita del país.

La observación más superficial demuestra claramente que el tiempo diario puede variar por completo entre dos puntos poco distantes. Suele llover en Chivilcoy, cuando el sol brilla en Buenos-Aires, El huracán y la piedra devastan muchas veces una estrecha faja regional, en tanto que, á muy corta distancia, el viento mueve apenas la copa de los árboles.

Eso lo sabe todo el mundo. Sin embargo, no se necesita más que abrir un diario de Buenos-Aires, sea cual fuere su nombre ó nacionalidad, para tener aviso circunstanciado del tiempo que hará, infaliblemente, dentro de dos ó tres semanas. He leído, hace pocos días, un artículo que sospecho haya sido escrito por un ingeniero. Dicho artículo, bastante largo y dedicado todo á esta materia, arribaba á la siguiente conclusión : « siempre que un anuncio se realizase con una aproximación de dos días, se debía tener confianza en el autor de la predicción » !

Me parece establecido, pues, que la generalidad de las gentes tienen propensión á creer en esta suerte de predicciones ; por eso es que procuraré demostrar á continuación que los tales anuncios no descansan en ninguna base sólida, no teniendo otro fundamento que ese espíritu de credulidad de que hablaba al empezar.

II

La predicción del tiempo á plazo largo no puede formularse sino con ayuda de uno de los medios siguientes, — dejando aparte los casos harto frecuentes en que el pronosticador no se apoya en dato alguno, y vaticina al tanteo :

1° *Por intuición ó dón de profecía*, ya sea su procedencia divina ó diabólica ; este método precioso escapa á todo examen científico y, desde luego, no tengo nada que decir á su respecto ;

2° *Por el regreso regular de ciertos períodos*, durante los cuales se supone que los fenómenos meteorológicos hayan de repetirse en el mismo orden y con la misma intensidad, siendo separados por intervalos ya conocidos ;

3° *Por teorías fundadas en la influencia de los astros* ; es decir, en la hipótesis que el sol, la luna y los planetas pueden ejercer



acción directa en la atmósfera terrestre, según sean las posiciones relativas que ocupen con respecto á nuestro globo.

Examinemos primero el método que llamaré « de los períodos ».

El más importante de esos períodos, el único que debemos considerar, — no existiendo en los otros condición alguna que les dé siquiera una apariencia racional de influencia, — es el que de antiguo se conoce bajo el nombre de *ciclo de Metón*. Este ciclo ó *aureo número* comprende cerca de diez y nueve años, después de los cuales el sol, la luna y la tierra vuelven á encontrarse casi en la misma situación relativa; por consiguiente, las fases de la luna deben de repetirse en el mismo orden y después de los mismos intervalos que durante el ciclo precedente. — Volvemos á encontrar aquí la idea de la influencia lunar, considerada omnipotente, y tan arraigada en los espíritus, tan generalizada, que se encuentra difícilmente preocupación más fija y esparcida en el mundo.

Bajo el imperio de esta creencia tradicional, es que algunos meteorologistas han sacado la conclusión de que la permanencia del ciclo importaba la de los grandes movimientos atmosféricos, los cuales, según ellos, siendo regidos por la posición de la luna respecto de la tierra y del sol, deben repetirse igualmente por el mismo orden en cada uno de los ciclos sucesivos. Bastaría, entonces, que se tuviera registrada una serie completa de observaciones meteorológicas, abarcando un ciclo entero, para predecir sin dificultad los fenómenos atmosféricos de los períodos siguientes. En una palabra, según esta teoría, los principales movimientos de la atmósfera deberían repetirse en las mismas fechas y en el mismo orden cada 19 años.

Á todo ello, no hay más que una respuesta pertinente: y es que la hipótesis fundamental es falsa en absoluto. Los numerosos estados procedentes de los registros de observaciones más dignas de confianza, y referentes á cualquiera época, no han enseñado sino resultados totalmente contradictorios y que no dejan la menor duda acerca de la inanidad de la hipótesis.

En cuanto á la eficacia del método « astronómico », para discutirlo con propiedad, conviene, desde luego, hacer notar que un astro no puede ejercer acción á la distancia sobre nuestra atmósfera, sino en conformidad con la ley de la *atracción universal*. Tanto la luna como el sol deberán, pues, obrar sobre el aire en virtud de la misma potencia que produce las mareas del océano : es decir, que habremos de tener mareas atmosféricas, á las cuales tendrán que corresponder forzosamente variaciones en la altura de la columna barométrica, con sus consiguientes cambios de tiempo. Ahora bien, es muy fácil demostrar que el efecto de dicha marea es absolutamente insignificante.

Sabemos que el barómetro está sometido á una variación diurna muy regular y constante, cuya amplitud es máxima en el ecuador, donde puede alcanzar hasta 4 milímetros, disminuyendo gradualmente al dirigirse hacia los polos. En las latitudes medias alcanza apenas á 7 ú 8 décimos de milímetro. Esta oscilación de la columna mercurial llega á su punto más bajo hacia las 4 h. de la mañana ; alcanza á su altura mayor á las 10 h. a. m. ; redesciende luego á un segundo minimum á las 4 h. de la tarde, para volver á su máximo á las 10 h. de la noche, y, por fin, bajar nuevamente á su punto de partida. El barómetro presenta, pues, dos máximas diarios, — el uno á los 10 h. de la mañana, el otro á las 10 h. de la noche, — y dos mínimas : el primero á las 4 h. de la mañana y el segundo á las 4 h. de la tarde. La constancia de estas épocas, demuestra hasta la evidencia que la luna no interviene en ellas. Á no ser así, y si estas variaciones tradujeran las fluctuaciones del nivel atmosférico, modificado por la atracción de nuestro satélite, esas *pleamares y reflujos atmosféricos* seguirían la ley de las mareas : es decir, que experimentarían diariamente el mismo retraso que se observa entre dos mareas sucesivas ó entre dos pasos sucesivos de la luna por un mismo meridiano, el cual retraso es igual á 50 minutos término medio. Es sabido que nada de eso sucede.

Por lo demás, nada hay más sencillo que la explicación del hecho señalado. Siendo la densidad del aire 772 menor que la del agua, y la acción de un cuerpo atrayente sobre un cuerpo atraído, proporcional á la densidad del último : resulta que el aire debe ser mucho menos atraído que el agua. De suerte que, si por su ligereza, el aire es más sensible que el agua á la influencia de la luna, tiene por otra parte, y en virtud de su misma ligereza, que ser atraído con energía considerablemente menor. — Ahora bien, ambos efectos se compensan muy próximamente; y si se utiliza la fórmula dada por Laplace para calcular la altura de una marea atmosférica, se encuentra, como correspondiente á dicha altura, una oscilación de sólo *seis centésimos de milímetro* en la columna barométrica. En otros términos, puede decirse que las cosas pasan como si las capas superiores de la atmósfera sufrieran, por efecto de la atracción lunar, una oscilación diurna de 10 metros, poco más ó menos.

No se puede, pues, fundar teoría alguna que tenga por base la situación relativa de los astros vecinos, y que permita prever los cambios de tiempo con bastante anticipación.

III

He mostrado que esa influencia de la luna, tan generalmente aceptada, es insuficiente para desempeñar en nuestra atmósfera el papel que se le atribuye; pero también he dejado ver que dicha influencia existía, por insignificante que fuera. Ella debe, pues, manifestarse débilmente en cualquiera forma. Es lo que resulta de investigaciones en extremo minuciosas, efectuadas por sabios de diferentes naciones, y fundadas en gran número de observaciones. De todas ellas, que han sido resumidas por Arago, resulta que el efecto de la marea atmosférica, dependiente de las posiciones relativas de la luna y del sol, no es despreciable en absoluto, al menos en lo que

á las lluvias se refiere. Es así como se ha reconocido que el número de los días de lluvia, hacia la época del plenilunio, es un poco mayor que el correspondiente á la luna nueva, en los climas templados. Entre una multitud de ejemplos, me limitaré á citar el cuadro siguiente, deducido de cien observaciones de la misma fase efectuadas en Austria :

| | | |
|-----------------------------------|----|-------------------|
| Luna nueva | 26 | caída de lluvia ; |
| Promedio de los cuartos | 25 | » |
| Plenilunio | 29 | » |

Por otra parte, resulta de numerosísimas observaciones barométricas, practicadas durante cada una de las fases lunares, que la altura media del barómetro en las sicigias (novilunio y plenilunio) es inferior en *cinco décimos de milímetro* á la altura media de las cuadraturas. No puede, pues, negarse que exista una influencia real de la luna, pero, al propio tiempo, se nota cuán mínima es su importancia. Por lo demás, si en lugar de no tener en cuenta sino la sola lluvia, se aplicase este procedimiento de investigación á los cambios de tiempo en general, entonces desaparecería todo vestigio de influencia ante la masa de los resultados contradictorios.

En presencia de tantos meteorologistas como se entregan porfiadamente á compulsar las observaciones, en busca de promedios, no debemos olvidar que los promedios tienden precisamente á borrar los caracteres de los fenómenos, asignándoles valores que estos nunca han tenido. Ello importa volver al juego de las estadísticas y, lo que es peor aún, practicado, como generalmente sucede, por personas del todo inexpertas. — Esta conclusión no importa desconocer la importancia considerable de la estadística en las sociedades modernas : significa únicamente que la cuestión del tiempo presenta extraordinaria complejidad.

¿ Sobre qué indicios, entonces, pueden fundarse los profetas para sus predicciones á plazo fijo ? Por lo que antecede, queda eviden-

ciado que la única contestación posible á esa pregunta, es que ese género de profecías no se apoya en ninguna base seria.

Dos hechos generales, pero insuficientes, dominan con toda la cuestión actual. El uno, como lo ha demostrado Arago, es que, desde los tiempos inmemoriales, los climas no han sufrido cambio apreciable; el otro es que, si se divide el año en dos partes iguales, teniendo la una el 21 de diciembre en su punto medio, y la otra, el 21 de junio: la experiencia de siglos deja ver, que en las zonas templadas, la mitad á que pertenece el invierno experimenta muchos más días de mal tiempo que la otra.

Pero la base aparente ó real que resulta de esos dos hechos combinados no basta, ni aún con el auxilio de las preocupaciones populares, para asignar una fecha exacta á cualquiera de los fenómenos desastrosos, dependientes de la atmósfera, que vienen anualmente á cubrir de estragos y ruínas algunas de las regiones de la tierra. Más aún: se ha desconocido, se desconoce todavía con generalidad, esa división meteorológica del año; y subsiste la preocupación casi universal de que dos épocas se caracterizan especialmente por los temporales que las acompañan: son las de los equinoccios, que corresponden aproximativamente, como es sabido, el uno al 20 de marzo, el otro al 21 de septiembre.

IV

En la América del sud, y especialmente en el Río de la Plata, se cree, además, que el golpe de viento del equinoccio de septiembre se adelanta unos veinte días sobre el del mes de marzo. Tan es así que se le hace coincidir con la fecha del 30 de agosto, es decir con la fiesta de Santa Rosa de Lima, con cuyo nombre ha sido bautizado popularmente ese supuesto temporal.

Esta creencia en las tempestades de los equinoccios no pasa, en

efecto, de una preocupación que podría desvanecerse con una simple estadística, — si los datos estadísticos tuvieran acción sobre los hechos imaginarios. Bastaría compulsar, al acaso, algunos años de las largas series de observaciones meteorológicas, efectuadas sin interrupción en cualquiera observatorio, para ver que las épocas de los equinoccios no están más « favorecidas », en cuanto á lluvias ó temporales, que el resto del año, desde un invierno hasta el otro.

Por otra parte, los elementos meteorológicos que pertenecen á los equinoccios, tales como la temperatura, la presión, la humedad del aire, etc., no presentan tendencia alguna hacia un *máximum* ó *mínimum* cualquiera : indicio que no podría faltar si, como se dice y cree, dichas épocas fueran caracterizadas por trastornos atmosféricos de alguna extensión.

En una palabra, esa creencia, tan generalizada en Buenos-Aires, no descansa en base alguna científica, ni corresponde á ninguna observación seria. Lo mismo acaece con muchas otras leyendas de forma parecida, y que se encuentran á centenares en todas las campiñas del antiguo ó nuevo mundo. Á propósito de Santa Rosa, traeré á cuento un recuerdo de mi tierra.

Los paisanos de Provenza han *notado*, como los gauchos de la pampa, que había cada año una tempestad hacia la fecha del equinoccio de septiembre. Este, por cierto, es mucho más importante que el de marzo, para los Provenzales, á causa de la vendimia que comienza entonces. Sólo que, respecto del mal tiempo, se preocupan mucho más de la lluvia que del viento, pues, en dicha época, el primer fenómeno influye más seriamente en las viñas que el más fogoso *mistral*. Han elegido, pues, para caracterizar al equinoccio, el día de San Miguel, el 29 de septiembre : es la Santa Rosa provenzal. Circunstancia curiosa : este día ha sido elegido también para renovar casi todos los arriendos de casas y campos de la región. Se ve que la fecha de San Miguel se presenta acompañada de solemnes preocupaciones ; son tanto más vivos los deseos de buen tiempo para entonces, cuanto que la lluvia hace las mudanzas é

instalaciones, ruinosas para los pobres. Los dos *versos* siguientes, en dialecto provenzal, transmitidos por una tradición secular, resumen fielmente las esperanzas y pronósticos de los campesinos, en punto á los temporales del equinoccio :

*Leis plueyos de Sant Micheou,
Quienze vous plus tard, quienze vous plus leou;*

es decir, en castellano :

Las lluvias de San Miguel :
Quince días antes, quince días después.

Por manera que esas buenas gentes se conceden un mes para que se realice su predicción : no tienen la audacia de nuestros profetas criollos, que suelen fijar sus anuncios con dos ó tres días de aproximación. Admiro la prudencia de los Provenzales.

Está demostrado que las tempestades del equinoccio no son más certeras que el « veranito de San Juan », ó de San Martín, como decimos en Francia ; no más, tampoco, que los « tres santos de hielo », que se encuentran en los almanaques franceses, y corresponden á los días 11, 12 y 13 de mayo. Observaciones registradas hace muchos años prueban, hasta la evidencia, que no existen tales períodos correspondientes á esos veranos ó inviernos excéntricos. Lo que únicamente puede suceder alguna vez es que, á consecuencia de causas puramente locales, el tiempo cobre la apariencia que con- vendría á dichos fenómenos atmosféricos. Es así cómo, en lo que nos concierne, creo que el estuario del Plata, por su inmensa superficie, su poca profundidad y la completa opacidad de sus aguas, que le permite absorber todo el calor solar que recibe, tiene gran influencia sobre los movimientos *locales* de la atmósfera. Por ejemplo, en 1893, la « Santa Rosa » pareció que iba á justificar su mala reputación, cosa que había dejado de hacer desde muchos años atrás. Desde el 31 de agosto, á las 11 de la noche, hasta la una

de la mañana del 1° de septiembre, tuvimos en La Plata un viento de S. E. muy fuerte pero de muy poca duración, y durante el cual el barómetro no bajó sino á 759 milímetros. No es así como pasan las cosas en los golpes de viento que dependen de una causa general y que se extienden, por consiguiente, sobre grandes superficies. En nuestro caso, la oscilación barométrica fué casi nula, sin serio indicio de depresión. El ventarrón duró cerca de dos horas, acompañado de mucha lluvia; el barómetro subió inmediatamente un milímetro, para continuar, con lentitud, su marcha ascendente. Este golpe de viento era sencillamente un chubasco, cuyo origen estaba, sin duda, comprendido entre La Plata y el cabo Polonio. Es bien seguro que Santa Rosa nada tenía que hacer con él.

En resumen y como moraleja, puede decirse que la credulidad humana no ha disminuido mucho, si bien reviste ahora formas un poco menos ingenuas. Por ejemplo, nuestros almanaques han dejado de predecir en general el tiempo venidero para todo el año; tampoco señalan ya los días propicios para ciertas operaciones tan diversas cuanto importantes; v. gr.: cortarse el pelo, destetar á los niños, tomar purgante ó hacerse sangrar. Pero quedan en pie muchas supersticiones, y las que envejecieron han sido sustituidas por otras, no menos robustas y tenaces. Las más veces, nuestro progreso en esta materia, consiste en extraer nuestras creencias supersticiosas de una teoría científica ó de un hecho real; así, para citar un ilustre ejemplo, el químico Crookes dió á sus bellos experimentos sobre la materia radiante este singular corolario: la materialización de los espíritus!

Hubiera querido completar estas reflexiones relativas á la predicción del tiempo á largo plazo, con algunas palabras referentes á los pronósticos de plazo breve. Pero sería entrar en una cuestión ya del todo científica, cuyo desarrollo necesario daría proporciones exageradas al presente artículo.

Me limitaré á decir que este género de predicciones está en progreso constante: si es cierto que procede con alguna lentitud, en

cambio da resultados casi certeros. Pero su acción eficaz no se extiende sino á muy pocas horas, generalmente entre seis y diez. Con todo, merced al telégrafo, esta previsión constituye ya una ventaja enorme, así en los puertos de mar como en los continentes. Agregaré, por fin, que las estadísticas más recientes señalan aproximativamente una proporción de 80 éxitos favorables por 100 predicciones publicadas. Es un resultado sumamente notable.

FRANCISCO BEUF.

LA TENTACIÓN DEL SUICIDIO

Il serait à désirer que tous ceux qui prennent le parti de sortir de la vie, laissassent par écrit leurs raisons avec un petit mot de leur philosophie; cela ne serait point inutile aux vivants et à l'histoire de l'esprit humain.

VOLTAIRE.

Sin invocar para nada los manes y las sombras de Brutus y Cassius, ni perturbar la augusta tranquilidad de las cenizas de Catón, tantas veces mencionadas en la historia del suicidio, vamos á consignar brevemente el resumen de una obra que, sobre la muerte voluntaria, tenemos entre manos. Tiempo ha que coleccionamos datos estadísticos y observaciones psicológicas sobre este tan interesantísimo como complejo *fenómeno social*, y sin darlos como definitivos, ensayaremos el despliegue de sus cifras coloreándolas con un ligero y discreto tinte filosófico, á fin de hacerlas menos rígidas y lo más *eupépticas* posible para los estómagos delicados, mal avenidos con la desnudez muda de los números.

Morselli, el distinguido alienista del asilo de Macerata, ha dicho todo lo que había que decir sobre el suicidio en Europa, hasta el

día en que publicó su tan interesante como copiosa obra. Antes que él, y exclusión hecha de Quételet, que calzaba coturno más alto que la generalidad de los sociólogos de su época, todos se mueven, con raras excepciones, alrededor del convencionalismo filosófico y moral del derecho canónico, de la *Ciudad de Dios* y de los principios penales proclamados en el famoso Concilio de Arlés. Brierre de Boismont es casi otra excepción, porque sin entrar de una manera franca en el moderno concepto del fenómeno, se acerca á él, tal vez más que todos sus contemporáneos franceses, que, ó sólo estudian el suicidio bajo el punto de vista patológico, como el *Mémoire du Suicide* de Esquirol, ó se alejan demasiado de su verdadera fisiología. Brierre de Boismont ha arrojado con su libro gérmenes fecundos en este estudio, las críticas que se le han dirigido no le quitan el valor fundamental que le atribuía Caro; el atractivo tan vivo y tan doloroso del sujeto mismo; así como la probidad, el buen sentido, la sagacidad moral para tratar el asunto, que le dan, según el simpático profesor de la Sorbona, el carácter substancial que atrae al lector filósofo durante todo el curso de esa disertación elevada « á pesar de sus imperfecciones de detalle ».

El *Traité du Suicide* de Falret, la *Statistique morale* de Guerry, las *Études sur la mort volontaire* de A. des Estangs, tal vez un poco difusas y desleídas, y las demás obras como la de Ébrard, de Louis Bertrand, coronada por la Academia imperial de Medicina, completan esta sucinta bibliografía, que es apenas un vago trasunto del esfuerzo hecho por el espíritu moderno, para descifrar la misteriosa etiología de la muerte voluntaria.

Paul Jacoby, en sus *Études sur la sélection*, ha escrito en el prefacio un párrafo que resume todo el concepto moderno, un poco exclusivo del suicidio como fenómeno social: la medicina — dice — al conservar la vida de los enfermos, que la naturaleza trata de eliminar, produce una selección de la fuerza y de la salud; obra de la misma manera que los ejércitos permanentes con gran detrimento de la población. El suicidio, esta válvula de seguridad contra el

nervosismo de las generaciones venideras, haciendo partir voluntariamente á los neurópatas, ahorra á la humanidad muchas locuras hereditarias, saneándola de elementos mórbidos. En este sentido debería llamarse más bien *muerte involuntaria*, porque, en efecto, en la mayoría de los casos, todos estos neurópatas se arrancan la vida en virtud de impulsos superiores á su voluntad en proporciones difíciles de medir. El suicidio que Haeckel y Quételet llamarían de selección y Brierre de Boismont *patológico*, en el sentido amplísimo que la *Psiquiatria* de estos tiempos da á la clasificación de las perturbaciones mentales, procede de causas probablemente análogas á las que determinan la prostitución, el vagabundaje y cierto género peculiar de delincuencia. Por ahora, el concepto de la *selección* darwiniana es el que nos satisface. El cerebro, sometido á una presión demasiado violenta para los seres de estructura ingénitamente débil, ó conmovidos por causas adquiridas que una ligera predisposición hereditaria pone en condiciones propicias de receptividad mórbida, se rompe, diremos así, como el ánfora del desesperado poeta del *Génie funèbre*.

El desequilibrio movedizo, imperioso é impulsivo de los neurópatas inferiores, ó la franca enajenación de las psicopatías más graves y ruidosas, los pone á merced de todas las causas que germinan en un medio para ellos hostil; las persecuciones tenaces y desesperantes de todo género de alucinaciones los arrastran en vertiginosa carrera al bárbaro y doloroso suicidio de Duncan Parry, el cual es un ejemplo conmovedor de los procedimientos que sugiere á un suicida alucinado, la imaginación atormentada por la lúgubre fantasmagoría, de un *Delirio de persecuciones*. *Coll' uno é coll' altro effetto al natura raggiunge il suo scopo*. Es decir, que el que nació ó adquirió un cerebro débil, inapto, inadaptable á su medio, está en la obligación de salir y sale por *suo bono o mal grado*; pero en la mayoría de los casos, violentamente, por el suicidio ó por la locura vegetativa — otra manera más cruel de morir que la primera: haciendo un paso atrás, pero un paso de gigante, en la escala animal; abando-

nando su lugar en el *género hombre*, por substracción de todas las facultades superiores que lo han colocado en dos pies y que le han dado por lentísima evolución, la palabra, que es la más humana superioridad de toda la serie.

Como no se escriben estas cosas para los niños y las mujeres, podemos libremente transmitir nuestra opinión á los que, con el alma suficientemente vigorosa, quieran sin temblar asomarse á este abismo tan obscuro y siempre misterioso de la muerte voluntaria.

¿No habeis visto jamás á un perseguido ó *loco parálítico general* en su último período, vosotros los que proclamais la inmoralidad y delictuosidad del suicidio *en todos los casos*? ¿Qué impresiones recibiríais y cómo modificaríais vuestras ideas, si vierais á un hombre antes inteligente, vigoroso en todas las manifestaciones de la vida general, aseado, cultísimo, llena el alma de las bondades luminosas de la infancia sana, sepultado en el último y sucio patio de los desaseados del manicomio?... La camisa destrozada, largo y desordenado el cabello, obeso más bien, con esa obesidad luciente y casi rozagante de la demencia incurable, en que por una ironía dolorosísima de la vida, la carne indiferente á las desgracias del espíritu se nutre tranquila, estimulada por el apetito copioso de la bestia que acaba de triunfar sobre el hombre. Su baba cae sobre sus ropas, y la palabra, reducida á un lenguaje mímico elemental y limitado, expresa sólo una que otra idea fugaz, que cruza huyendo el campo desolado de su cerebro. Pues bien, ese hombre había sentido venir la tormenta. Como sucede algunas veces, extrañas sensaciones y presentimientos hirientes experimenta el condenado á la locura, tanto más alarmantes cuanto mayor es el bagaje hereditario que posee. En una palabra, sintió que se enloquecía. ¿Creéis que habría faltado á alguna ley divina ó humana si, con la conciencia segura de su desgracia enorme, hubiera acelerado su fin? ¿Qué queréis que haga en la vida; un militar — caso conocido en el ejército del Paraguay — un militar á quien una bala ha mutilado los órganos genitales?... La vida será tal vez posible, después de una prolija ope-

ración y de inteligentes cuidados, pero la función vital del individuo, el aparato distribuidor de la energía — según con razón lo establecía Brown-Sequard, — imposible! Un militar, es decir, la persona viril por excelencia, sin los atributos varoniles de su sexo! ¡Eunuco! ¿Es acaso tolerable la vida para ese hombre que, por otra parte, hasta en la estatura era la reproducción animada de la sencilla y bellísima concepción del *Valor militar* de Paul Dubois? ¿Resignación? Vaya una terapéutica para tan irremediables males morales! Como si no fuera menester colocarse en el verdadero terreno experimental, estudiar el caso y resolverlo clínicamente, y no tomar la teoría y aplicarla indistintamente como sus tratamientos el médico de marras: desde el número 1 al 14, purgantes; desde el 14 hasta el 16, láudano y cataplasmas, —estuvieran ó no constipados los primeros, ó sueltos de vientre y doloridos los segundos!

En ciertos casos, tal vez en los más numerosos, el suicidio será sin duda un delito y una cobardía; pero en algunos probablemente un dulce y supremo refugio, según la dolorosa y desesperada exclamación del poeta moribundo: *O mort des anciens jours, j'ai compris la douceur, le charme évanoui de ton œuvre muette!*...

Una vez fallado el proceso del almirante Parejas y condenado á muerte, el capitán Orcano, su intimísimo amigo, le entrega un revólver para quitarse la vida evitándole el doloroso trance de morir ajusticiado. Suprimid de la historia contemporánea el suicidio de Balmaceda, y la idea que dió origen á su *dictadura* queda sepultada en el olvido; el gran ciudadano chileno deja de ser el mártir de un gran pensamiento para convertirse en un ambicioso vulgar que huye de las furias populares, disfrazado de mujer ó de marinero. Su gran carácter supo ahogar el grito violento del instinto que salvaguarda la vida con tanto celo, optando por el doloroso y obscuro refugio de la autoquiritia. Pringles haciendo una tentativa de suicidio en la memorable caleta de Pescadores, levanta el espíritu abatido del Ejército independiente. No pudiendo vencer la incontrastable

superioridad numérica de la caballería y artillería española al mando del general Valdez, y derrotado tres veces, se abre paso á través de los escuadrones enemigos arrojándose al mar... En el momento en que el brioso soldado estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo, espantado por la enorme altura de donde se había arrojado, se presenta el noble general español que, sabedor del caso, acudía á escape al sitio ofreciendo garantía de la vida al jinete náufrago. (Mitre, *Historia de San Martín*).

¿Y aquel sublime suicidio de Ricaurte? — Joven de veinte años apenas, natural de la villa de Leiva, en Nueva Granada, desconocido hasta entonces, adquirió con su muerte las proporciones legendarias del héroe de Cajigal. En lo más recio del combate — dice el ilustre historiador de San Martín — aparece la columna flanqueadora de Bores sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodiaban tan sólo cincuenta hombres al mando del capitán Antonio Ricaurte... Perdido el parque, quedaba perdida la batalla. La expectativa era angustiosa, porque casi podía decir que la independencia de toda esa parte de América estaba encerrada en el éxito de aquel combate á muerte, que iba á tener lugar dentro de algunos momentos... La columna flanqueadora avanza, avanza siempre con la conciencia de su victoria; llega á la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y, dando alaridos de triunfo, penetra en ella sin resistencia... En aquel mismo instante el ruido ronco y horroroso de una explosión conmueve todo el campo; una columna enorme de humo y de escombros se levanta como una violenta erupción sobre el cerro incommovible. ¡Qué horrible expectativa para Bolívar que había visto aparecer la columna flanqueadora por la espalda, y desfilarse en silenciosa retirada la pequeña guarnición del Ingenio! ¿Estaba ya todo perdido? No. Ricaurte, sin medios ni esperanzas de sostener la posición, y comprendiendo que de eso dependía la salvación del Ejército republicano, ordenó á su tropa evacuar el punto poniéndola en salvo, y una vez que el último soldado había traspuesto la portada, se precipitó sobre

el polvorín y le prendió fuego (1) ! Beaurepaire, antiguo oficial de carabineros del Batallón de Maine-et-Loire, es otro de los muchos actores de esta autoquiria heroica. En los momentos más oscuros é inciertos de la invasión, Verdun fué un baluarte que era necesario defender á costa de todas las vidas. Pero después de veinte horas de bombardeo, el Consejo de la defensa, en presencia de los estragos producidos por el enemigo y ante la inminencia de un asalto cuyo éxito no parecía seguro, aceptó la suspensión de armas propuesta por el duque de Brunswick, con el objeto de arreglar la capitulación. El comandante Beaurepaire interviene y protesta en nombre del honor y de la salud de la Francia, que exigen detener al enemigo algunos días frente á la plaza... ¡Inútil protesta! El pavor puede más que el honor, y la plaza va á entregarse. Beaurepaire opta por el suicidio antes que aceptar la vergüenza de semejante acto, y se mata exclamando como el héroe antiguo : *Messieurs, j'ai juré de ne me rendre que mort ; survivez à votre honte puisque vous le pouvez, quant à moi, fidèle à mes serments, je meurs libre* (2).

La sabiduría pagana sancionaba ésta y otras clases de suicidio, según aquella frase famosa de los estóicos : *mori licet cui vivere non placet*, que no era sino la fórmula concreta del individualismo en las opiniones filosóficas de los antiguos. Aristóteles, el único de los filósofos pre-cristianos que hayan tenido un concepto más preciso de la importancia social del suicidio, sólo discute el derecho que tiene la sociedad de castigarlo, pero deja sospechar que hay casos en que está justificado. Platón, tan severo para condenarlo, lo admite, sin embargo, « cuando sea determinado por una situación intolerablemente penosa, ó por el temor de un porvenir desgraciado irremediable ». El mismo cristianismo naciente, formado entonces con elementos tan heterogéneos de helenismo y hebraísmo, no temió elogiarlo hasta el Concilio de Arlés ; también el *fantástico vescovo di*

(1) *Historia del general San Martín.*

(2) *Histoire parlementaire*, t. XVIII, pág. 54. *Études sur la mort volontaire*, par DES ETANGS.

Bona, el elocuentísimo é inspirado autor de la *Ciudad de Dios* tronó sobre la cabeza de los audaces, terribles amenazas para la vida futura : *reus homicidii qui se interficiendo innocentem hominem interficerit* (Morselli, op. cit.).

El suicidio podrá ser un simple fenómeno social, como la prostitución, el pauperismo y la delincuencia; un resultado inevitable y previsto de la selección y de la lucha por la existencia, pero quedan esas excepciones numerosas que dejamos mencionadas, en que es el término preparado de un proceso intelectual relativamente libre, consciente y reflexivo; un acto voluntario hasta donde el *mecanismo-hombre* lo puede verificar : el producto lógico de una situación moral dada, cuyo desarrollo necesario — casi diría mecánico — lleva fatalmente á ese fin, refugio de una conciencia alarmada, pero no meticulosa ni cobarde.

¿ El suicidio es un acto de valor ó es una cobardía ? Lo primero, seguramente, cuando no se verifica dentro de la zona de anestias físicas y morales que caracterizan la mayoría de las formas de enajenación mental : entonces la sensibilidad está muda y el dolor ausente ; la muerte viene con un lujo de procedimientos atroces verificados sobre un cuerpo y una alma inertes. Hay, sin duda alguna, valor cuando se mira la muerte frente á frente, aceptando y, casi involuntariamente, saboreando las probabilidades cercanas de una agonía dolorosa ó atroz ; cuando, como en el caso de los suicidios políticos más conocidos, se prefiere la pérdida de una existencia, algunas veces rodeada de satisfacciones indudables, al estigma convencional que engendra una circunstancia fortuita. Preferir la muerte por este medio, á la vida aplastada por la lenta desgracia que la empuja en la mísera pendiente de un olvido lleno de ignominias ; eso no merece la injuria, el castigo de las leyes ó el de la Iglesia, sino la piedad... y, en algunos casos, más bien la admiración (1).

Para el alma que no tiene el calor de esa Fe, que hace

(2) CORRE. *Le crime et le suicide*, 1891.

creer al candor de los creyentes tantas cosas, sino verdaderas, cuando menos muy bellas algunas; para los que creen que la vida futura es simplemente un mito consolador, muy moral pero poco probable, el suicidio no puede ser sino un refugio supremo en las grandes é irreparables tribulaciones, en que hay que optar entre la muerte civil ó moral producida por una lapidación pública, y la muerte física, que es una simple disgregación de la materia, según los adoradores de la Fuerza. Hay que fijarse bien en que digo *grandes é irreparables* desgracias, y no las pueriles causas que encierra la estadística indiferente bajo el vago y conceptuoso calificativo de *hastío de la vida*. El que puede medir esa magnitud de los infortunios no es seguramente el cerebro ni la conciencia vulgar del palurdo que se mata porque *tiene hambre*, ó la del tendero que cita Deses-sart, para llamar la atención sobre su negocio que se fundía en una quiebra fraudulenta: un procedimiento de *réclame* mercantil, que sólo á un corazón de mercader se le pudo ocurrir (1).

Se justifica, ó cuando menos se explica, en determinadísimas situaciones, porque ese medio de dar satisfacción al brutal convencionalismo de la moral social, no es un recurso de los tontos y de las bestias, tanto más cuanto que de su muerte voluntaria no resulta ninguna satisfacción para la moral, para la fecundación de un gran pensamiento social, ó la salvación de una idea, sino mucho trabajo para el guardián del cementerio, y una ocasión propicia para que el encargado de la Estadística policial haga un gasto copioso de filosofía práctica al apuntar el dato en la casilla correspondiente.

Establecer esto con tanta claridad y de manera tan irrespetuosa para las preocupaciones establecidas, no será correcto, según la filosofía corriente de los que escriben tratados de moral y teodicea, siguiendo el patrón secular de los teólogos de Arlés y de Artois; pero es una verdad que resulta de la observación y del estudio de la vida hecho con criterio *hipocrático*; la vida tal cual es, la vida en el

(1) BRIERRE DE BOISMONT. *Le suicide et la folie suicide*.

anfiteatro de la intimidad doméstica, en donde los dolores secretos, descubiertos y disecados por la curiosidad discreta del observador, dan sobre la balanza de la crítica, la suma de sacrificios ignorados que cuesta el resistir la tentación avasalladora del suicidio; ó las razones que han pesado sobre esos corazones *tout simplement admirables*, como decía el autor de *Jeunesse*, para determinar tan suprema resolución. El mundo tanteado con los propios dedos del filósofo, sin el lazarillo del libro sistemático ó del manual que inventa la hipocresía venal de los pedagogos, mirado con sus ojos, es muy distinto del mundo de los romances en que estudian algunos. La patología se estudia en el libro, y la clínica al lado del enfermo. ¡Cuán distintos son los dolores y las enfermedades investigados por cada uno de los dos procedimientos! Estudiemos la clínica, y no la semeiótica teórica, para tener un concepto exacto del sujeto. Tomad al enfermo en su casa y en su medio, á la cabecera de la cama: ese doliente corazón que va secretamente recogiendo en la vida todas las amarguras que una Providencia funesta, como decía el fiero Baudelaire, ha acumulado desde su cuna, — para poder considerar desde el comienzo todo el proceso evolutivo que lo ha conducido á tan lógico final.

El suicidio indirecto es una invención extravagante del temor, que retiene al desesperado fuertemente amarrado á la vida y demuestra que hay, en efecto, valor en aquel acto: el *aspirante* comete un crimen, á fin de asegurarse su propia supresión por la mano del verdugo, que no desfallece, como que opera en carne ajena. Según Joly, tan extraña tendencia ataca en los presidios á individuos en completo goce de salud normal; pero fuera de ellos, denota frecuentemente una aberración mental caracterizada. El caso de Burton, referido por Maudsley, y del inglés Brullman son elocuentes. Cansado aquel de vivir « y no teniendo el coraje de quitarse la vida » entra en una sala de billar, fusil en mano, se detiene delante de uno de los jugadores y le descarga el arma, dejándolo muerto en

el acto (1). En Edimburgo, un joven soldado, de carácter sombrío y melancólico, invita un día á uno de sus más íntimos amigos y, apenas un poco fuera de la ciudad, le da de puñaladas y se deja prender. En presencia de los jueces, conservando toda su sorprendente sangre fría, dice : « Yo soy culpable, debo ser castigado, puesto que es el objeto de todos mis deseos ; hace mucho tiempo que la vida me es un fardo demasiado pesado ; yo no he querido quitármela porque hay un Dios vengador que prohíbe el suicidio, prefiero la mano del verdugo » (2).

Dentro del suicidio llamado patológico, que es sin duda alguna el más frecuente, entra el de todos los clasificados como neurópatas, locos hereditarios, etc., etc. Estos *inadaptables*, como les llaman algunos, tienen que optar entre el suicidio, la prostitución, la locura ó el homicidio, distintas manifestaciones ó modalidades de una misma fuerza probablemente. Según Corre, y hasta cierto punto me parece exacta su afirmación, la prostitución es el lote de los más depravados ; el crimen y particularmente el homicidio, de los más audaces y de los más ignorantes, y el suicidio el patrimonio de los que se acercan más á la locura. Lacassagne sostiene que el suicidio es el *crimen* modificado por el medio social (Congreso de Roma, 1887). Morselli, que el uno es el antagonista del otro. Hay, en efecto, afinidades observadas por diversos autores que han notado *caracteres* somáticos del mismo orden en los criminales y en los suicidas : menor capacidad craneana, menos desarrollo relativo del cráneo anterior, asimetrías cráneo-faciales y predominio occipital ú occípito-parietal. Los escasos datos que poseemos del suicidio entre los indios de nuestro continente, y con especialidad de nuestros *pampas*, no nos permiten confirmar la teoría atávica ahora en auge, también respecto á la etiología del suicidio. Entre los numerosos individuos que la civilización argentina ha incorporado,

(1) DESESSART. *Histoire générale des tribunaux*.

(2) *Historia de los Tribunales*.

pocos son los casos de autoquiritia que conocemos; lo que nos autoriza á establecer que es raro, dado el número enorme de indios y el mínimo *percentaje* que arrojan el suicidio, la locura y las demás expresiones del sistema nervioso enfermo. Lo único que podría decirse, es que el procedimiento adoptado, es realmente bárbaro y atroz: arrojarse de un tercer piso al patio de la casa; abrirse el vientre con horrible lentitud por medio de un *arco de barril* y sacarse los intestinos como quien devana un ovillo: tales son los procedimientos preferidos por los suicidas ¿Anestesia, ó valor? Las dos cosas á la vez, con un poco de la barbarie primitiva que palpita en todos los actos de su vida colectiva é individual. Todos sabemos que el indio es valiente y que su sensibilidad poco desenvuelta, y hasta cierto punto inerte, por la vida errante é inculta en que vive y llegan á hombre, no se desarrolla con la amplitud y riqueza que permite al hombre de las ciudades experimentar todos los dolores y todos los placeres.

El crimen y el suicidio aumentan paralelamente, afirma el autor de *Crime et Suicide*, y experimentan paralelamente recrudescencias en los períodos críticos de la política y de las crisis económicas, como en los períodos próximos de las grandes guerras, tal como sucede con la locura. El suicidio tiene con uno y otra relaciones de evolución estrechas, según se deduce de las estadísticas de Joly. La desesperación que lleva á un hambriento al robo, puede también llevarle al suicidio, dada la perturbación cerebral que producen generalmente estas causas (1). Bajo la influencia de causas más ó menos similares, las impulsividades pueden, pues, traducirse por actos diferentes en singular concordancia de progresión, que es lo que generalmente pasa. En los cincuenta años últimos, la criminalidad general ha aumentado de 133 % y el suicidio de 162 %; y el excedente del suicidio es probablemente susceptible de ser atribuido al predominio de la intervención patológica en su etio-

(1) CORRE. *Le Suicide*.

logía (Joly). Como el crimen, el suicidio sufre la influencia de la *radiación* imitativa y sugestiva; ambos se manifiestan por series pseudo-epidémicas, por estallidos que recuerdan procedimientos de contagio. Las mismas relaciones de causa á efecto son también aplicables á la enajenación mental y al suicidio, lo que da cierta verosimilitud á la teoría del parentesco entre la locura y las diversas formas de la impulsividad anti-social, parentesco al cual la degeneración sirve de intermediario ó de preparación. Para Corre, las afinidades se manifiestan en su máximum hasta confundirse en actos asociados, bajo la acción de móviles indescomponibles; unas veces con una nota de reflexiva determinación y aún de cálculo que excluye la idea de un proceso delirante, otras con la nota pasional ó la de la anomalía mental degenerativa ó mórbida. Se refiere el autor citado, al suicidio-crimen, derivado completamente de una estimulación anti-altruista; al suicidio que sigue inmediatamente á un asesinato, en que los dos actos han surgido del mismo pensamiento, siendo el uno el corolario fatal del otro; al suicidio verificado después del asesinato de una ó de muchas personas, sobre las cuales el suicida se arroga autoridad á un título cualquiera: madre matándose con sus hijos, amantes con sus queridas en la desesperación ocasionada por la miseria ó los celos eróticos, y, por fin el suicidio *à deux*, de causa pasional y no sin analogía con la *folie à deux* (1).

¿El suicidio y el crimen son como dos ríos que toman su origen en dos planicies de incitabilidad muy próxima y cuyo intervalo,—la enfermedad, la locura, la degeneración—llenen frecuentemente confundiendo sus fuentes? En las condiciones ordinarias, cada una de estas corrientes ¿desciende por su pendiente y va á verterse separadamente en el gran río anti-social? Lo que autores conocidos dicen en un tono afirmativo y demasiado perentorio, está á mi parecer mejor colocado todavía entre dos puntos interrogantes...

(1) CORRE. *Crime et suicide*.

La tentación del suicidio debe ser violenta en estos cerebros conmovidos por la locura y sus alucinaciones terroríficas, ó simplemente por la predisposición hereditaria en donde es mucho más sensible como fenómeno simple de captación.

Alguna vez he sometido mi espíritu á una curiosa experiencia para deducir de esa prueba que llamaría *de laboratorio*, tan remotamente aproximada á la realidad, lo que será la seducción diabólica en el momento supremo de la caída. Un día, se deslizaba por el camino de fierro una locomotora de dimensiones gigantescas arrastrando con violenta y acompasada rapidez un tren de carga ; pasaba rosando el borde del andén y producía un ruido sordo y monótono, un ruido siniestro para mí, que estaba con ciertas disposiciones del ánimo un tanto grises, y semejaba al sordo y prolongado rumor de un trueno lejano repercutiendo en la concavidad de un profundo valle—como diría un literato. Tenía el espíritu lleno de esos presentimientos injustificados, con que se hace sentir sobre el *humor* la lipemania fisiológica que produce transitoriamente una mala digestión, ingertada sobre una noche de insomnio y de pesadillas. Me aproximé á ella, miré las ruedas, que daban, como enloquecidas por un vértigo, que sé yo qué cientos de vueltas por minuto, y me vi, entre sus dientes y fémures de acero, hecho una bolsa de huesos, rodando entre el barro y envuelto en la estela de vapor en que parecía cavalgar aquel dinosaurios colosal. Confieso que sentí correr por mis nervios la sensación más extraña que haya circulado por ellos en toda mi vida. Sentí verdadera atracción, la irresistible seducción del peligro ; sensación puramente orgánica tal vez, que procede de una cierta susceptibilidad enfermiza de los sentidos y de la sensibilidad general en momentos excepcionales; vagos impulsos de ceder como si un vacío fantástico, operado por el vértigo de la enorme masa, me atrajera. Una suave contractura detenía las piernas ligeramente rígidas y recorridas por un temblor que no se exteriorizaba, como el de los alcoholistas, detenido por un temor previsor de la vida, de ceder y precipitarse. Sentía la conciencia, como un auriga alarmado, mante-

teniendo firme las bridas tendidas de aquellos caballos que parecían quererse desbocar. Sentí en la región precordial, como si el agua de un ánfora, agitada por algún espíritu maligno, pugnara por romper sus paredes que eran firmes é inquebrantables, como que no habían sido vencidas jamás. Sentí—en suma—lo que es la atracción del peligro, lo que debe seducir á los niños con la conciencia todavía soñolienta y el cerebro tierno, lo que debe ser la imperiosa y constante tentación del suicidio: la tiranía de la impulsión morbosa, si no se tiene sobre los hombros la segura controlación de una conciencia serena, la vigilancia ininterrumpida de un cerebro sano.

Cuando en una cabeza tentada surge como una chispa la idea del suicidio, hay que suicidarse: la defensa es á veces heróica, pero el triunfo tarde ó temprano pertenece á la muerte. El instinto celoso de la vida corre desesperado en procura de todos los auxilios que la humana ciencia ha podido inventar... pero es inútil: la idea del suicidio está ahí golpeando el cráneo, la mirada fija sobre la conciencia anémica y pusilánime del hereditario, hasta que opera la definitiva captación del espíritu y lo devora. ¡Qué! ¿Pretendeis evitar esta autoquiritia irremediable con la vigilancia de la familia ó la disciplina del manicomio? ¡Qué error! No se ha inventado aún la contención moral el chaleco de fuerza, la palabra humana que arranque del espíritu ese pensamiento tiránico.

Ved un ejemplo de esa horrible posesión del pensamiento fijo, tomado entre los muchos que encierran los anales de la medicina mental. Cuenta Brierre de Boismont, en su libro *Observations critiques sur le système de non-restraint*, etc., etc., que un gentil-hombre extranjero fué asilado en un establecimiento justamente renombrado, y que, al entregarlo á la custodia inteligente de la dirección médica, lo único que le recomendaron fué que impidiera la repetición de la tentativa de suicidio que los había obligado á recluirlo. El director del establecimiento le colocó un guardián á cada lado. El enfermo, fatigado del largo viaje que había tenido que hacer, manifestó deseos de acostarse. Los dos guardianes se coloca-

ron al lado de la cama, dispuestos á echarse sobre el paciente al menor movimiento, y todos los objetos propios para ejecutar un suicidio fueron alejados de su lado. Una hora después manifestóle al director el deseo de descansar, pero exigiendo que le suspendiera la tortura de los guardianes que constituía un suplicio insoportable, « *dont les yeux ne me quittent pas un seul instant* ». El director consiente en que los guardianes se alejen de la cama, pero que se conserven á pocas varas sin perderlo de vista. Dos horas después, el director vuelve... el enfermo está tranquilo... reposa silenciosamente. ¿Duerme en efecto? El director asaltado por una duda terrible levanta rápidamente las cobijas, el enfermo se ha dado la muerte bajo los ojos de los mismos asistentes y sin que éstos percibieran el menor movimiento; ha roto las faldas de su camisa de batista, las ha enroscado á manera de una cuerda con un nudo corredizo y, aplicándoselo fuertemente al cuello, se ha ahorcado poniendo en ejecución su idea fija!

Esa *idea fija* es una rueda loca en el mecanismo cerebral, que no cesa en su movimiento continuo. Todo tiene su momento de reposo en la vida; toda función, un instante de relativo descanso en que las fuerzas se reponen por un sueño reparador ó una tregua benefactora. El odio, la pasión de los celos, devoradora como es, el amor más violento, el deseo implacable de la venganza, tienen instantes de cansancio ó de verdadera relajación, en que parece que la fibra, á fuerza de vibrar, se aflojara para luego volver más tendida á azotar la sensibilidad. Pero ese sentimiento extraño de fúnebre nostalgia, que se reproduce más vivaz á medida que se repiten las tentativas, esa vaga aspiración de la tortura, en que el suicida hasta saborea con fruición el momento demasiado rápido en que se hará saltar el cráneo; ese pensamiento que no conoce ninguna de las formas fisiológicas del cansancio, que no posee ni las intermitencias de la vida en su constante acción, no sufre ninguna alteración ni siquiera en su forma, igual y siniestramente monótona desde que surgió en el cerebro humano, determinando el primer suicidio.—*Disparadme*

un tiro que me abra la cabeza,—decía á un maestro alienista un antiguo funcionario, con la fisonomía descompuesta y la voz sorda y temblorosa:—yo no puedo sufrir por más tiempo un suplicio tan horrible; yo sé lo que me espera... yo tengo que ahogarme, ahorcarme, degollarme vivo, arrancarme los ojos... ó, de lo contrario, me harán sufrir las más grandes torturas...

Un capitán del ejército argentino, á quien yo asistía, hizo en dos años seis tentativas, frustradas por los cuidados y vigilancia de la familia, hasta que recluido en el Hospital San Roque, por no encerrarlo en un manicomio, y bajo la custodia cariñosa del Dr. Revilla y de los practicantes, logró llevar á cabo su propósito abriéndose el cráneo en la misma calle del Hospital. Curiosas revelaciones me hizo ese hombre, en los ratos de cordialísima confianza en que entraba á menudo, solicitado por la intensa simpatía que nos profesábamos. No era dolorosa la seducción; érale más bien agradable sentirse arrastrado por aquel sortilegio inexplicable, y cuando, por circunstancias comunes, había llegado á burlar el control de la familia y de los amigos, cuando la sociedad y el aislamiento accidental parecían ofrecerle la ocasión propicia, sentíase conmovido por extraña sensación de bienestar, como si circulara por sus nervios ese fluido que conmueve el alma, cuando en el misterio de una penumbra se siente sobre la cara trémula el suave contacto de una mano amada: y aquel extraño transeunte de la vida decía *amar mucho más á la muerte que á su prometida*. Otro enfermo, cuya historia recuerdo haber leído en algún tratado de patología—refería que sus determinaciones funestas eran inspiradas por el terror que le causaban los cambios de fisonomía de sus comensales, que tomaban expresiones espantables pronunciando palabras terribles, después de las cuales y como si ellas tuvieran el poder de los conjuros, se le aparecía sobre la mesa el cadáver putrefacto de su madre. Un joven de las principales familias de Buenos-Aires se arroja de la azotea de su casa, perseguido por un hombre de horrible aspecto que un año antes se le había aparecido, determinando otra

tentativa de suicidio. El año 1881, suicidóse en el *Paseo de Julio* un conocido estudiante de medicina, cuya familia era uno de los más confirmativos ejemplos de la ineludible herencia de la autoquiritia. Oscar era nieto é hijo de suicidas. Sabíalo él, y conociendo que estaba condenado por la fatalidad, arreglaba sus cosas y hacía sus proyectos para dentro del plazo consabido, que calculaba vencer á los 22 años. Al aproximarse esa fecha, comenzó su inteligencia á perturbarse, diseñándose una *lipemanía* llena de los presagios y dolores que deben suponerse. La hermana, que era una bellísima reproducción de *Margarita*, vivió dos largos y crueles años víctima de la tortura que Oscar le imponía, recordándole el legado fatal y recomendándole que arreglara sus asuntos, porque el *mandato de la muerte* sería ineludible, que en un sitio determinado dejábale una substancia que él reputaba la mejor y más rápida para darse la muerte. En efecto, Oscar, que era un distinguido estudiante de química, y como tal predilecto del doctor Tomás Perón, había tenido la extraña resolución de estudiar experimentalmente, en perros y conejos, las substancias más activas y menos dolorosas, resolviéndose después de tan maduro conocimiento por el *ácido cianhídrico*. El 12 de diciembre de 1881, chanceló su deuda sentado en uno de los bancos del paseo, después de haber cumplido 24 años y algunos meses. He ahí un romántico argumento para la novela impresionista.

Esquirol, Falret y Féré han citado ejemplos notables de esta trasmisión fatal; y Le Roy recuerda una familia de campesinos, cuyos diez miembros se dieron la muerte en el espacio de cincuenta años. Sucede —dice Féré— que algunas veces los suicidas de una misma familia eligen el mismo género de muerte y se matan á la misma edad. Un caso tan curioso como el que referimos cuenta Hammond, en su libro *A treatise on insanity, etc., etc.*: un individuo de treinta y cinco años se corta el cuello en el baño con una navaja; el suicida tenía tres hijos, dos de los cuales se mataron á la misma edad y de la misma manera, y una niña que

á la edad de treinta y cuatro años se suicidó *cortándose el cuello y en el baño*. Y lo más curioso es que ésta tuvo una sola niña que, después de dos tentativas infructuosas, logró matarse á los treinta años de la misma manera!

¿ Hay aquí trasmisión hasta del procedimiento adoptado? Habrá, sin duda, herencia de la impulsión al suicidio. porque, como se ha establecido ya por la ciencia, la herencia similar se halla en diferentes formas de emotividad morbosa, y parece que en los centros de ideación como en los motores, que no es posible separar, las células cerebrales, tienen una tendencia á especializarse y á adquirir propiedades hereditarias (1); pero en cuanto al procedimiento adoptado con esa precisión y hasta con la misma extravagancia, la sugestión, verificada sobre un cerebro maculado por el conocimiento del hecho, ha de operar una parte importante para la opción del método.

Sostener que el suicidio *es siempre* un síntoma de locura, es negar la verdad, seguramente.

¿ Qué diríais de los estoicos, esas almas invulnerables que, cuando el genio republicano fué amenazado por la espada de un dictador, cuando todo cedía á la gloria de César ó se arrastraba bajo Tiberio, dieron grandes espectáculos al mundo? ¿ Que ellos eran locos? Todos esos arranques admirables y violentos, que ofrece la historia, ¿ son otros tantos actos de locura?

JOSÉ M. RAMOS MEJÍA.

(1) FÉRÉ. *Famille neuropathique*.

EL ARTE EN BUENOS-AIRES ⁽¹⁾

(LA EVOLUCIÓN DEL GUSTO)

I

EL LIMBO

¿Cuál era el estado del gusto público en la buena ciudad de Buenos-Aires, allá en la época de Rozas, lo establece claramente y en forma asaz pintoresca, una frase de Don Juan Manuel al señor Guerrico, que regresaba de Europa trayendo consigo algunos cuadros: « Ya vino éste con cosas de gringo » (1).

Efectivamente, los tiempos en que « se restauran leyes » no pueden ser propicios á la restauración de los cuadros ; es lógico que una edad preceda la otra de algunos años.

Ese juicio impregnado de un desdén receloso, en boca del jefe

(1) Respecto de Chile, el señor José Bernardo Suárez, en un resumen histórico de las Bellas Artes en Europa y América, titulado : *Tesoro de Bellas Artes (Plutarco del joven artista)*, Santiago, 1872, — obra escrita con tocante ingenuidad, dice lo siguiente : « En la época del coloniaje, el atraso en la pintura y escultura marchó á la par de las demás bellas artes. Los Padres de la Compañía de Jesús, sin embargo, hicieron algo por el adelanto de ellas ; siendo digno de mencionarse el Padre Carlos, que introdujo en Chile algunos artistas disfrazados de jesuitas ». (!)

del Estado, si bien importa ya un homenaje á la influencia civilizadora de la obra de arte, alumbra con resplandores de candileja los interiores porteños de la época.

En materia de gusto arquitectónico habíase producido una depresión que ya importaba decadencia; sobrepasada la parsimonia artística de la colonia, se tocaba el extremo límite de la indigencia.

El morisco blanqueo con agua de cal avasallaba los interiores del hogar y del templo, suplantado únicamente en la fachada de algunas casas, por la púrpura de pacotilla de una tiranía sin grandeza, que desteñía en colorete.

Los trajes eran grotescos; el pueblo andaba descalzo pero en cambio usaba galera, y para que la abominación fuera más completa, ostentaba el galón sangriento de un cintillo escarlata. Los caballeros llevaban el vientre forrado de rojo, el color de oficio; el uniforme de la guardia pretoriana, federal neto, era bermellón puro.

Las habitaciones, cuyas paredes mostraban la cruda blancura de los claustros, tenían piso de baldosa ó de ladrillo, tirantes de palma, visibles, sosteniendo el techo; torvos mobiliarios de caoba, consolas surmontadas de espejos dudosos con impuras lunas agrisadas, que reflejaban como abolladas todas las cosas; sofás lóbregos forrados de cerda tejida, negra y lustrosa, de un contacto frío, punzante en la usura.

En la mesa, la vajilla escaseaba; la necesaria para el sobrio servicio del puchero y el asado; la damajuana de carlón, inmediata al comedor, y la tinaja de agua en un rincón del patio, cerca de la higuera, eran los muebles infaltables, familiares.

El tocado femenino solía ser el rebozo, el mantón de merino negro, el chal de espumilla ó la ligera mantilla andaluza, prendida graciosamente sobre el carey horadado de un peinetón monumental.

Las grandes peinetas españolas y francesas de la época afectaron en Buenos-Aires dimensiones inusitadas, de todo punto inverosímiles. Semejante exageración puede hacer juego con la frase de Rozas, anteriormente citada, como que obedece al mismo criterio estético.

Las «peinéforas» de la época no eran bastante refinadas en materia de arte decorativo en sus aplicaciones industriales, para poder apreciar el valor intrínseco de un elegante trozo de carey, más ó menos raro, primorosamente tallado, cuyo costo material, aunque relativamente caro, estaba lejos de ser subido; y recurrían ingénuamente á la ampliación del tamaño, para encarecer el objeto por la abundancia, por la cantidad de materia preciosa empleada de una sola pieza. Así la concha entera de una tortuga apenas alcanzaba á satisfacer la vanidad de una elegante, con semi-círculos tan vastos que hubieran envanecido al más ufano de los pavos de la India, para sus galantes ruedas amorosas.

Es sabido que en toda sociedad, la decoración comienza por el hombre y en seguida se extiende á sus objetos familiares, enseres y utensilios, desde el tatuaje del indio y la ornamentación de cacharros y de armas, hasta la complicación de las ropas de lujo y el uso de verdaderas joyas. El criollo no escapó á esta ley, y el adorno de su persona y particularmente el de su montura—que constituyó durante largos años el solo medio de locomoción para salvar distancias,—dió lugar á que prosperara otra industria artística, análoga á la manufactura de peinetas que ilustró el nombre de Maculino, es decir la platería.

Por espacio de mucho tiempo los plateros fueron los únicos representantes del arte decorativo en Buenos-Aires; no se remontaron nunca al rango de refinados orfebres, puesto que no se les exigía delicadezas de invención, ni siquiera de factura; en la estimación pública primaba sencillamente el aprecio de la plata en su calidad de metal precioso; el trabajo solía ser bastante tosco y los modelos labrados se reducían casi exclusivamente á pesados facones, cuchillos y taleros, á las riendas, frenos y cabezadas, los pretales y estribos, y las espuelas sonoras con enormes rodajas. La gracia escasa en la platería argentina pareció refugiarse y florecer toda entera en el mate, destinado á penetrar en los salones y á detenerse á menudo entre las bellas manos de las mujeres.

Los mates de plata — algunos monumentales — filigranados, fieramente erguidos y brillantes cual custodias, coronados por grupos simbólicos de tórtolas enamoradas, atestiguan el singular aprecio de que gozaba la yerba-mate, probablemente considerada como vehículo de charla y pretexto amable de reunión. Sea lo que fuere, el mate había concluido por ser amado por sí mismo; tenía y seguramente conserva aún innumerables adoradores; su empleo daba lugar á motivos pintorescos verdaderamente felices, como el acto tan grave de ser cuidadosamente cebado por una china, que le infundía una dosis eficacísima de colorido local, sensible á los paladares educados; pero, para que la delicia del gusto alcanzara la plenitud de las beatitudes, era necesario que el mate de plata, majestuoso y reluciente como un ostensorio, fuera conducido desde el brasero y al través de varias salas, alzado en las manos de ébano de una negra fiel, suficientemente penetrada de la importancia de sus funciones.

En cuanto al medio ambiente visible, las provincias mediterráneas más atrasadas de la República, nos conservan una imagen del escenario en el que transcurría, monótona y simple, la existencia del habitante de la ciudad en las postrimerías de la tiranía.

Las quintas dilatadas y vacías que rodean nuestros pueblos de hoy; las casas de ladrillo cuadrangulares y uniformes, desplegadas en guerrilla, que constituyen el suburbio invariable de toda localidad; defendidas pintorescamente por el cerco africano de pitas que blande agresivo sus afiladas pencas, rematadas á trechos por el erecto mástil de su enhiesta flor arborescente, y cobijado de tiempo en tiempo bajo el amplio, denso domo del ombú — gemelo del baobab, — transportan la imaginación al ambiente silvestre de entonces.

Las plazas públicas eran simples *huecos*, despojados del adorno de la vegetación; los alrededores de la capital extendían hasta el confín lejano del horizonte la desnudez desesperante de una landa infinita.

En el gran reposo que sucedió á la tiranía, — para un pueblo nuevo, de formación reciente, nacido en medio á una naturaleza plásticamente pobre, desheredado de pintoresco, sin el pasado visible y tangible de los monumentos que atestiguan sobre el suelo patrio la labor colectiva de antecesores de la misma sangre, anhelos y aspiraciones comunes, la recompensa de las conquistas alcanzadas, — la vida bonaerense, por el transcurso de varias generaciones, debió afectar la estagnante tranquilidad de un lago.

El libro era escaso, casi tanto como los deseos de instruirse; la escuela, indigente, se hizo pronto odiosa con el grosero cortejo de sus castigos corporales.

Los primeros periódicos, con todas sus deficiencias, y el primer teatro llevaron la primer vibración de orden intelectual al sueño-liento cerebro virgen del pueblo niño.

La misma Iglesia, esa fastuosa Iglesia Católica que venía haciendo sobre las almas la experiencia secular del prestigio estupendo de lo maravilloso, que accede á ellas por las rendijas de los sentidos, no creyó que nuestra imaginación pudiera ser exigente, é importó el culto de la religión sin importar su pompa.

Los creyentes se arrodillaron en los templos desnudos y vacíos, bajo bóvedas heladas, frente á imágenes de santería truculentas y grotescas — hoy ya banales — en el desabrido ambiente de un culto soso á fuerza de ser frugal.

Sólo al andar del tiempo algunas de nuestras iglesias sintieron la escuálida miseria de sus naves, y demostraron veleidades de ornamentación; pero olvidadas de la sana tradición en tan largo interregno, han incurrido como la Catedral en un furtivo ensayo decorativo de casa de campo para alquilar, que hace echar de menos la sencilla ignominia de las cales.

La munificencia piadosa de algunas familias ricas no ha sobrepasado el dorado de ciertos altares — cuyo estilo no es siempre digno de ser bruñido — lo que hace resaltar aun más la pobreza menesterosa de las paredes.

Los templos de la capital no desdeñaron tomar del teatro los más pueriles recursos y expedientes escenográficos, y la bambalina de lienzo montada sobre bastidores remeda con su silueta vulgarísima los santos de bulto en las glorias de los altares; los grandes candelabros, como los cirios que llevan, también suelen ser postizos.

Las pinturas — excepción hecha de algún olvidado y ahumado lienzo dejado por la colonia — se reemplazan por un tiraje mecánico de la Pasión de Jesús, en la serie banalizada de las estaciones, que cuelga al azar de las columnas como lamentables avisos.

El místico rosetón y las vidrieras pintadas que ilustran en Europa los maravillosos hechos de la Leyenda Dorada, fueron suplantados por la ventana ordinaria de vidrio común, hasta la era del cristal de color, que invade el templo y las mansiones particulares con el horror de sus combinaciones geométricas, dosificadas por maestros albañiles.

Había llegado el momento en que los propietarios empezaban á sentir vagamente (oh! muy vagamente) la desnudez ambiente, algo como un vacío neumático en el que sin embargo se vivía.

Los vidrios de color tenían la contextura, las calidades y condiciones del clásico abalorio cuyos reflejos seducen invariablemente á los espíritus novicios. Utilizados en forma de vidrieras para galerías y vestibulos, con anchas guardas multicolores, traían consigo la ventaja inmensa de acaparar la atención, junto con la otra, no menos importante, del costo reducido. El cielo y la tierra, la naturaleza entera y las personas, vistas al través de este aparato, adquirirían las propiedades del camaleón, pero en grado superlativo; el amarillo y el rojo, el violeta y el verde, el naranja y el azul estallaban como cohetes sobre las fisonomías y las cosas. No hay piano desvencijado en manos de un loco, trompeta de bronce empuñada por un poseído, capaz de ahullar así á chorro continuo; si quisiéramos buscar análoga discordancia, en una sonoridad equivalente al efecto óptico producido por este espectáculo, habría que imaginar

el alarido terebrante de un coro de lechones en el paroxismo del pánico.

Desde muy antiguo, los árabes lo utilizaron, especialmente arriba de las puertas para cerrar la herradura de los arcos moriscos; pero ellos los combinaban según las leyes de una estética tradicional, que no podemos suponer inconsciente hallándola siempre invariable. Esta ley decorativa, aceptada por todos los orientales, permite la vecindad y el maridaje de dos ó más colores, por vivos que sean, mediante una *apoggiatura* del mismo color, ensombrecido ó aclarado, dentro del campo de cada uno de ellos. La función de estas notas más bajas ó más altas, es producir una vibración, que determina la fusión á distancia de toda armonía basada en el contraste.

Inútil es decir que semejante ley permaneció inaplicada entre nosotros.

Además, el conjunto de la decoración árabe — la más audaz de todas — acompaña con la policromía mural, con el fastuoso alarde ornamental de una cerámica cuyos azulejos son proverbiales, con la suntuosidad de sus tapices, y autoriza el empleo de esos vidrios teñidos químicamente de una pieza.

Sin embargo — y cuán fácil es comprobarlo — la decoración morisca no ha tenido ni tendrá cabida en el medio europeo; apenas si un *Hamman* (casa de baños) ó un *Eden-Théâtre* han podido sacar algún partido de índole mercantil, de orden inferior, de un estilo tan llamativo.

En Buenos-Aires, los nuevos edificios que se adornaban interiormente con tan desentonadas decoraciones geométricas, persistían en ser bajos, debido á una singular ordenanza municipal, que sometía la altura de las casas á la estrechez de las calles, para que fueran pares los inconvenientes y dobles los errores.

La arquitectura se modificaba sin progresar; el adelanto era comprobable únicamente en la mejor calidad de los materiales de construcción.

Las rejas voladas de la colonia, con sus pintorescas panzas bo-

nachonas favorables á los novios ; aquellas, cuyas volutas de hierro forjado evocan el recuerdo de amorosas serenatas á la lumbre mortecina de los añejos candiles, habían desaparecido hacía tiempo, so pretexto de accidentes y de golpes, de los que ellas no tenían tanta culpa cuanto el alumbrado público. Fueron sustituidas por parrillas chatas, más propias de prisiones rebarbativas que de casas de familia ; y más adelante el fierro colado, con flores y virolas de plomo, invadió ventanas, balcones y cancelos con la pesadez maciza de su ornamentación grosera.

Ese arte tan noblemente hermoso de la herrería, del cual aún se conservan vestigios en provincia, desapareció de entre nosotros sin ser fomentado, por no haber sido comprendido ; y esas mortíferas industrias de orden inferior, que aportan consigo el veneno de la imitación falsificada, so pretexto de vulgarización económica, hallaron en esta sociedad inerme el más propicio de los medios para su desarrollo. Á juzgar por los resultados y las consecuencias, éste ha sido monstruosamente prodigioso, como lógicamente tenía que serlo, desde que el gobierno se desentendía tan completa y absolutamente de uno de sus deberes primordiales, cual es el de alentar y provocar el despertamiento del sentido estético en el pueblo cuyos destinos rige.

Á este respecto, se ha venido creyendo — y está cercano el día en que semejante criterio dará la medida de nuestro atraso — que las preocupaciones de arte fueran algo tan prematuro que rayaran en locura. Con rarísimas y muy honrosas excepciones, los hombres políticos, con esta miopía que ha solido caracterizar á toda una variedad de nuestra clase dirigente, y el dejo compasivo que inspiran los ilusos, solían responder: « Aún no estamos preparados ». Exactamente como si debiera negársele alimento á un niño, por la razón famosa de que aún no tiene dientes capaces de hacer honor á un festín.

Parecíamos ignorar que un pueblo es un organismo completo, provisto de sentidos, dotado de sensaciones y de sentimientos desde

la infancia, y cuyas necesidades era menester satisfacer desde un principio. Creíamos quizá que los distintos sentidos nacen paulatimamente, el uno después del otro; el paladar en el período de la lactancia, el olfato contemporáneamente con las viandas, el tacto con los golpes, el oído junto con el primer amor, mientras la vista, relegada al último, llega tan tarde, que su aparición coincide con la necesidad de los primeros lentes.

Hemos reseñado brevemente y del punto de vista plástico, el escenario visible de la vida bonaerense anterior á la influencia europea; en el capítulo II. *la Iniciación*, procuraremos desentrañar otra faz de la evolución del gusto.

EDUARDO SCHIAFFINO.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE UNOS

MANUSCRITOS DE TADEO HAENKE

EXISTENTES EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Leyendo la *Relación del Viaje del Planchón á San Rafael*, de nuestro profesor de Historia Natural en la Universidad, Dr. Don Pelegrino Strobel (1), cuyo reciente fallecimiento deploran la ciencia y sus amigos; á propósito de la *yareta* de los Andes hallé citado *un manuscrito* del Dr. Don Tadeo Haenke, existente en la Biblioteca Nacional, en donde había sido consultado por él.

Excitada mi curiosidad, me propuse estudiar el manuscrito mencionado y conseguí mi propósito merced á la buena voluntad de la complaciente dirección de nuestra Biblioteca.

Supe que eran *dos* los manuscritos de *Haenke*, allí existentes, ambos con el título: *Introducción á la Historia natural de la provincia de Cochabamba y circunvecinas*.

El número 47: un tomo empastado, manuscrito sobre papel de hilo de 300 por 200 milímetros. El tomo tiene 251 páginas escritas

(1) *Gita dal Passo del Planchon a San Rafael*. — ATTI DE LA SOCIETÁ ITALIANA DI SCIENZE NATURALI IN MILANO, vol. IX e X (1866-67). Una buena traducción de este viaje se encuentra en la *Revista Farmacéutica de Buenos-Aires*, t. V, pág. 50, 81, 105, 125, 146, 176 y 196.

y numeradas. La parte que se refiere á la historia natural de Cochabamba termina en la página 202. Está firmado por Tadeo Haenke y lleva la fecha 31 de diciembre de 1798.

Desde las páginas 203 á 251 se encuentra agregada una *Memoria sobre los Rios navegables que fluyen al Marañón, procedentes de las Cordilleras del Perú*, presentada al señor Don Francisco D. Viedma, Gobernador Intendente de Cochabamba, fechada 20 de abril de 1799 y firmada por Tadeo Haenke (1).

El libro está terminado por una nota pedido de: un sextante, un reloj, un teodolito, una cámara obscura, dos agujas de marear y los Almanagues náuticos para los años 1800-1801 y 1802.

El número 68: tomo acartonado y forrado en papel rojo vinoso; consta de 224 páginas manuscritas, en papel de 200 por 145 milímetros, con hermosa letra, fechado en Cochabamba el 31 de diciembre de 1798 y firmado por Tadeo Haenke. En la página segunda lleva el siguiente dístico:

*Quam pulchrum est, in principiis, in origine rerum
Defixisse oculos et nobile mentis acumen!*

ANTI-LUCRETIUS.

Ambos manuscritos llevan la indicación S. 7, V. 1, E. 14, n° 4.

Adquirido el conocimiento de estos manuscritos, me apercibí desde luego, que la obra no era inédita, sino el *original* de la traducción que C. A. Walckenaer había publicado en París, en 1809,

(1) Esta interesantísima memoria de Haenke, lleva una anotación manuscrita, á mi juicio, de puño y letra del doctor don Juan M. Gutiérrez, quien, según su costumbre, puso en el margen de este escrito, que había sido publicado en Buenos-Aires en 1802 y en 1833. En la obra de J. T. Medina sobre la *Imprenta en el Río de la Plata*, no se menciona esta publicación de 1802, ni tampoco en la *Bibliografía* de Gutiérrez.

La última publicación á que alude, debe ser, sin duda, la que hizo el teniente-coronel don José Arenales, en la página 393 de sus interesantes *Noticias históricas y descriptivas sobre el Gran País del Chaco y Río Bermejo*. Buenos-Aires, 1833, in-4° peq. Arenales se valió de un manuscrito que le proporcionó en Lima el célebre don Hipólito Unanue.

en el tomo II, páginas 389-541, como *adiciones* de los *Voyages dans l'Amérique Méridionale* par DON FÉLIX DE AZARA.

Como esta publicación fué hecha teniendo á la vista los documentos y papeles originales del insigne naturalista Azara, es de suponerse que la traducción se hizo con una copia de la obra de Don Tadeo Haenke, que llegaría á manos de Azara en condiciones que no se especifican. Está firmada en Cochabamba el 15 de febrero de 1799.

Resulta, pues, que nos encontramos en presencia de tres ejemplares diferentes de la Introducción á la Historia Nacional de Cochabamba, escritos y firmados en intervalos de pocos meses.

Los primeros serían el manuscrito 68 de la Biblioteca Nacional, y el 47, ambos con la fecha 31 de diciembre de 1798. Debemos hacer notar que el manuscrito número 68 de la Biblioteca Nacional está *rubricado*. No nos es posible verificar la autenticidad de la rúbrica y firma de Don Tadeo Haenke.

Desde luego, la curiosidad del lector, lo mismo que la nuestra, nos lleva á saber quién es este Don Tadeo Haenke.

De los libros consultados (1) resulta que Don Tadeo Haenke nació el 5 de octubre de 1761 en Kreibitz (Bohemia) y murió en Cochabamba en diciembre de 1817.

Hizo sus estudios en las universidades de Praga y de Viena, en la que tuvo por maestros al químico Born y al célebre botánico Jacquin. Este último lo recomendó al Gobierno español y fué agregado en calidad de botánico á la expedición alrededor del mundo, encomendada al capitán de navío y caballero de San Juan, don Alejandro Malaspina. Esta expedición fué realizada en las corbetas españolas *Descubierta* y *Atrevida*, que dieron la vuelta al mundo con el propósito de rectificar la situación geográfica de las posesiones españolas en las Indias, y estuvieron en el Callao en 1790. y de regreso á Arica en 1795.

(1) MANUEL DE MANDIBURO. *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, t. IV, pág. 225-26, y *Nouvelle biographie générale*, publiée par F. Didot sous la direction du docteur Hoefer, t. XXIII, pág. 66-77.

Al llegar Haenke á España se encontró con la noticia de la partida de Malaspina; se embarcó inmediatamente en Cádiz para alcanzar á su Jefe en Montevideo ó en Buenos-Aires. El buque naufragó al entrar al Río de la Plata y Haenke tuvo la suerte de salvarse á nado, con sus papeles y un ejemplar de Lineo.

Hizo por tierra la travesía de Buenos-Aires á Chile pasando la Cordillera, y allí, por fin, se juntó al capitán Malaspina, acompañándole con don Luis Née en la larga expedición y recogiendo preciosos materiales botánicos, muchos de los cuales han sido aprovechados para la compilación de la *Flora Peruana*. Después de recorrer Chile, se estableció en el alto Perú, comprando una hacienda cerca de Cochabamba. Hacía numerosas excursiones para estudiar las riquezas naturales del país y fundó un jardín botánico en la ciudad de Cochabamba, que enriqueció con las plantas recogidas en sus viajes. Al mismo tiempo explotó una mina de plata existente en su posesión. Tuvo el apoyo de las autoridades españolas, de las que era botánico pensionado por Su Majestad. Fué muy apreciado por sus conocimientos, que puso al servicio del país y de todos los que le consultaban.

Haenke pensaba regresar á su país, pero sorprendido por la Revolución americana, no pudo realizar sus deseos. En medio de las contrariedades ocasionadas por esa larga guerra, se resignó á vivir ignorado en su propiedad, hasta que lo sorprendió una muerte accidental en diciembre de 1817.

Un sirviente le hizo beber por error un veneno activo. Al morir dejó su fortuna á la familia y sus colecciones á su patria. Sólo una parte de éstas llegaron á su destino, y debidamente estudiadas, fueron publicadas bajo el título: *Reliquiae Haenkenianae, seu Descriptiones et Icones plantarum, quas in America Meridionali et Boreali, in Ins. Philip. et Marianis collegit Thaddeus Haenke, cura Musei bohemensis redigit et in ordinem digessit Karel Boringwog Presl. — Prag. — Calve, 1830-36. — 7 fas. in 2 vol. in folio (I, xv, 356 p. y 48 Tab.; II, 152 p. y 24 Tab.).*

Además de las memorias citadas, Haenke debe haber dejado muchos escritos inéditos, que existirán probablemente en manos de particulares. En 1868, la *Revista de Buenos-Aires* publicó uno de estos trabajos de Haenke sobre la *Polilla y la conservación de los cueros*. (Véase tomo XV, p. 588).

Volviendo á la *Introducción á la Historia Natural de Cochabamba* que nos ocupa, observaremos desde luego que los textos de los manuscritos 47 y 68 son idénticos: esto resulta del cotejo cuidadoso que hemos hecho.

La importancia del escrito parece no haber escapado á los estudiosos de aquella época. El señor D. Ignacio Núñez tuvo conocimiento del manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional, y á él se refiere en muchos extractos que hace en sus interesantes: *Esquisses historiques, politiques et statistiques de Buenos-Aires et autres Provinces-Unies du Rio de la Plata*, traduit par Varaigne, Paris, 1826, página 529.

Si comparamos ahora estos originales con la traducción de Walckenaer, observamos inmediatamente que ésta es muy libre: contiene errores y no se ajusta en muchos casos al texto original.

El estilo del original es un español castizo y no parece escrito por un bohemo-alemán; aunque no sería de extrañar que un hombre de la inteligencia de Haenke hubiese adquirido, después de nueve ó diez años de permanencia entre los españoles de la expedición Malaspina, un dominio completo del idioma.

Debemos notar, además, que el traductor francés ha dejado en el tintero muchas frases y á veces períodos enteros, como el siguiente que ha sido omitido en la línea 1^a de la página 395 del tomo II, *Voyages dans l'Amérique meridionale*: « polipodio, sida y otros géneros. En los meses de las aguas, que es cuando remite algo el vigor de los fríos, llega á madurar la Quinoa (*Atriplex quinoa*), la papa (*Solanum tuberosum*), la Oca (*Oxalis tuberosa*), que son propiamente los frutos de estos parajes elevados ».

La obra es esencialmente descriptiva y da una idea de una gran

parte de los recursos naturales en los tres reinos, no sólo de la provincia de Cochabamba, sino también de otras del Perú.

Especialmente interesante, juzgada con los criterios de la época, es la parte mineral, y de ella vamos á ocuparnos detalladamente. Esto nos permitirá hacer algunas consideraciones sobre los datos proporcionados por Haenke acerca de los *Mixtos perfectos*, como los llamaba el Padre Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo*, recientemente editada por el erudito americanista D. Marcos Jiménez de la Espada (Sevilla, 1890-95, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, en 4 vol. in-4°).

Al hacer esto, nos manifestamos consecuentes con opiniones arraigadas que tenemos, acerca del valor que tienen para la ciencia las obras antiguas, hoy generalmente desdeñadas, porque no se hallan escritas en el lenguaje que ésta usa corrientemente. No debe olvidarse nunca que un autor habla la lengua de su época y refleja las teorías y principios filosóficos de la misma. Si bien estos pueden ser erróneos, atrasados, incoherentes, no pasa otro tanto con los hechos y observaciones que encierran esos trabajos de nuestros antecesores, en los que se encuentran siempre datos interesantísimos que podemos utilizar como materia prima preciosísima, y cuyo *oro fino* puede enriquecer el caudal de nuestros conocimientos actuales.

En el capítulo primero, se ocupa Haenke de las *substancias minerales naturales*: describe en los incisos 1° á 3° los diferentes *alumbres*, conocidos en el país bajo las denominaciones de *Cachina blanca*, *Millu* y *Colquemillo* ó *Cachina amarilla*.

Sobre estos tres minerales y sus descripciones nada tenemos que observar. Sólo nos permitimos agregar, como comentario de los mismos, la etimología de los nombres. *Cachina* es muy probablemente una palabra compuesta de *Cuchi* y *Hayn*, la primera quichua y la segunda aymará y ambas significan *sal* (1). La palabra *colque millo* está compuesta de dos palabras quichuas, *collki*, que

(1) B. COBOS. *Historia del Nuevo Mundo*, I, p. 239.

significa plata, y *millu*, caparrosa (1). Según el Padre Cobo (2) *millu* sería palabra aymará y significaría « una especie de tierra parecida en su estipticidad y casi en el color á la caparrosa ». Agrega: « Es el *millu* un cáustico de no poca fuerza, porque además de la estipticidad que tiene es purgativo y mordaz, á cuya causa sus polvos curan los lamparones. El agua que hubiere cocido con esta tierra con un poco de azúcar, deseca las llagas de cualquier parte del cuerpo ». Es para nosotros sinónimo de *alumbre*.

Siguiendo el capítulo de las substancias minerales, nos encontramos con el inciso IV, en el tomo segundo, página 408 de la edición francesa de los Viajes de Azara, en que se trata del *vitriolo de fierro* (sulfato de fierro) ó *caparrosa en piedra*.

Es el más importante y sobre el que nos detendremos.

Haenke dice textualmente :

« Entre el número infinito de especies de este mineral que se halla en el Perú, me limitaré á hablar de la que existe en las costas del partido de Tarapacá, y de la que se usa preferentemente para los usos domésticos.

« Hállase esta substancia combinada del ácido vitriólico (sulfúrico) y la tierra marcial, en vetas poderosas de las minas de aquel partido y del de Atacama y Lipes y á muy poco costo y trabajo se saca de ellas. Su aspecto exterior y dureza y solidez MÁS PARECE DE UNA PIEDRA MACIZA Y COMPACTA QUE DE VITRIOLO DE FIERRO, de modo que apenas de la comba se saca de su criadero y solamente á golpes de martillo se logra partirla en pedazos menores: ADEMÁS, EXPUESTA AÚN POR AÑOS AL AIRE LIBRE, NO EXPERIMENTA LA MENOR ALTERACIÓN Y MUDANZA EN SU SUPERFICIE.

« Por estos caracteres difiere *enteramente* de la *caparrosa* ó vitriolo de fierro ordinario... ». Sigue luego: « En su superficie exterior lleva, por lo común, una corteza de color rojo-amarillento, y

(1) V. TSCHUDI. *Wörterbuch der Kechua-Sprache*, s. 164, 366.

(2) O. C. — Tomo I, p. 244.

en su estructura interior es una masa sólida, compacta, medio relumbrante, sin figura determinada y de un color que *del amarillo* tira al verdoso. Su sabor adstringente, estíptico, cáustico, propio á todas las soluciones de fierro, y en una ú otra parte se ven algunos trechos de un conjunto de cristales pequeños, amontonados en el interior de su dura substancia. En un análisis exacto (?) se descubren además del vitriolo de fierro alguna corta cantidad de magnesia combinada con el ácido vitriólico. Ella se disuelve con facilidad en el agua fría y caliente y deja, por lo común, en el fondo del vaso algún asiento terrestre... »

Agrega que la materia da *tinta*, cuando se pone su solución en presencia de cocimientos de substancias vegetales astringentes.

Termina diciendo que se hallan además muchas minas de caparrosa verde junto con minerales de plata, y cita especialmente las de Verenguela, en el distrito de Arco, que considera de mejor calidad y más fuerte que la descrita.

Cualquiera que *con conocimientos modernos*, lea la descripción de la Caparrosa que hemos transcripto, no suscribirá de ninguna manera la clasificación dada por Haenke. Á mi juicio, Haenke no ha tenido entre manos un *Vitriolo ó Caparrosa verde ó sulfato de fierro*, sino el *Caliche de Tarapacá*, ó lo que se llama hoy *Nitro de Chile*, ó más propiamente *del Perú*.

Esta afirmación que hago podría sorprender tanto más, cuanto que en el inciso VII se ocupa del *Salitre*, y lo señala en diversos parajes del Perú como conocido por los indios y explotado por los españoles para usarle en la fabricación de la pólvora.

Pero en este caso habla del salitre de potasa en eflorescencias sobre el terreno, y no de *depósitos inmensos* del material que hoy Chile utiliza como un yacimiento natural, y que ha contribuído á los poderosos adelantos que dan los cultivos agrícolas en Europa, usándose como abono y para la industria, y enriqueciendo nuestra vecina que, puede decirse, hizo una guerra para apoderarse de esas regiones.

El salitre de que habla Haenke es la *Zuca* de los Quichuas, abundante en las provincias de Ica, y sobre todo al norte del Perú y Quito, como eflorescencia en los terrenos apropiados para formarlos. Aunque los indios conocieron el salitre no supieron sus usos, y sólo lo utilizaron los españoles para hacer pólvora.

Insisto en estos detalles, pues en el *Diccionario histórico-biográfico del Perú* de D. Manuel de Mendiburo, IV, 226, se dice lo siguiente :

« El periódico *Minerva Peruana*, publicado en Lima, dió noticia, en 15 de julio de 1809, de que en la provincia de Tarapacá se había descubierto nitrato de soda en un terreno que abrazaba como 30 leguas ; que durante diez años se trabajó por los químicos, intentando separar la sosa ó álcali mineral para convertirlo en nitrato de potasa ; que habiendo ocurrido D. Sebastián de Ugarriza y D. Matías de la Fuente á D. Tadeo Haenke, que vivía en Cochabamba con renta por el Rey, ocupado de la botánica, practicó la separación y enseñó el beneficio, anunciando que produciría grandes provechos y que de todos modos el salitre sería una riqueza considerable, pues debía explotarse en crecidas cantidades. Llevóse puntualmente á efecto la operación en cantidad conveniente, y se mandaron á España en el navío de guerra « Estandarte », muchos quintales de nitrato de potasa que resultaron confeccionados, y gran cantidad de pólvora de armas, elaborada con aquel ingrediente en la Fábrica de Lima : auxilio que llegó en circunstancias de haber mucha necesidad de pólvora ». (*Gaceta de Lima*, 4 de octubre de 1811).

Por los datos que anteceden se deduce que el naturalista Haenke no ha relacionado en manera alguna el *nitrato* de Tarapacá, que tuvo entre manos en 1809, con el que había descrito como *Vitriolo de fierro en 1799, diez años antes*.

De sus descripciones resulta, igualmente, que él no admitía según las ideas entonces dominantes, sino la existencia del nitro *nativo* « formado por el concurso espontáneo de sus dos principios ».

Agrega que: « se halla en la pendiente ó al pie de ciertas colinas

ó cuevas poco elevadas, cubiertas de diversas plantas, cuyos troncos y hojas son muy succulentos, tales como las tunas, los juncos y otras de esta clase que dan por combustión y leixiviación de sus cenizas, una gran cantidad de potasa, uno de los principios del nitro. El arte imita con éxito á la naturaleza en la formación de esta sal.

Estas aglomeraciones artificiales de tierras alcalinas y calcáreas que se hacen en Europa, contienen como las colinas de este país, la base del nitro que es la potasa, á lo que parece unirse el oxígeno de la atmósfera en un estado de modificación que aún es poco conocido. De esta unión resulta una sal neutra, el nitro; cuyo ácido, por el fuego, acaba por dar un volumen extraordinario de oxígeno. La pendiente de las colinas presenta al aire atmosférico una superficie mucho mayor que el plano correspondiente de su base, y esta proporción aumenta al contacto del aire con las tierras en condiciones propicias para unirse al oxígeno. Tal es, en pocas palabras, la teoría más verosímil de la formación del nitro, cuya abundancia en este continente y en climas tan diferentes, es algo sorprendente ».

Termina con esta observación curiosa :

« Debo observar como cosa sumamente rara en química y en mineralogía que se encuentra en este país el nitro cúbico nativo, mientras que es excepcional hallarlo en el antiguo continente » (1).

Estas ideas expresadas en una forma briosa y atrevida para la época en que se emitían, no difieren en mucho de las manifestadas por el insigne Boussingault á propósito de las nitreras de igual naturaleza de Tacunga en el Ecuador (2).

El fenómeno de la nitrificación, en la América del sud, es mucho más activo y más espontáneo que en las regiones de Europa en iguales condiciones. Nosotros mismos, al estudiar nuestras aguas de ríos y de pozos, hemos podido notar el fenómeno, y desde hace

(1) AZARA. *Voyages, etc.*, t. II, pág. 418-422.

(2) *Annales de Chimie et de Physique* (4^e série, 1866), t. VII, pag. 358 et suiv.

unos diez años, manifestar la opinión de que no podíamos tomar como término de comparación para juzgar la bondad de un agua, las cifras de ácido nítrico tomadas como tipos en Europa.

Que la materia descrita por Haenke como vitriolo no es tal, lo confirman los términos mismos de su descripción cuando dice: « Su aspecto exterior, dureza y solidez más parece de una *piedra maciza y compacta* que de vitriolo de fierro », agregando que es menester emplear el martillo para desmenuzarla. Es capital, por fin, la observación: « además expuesta aún por años al aire libre no experimenta la menor alteración y mudanza á su superficie. Por estos caracteres difiere *enteramente de la caparrosa* ó vitriolo de fierro ordinario ».

Si se sigue la descripción, se advierte claramente que el mineral es, sin duda alguna, el *Caliche* de Tarapacá, que es el lugar señalado para el mineral descrito por Haenke. Más aún nos confirma en este juicio, cuando agrega que el mismo mineral se encuentra en Atacama.

Como es sabido las *Calicheras* ocupan una superficie de 363 millas geográficas, del grado $19^{\circ} 12'$ hasta el $25^{\circ} 45'$ de latitud sud, sobre una anchura media de 3 kilómetros de este á oeste. La costa se eleva rápidamente hasta una altura de 1300 metros y los yacimientos parecen ser más ricos en la dirección hacia el norte.

La exploración que se hizo del desierto de Atacama, trajo el descubrimiento de las calicheras de Toco, en la ribera izquierda del río Loa, y las *salinas*, bajo el trópico de Capricornio, en 1873.

En las calicheras, el caliche forma masas irregulares de una extensión que llega á veces á cubrir algunas hectáreas. La capa salitrosa tiene una potencia que varía entre 0^m20 y 5 metros: el espesor medio es de 1 metro; ordinariamente cubierta por una capa arenosa en la superficie, y luego por arcilla que contiene fragmentos de feldespatos, pórfiro, una piedra verdosa, el todo empastado por sulfatos de calcio, de potasio, de sodio y de magnesio y algo de sal común. Esta capa es lo que se llama *costra*, y debajo de ella se encuentra el *caliche*. Ambas capas poseen una dureza considerable y no pueden ser removidas sino por medio de minas.

Prácticamente se establecen las siguientes variedades de caliche :

- 1° Caliche terroso cristalizado, abundante en el Perú, con un título de 20 á 30 % de nitrato ;
- 2° Caliche terroso completo, fuertemente colorado y de un título de 40 á 45 %;
- 3° Caliche amarillo ó *azufrado*, muy rico en nitratos, y coloreado por sales de fierro é iodatos ;
- 4° Caliche blanco compacto de 60 á 65 % de rendimiento ;
- 5° Caliche blanco cristalizado, muy raro y que consta de nitrato casi puro.

En cuanto á su composición química, ésta varía considerablemente.

El contenido en nitrato de sodio oscila entre 18 y 70 %. El iodato y el ioduro varían entre porciones mínimas hasta el 2 % del mineral. El cloruro de sodio entre 15 y 35 %. El sulfato de sodio entre 2 y 48 %. El fierro se encuentra siempre contenido en el caliche en proporciones variables entre 1 y 3 %. La magnesia acompaña siempre el nitro del Perú, ó de Chile como le llaman ahora, después de la guerra de conquista de nuestros vecinos.

Estos datos que acabo de exponer, ponen á mi juicio fuera de duda que el mineral llamado vitriolo por Haenke es el *caliche* de Tarapacá, que se presenta con colores tan variados, por las sales de fierro, manganeso y hasta cobre que contiene á veces. La circunstancia de haber servido el mineral de Haenke para preparar tinta se explica por la presencia constante del fierro.

Si tratamos ahora de explicarnos las causas del error en que incurrió Haenke, las encontraríamos tal vez en las ideas dominantes de la época, acerca de la forma en que se presenta el nitro en la naturaleza, y en los párrafos de nuestro autor que transcribo á continuación.

Habla del nitro y dice :

« Me aseguran que en la costa del mar Pacífico, en los contornos de Ica y en el partido de Ciati, hay llanuras de muchas leguas de ex-

tensión cubiertas enteramente de esta sal: sin embargo, por no haberlas visto yo mismo, suspendo mi juicio, porque también pudiera ser álcali mineral que igualmente abunda en todas estas partes. Lo cierto es que en toda la parte alta del Perú, no hay corral de bestias cuyo terreno no esté penetrado de nitro, y parece que la elevación de estos terrenos y sus particulares temperamentos son con preferencia favorables á la formación de él.»

Más adelante, al tratar del *Alcali mineral* ó *Sosa nativa* en el inciso 8, dice textualmente: «Esta substancia salina se halla igualmente con las antecedentes en mucha abundancia en todo el Reyno y sin diferencia de temperamentos.

«Los *salitrales* de vasto ámbito que en la costa del mar Pacífico, en los partidos de Tarapacá, Moquegua, Camaná y Atacama se atraviesan en los viajes de la costa, se componen por la mayor parte de esta substancia. Su extremo blancor que refleja todos los rayos del sol hiere, en estas travesías de muchas leguas, con tanta violencia la vista, que con frecuencia causa doloridos accidentes de los ojos. No menos abundante se halla en las dilatadas pampas del Tucumán y en los altos de la Cordillera, en los contornos de la laguna de Chucuito, Paria y Oruro, en la provincia de Cochabamba, en el valle de Clisa, en el sitio que llaman Chulpas, que es de donde se proveen las vidrierías de esta Provincia. Esta sal es la soda ó sosa de las provincias meridionales de España, extraída de la barrilla por la combustión...»

Como se ve la palabra *salitre* ha servido á los españoles para señalar substancias diversas que efloran sobre la superficie del suelo. En el párrafo citado, en que se considera como *sosa nativa* ó carbonato sódico esas eflorencias, debe haber un error. Evidentemente no es tal carbonato, sino la mezcla del sulfato y cloruro de sodio que se encuentran abundantes en las pampas de Tucumán, Santiago y aun más en las que se extienden al sud del continente americano. No sería tampoco improbable que el mismo Haenke hubiese confundido también con su *sosa nativa*, los abundantes ya-

cimientos de boro-natro calcita, que cubren superficies considerables de las regiones que menciona en su escrito.

En este ligero estudio crítico que hemos hecho de la parte mineral de la «Introducción á la historia natural de la provincia de Cochabamba y circunvecinas», hemos demostrado que el *Caliche de Tarapacá* pudo ser explotado muchos años antes, si se hubiese puesto más atención en el examen de ese mineral. Demuestra también algo más importante á nuestro juicio, y es lo siguiente: la necesidad de leer con atención los textos de los libros de viaje antiguos, hechos en el continente americano. Si bien es cierto que muchos de ellos traen noticias exageradas ó mentirosas sobre los hechos observados, no lo es menos que una crítica razonada puede darles sus proporciones cabales, y obtenerse de su estudio metódico datos interesantísimos no sólo para la historia, sino también para las ciencias, y aún más, el conocimiento de productos naturales que pueden constituir la riqueza de una nación.

Terminaré esta breve noticia, haciendo votos para que el señor Director de la Biblioteca Nacional publique el texto español del libro de Haenke, pues como lo he dicho más arriba, la traducción de Walckenaer es defectuosa é incompleta.

Buenos-Aires, mayo de 1896.

PEDRO N. ARATA.

EL CACUI

(DEL LIBRO INÉDITO *HÉROES Y TRADICIONES*)

Por donde Salta limita
Con Tucumán y Santiago,
Mientras los de una melada
Tomaban mate y descanso,
Dijo un payador porteño
Que andaba entre ellos buscando
Mieles también, no de abeja,
Sino de ensueños y encantos :

— « Finalizó la cosecha
De la algarroba ¡ gran año !
¡ Qué invierno para la aloja
Será el invierno cercano !
Ya lo veréis cuando haciéndose
El gracioso venga Mayo,
Y, dando diente con diente,
Le siga Junio emponchado.
Agua se me hace la boca
De solamente pensarlo...
Irá á los bailes la prenda

Que está nombrada, pues callo.
 Y he de soltarle al oído
 Entre diciendo y besando:
¡Tomo y obligo!... y la niña
 Ha de beber en mi jarro,
 Y ha de *obligarme* á su turno,
 Con un mirar y un amago
 De esos que muestran el alma,
 Como la aloja, chispeando
 De mi guitarra en la prima
 Cantaré el *sí* de sus labios,
 Y al són de cuecas chilenas
 Y de argentinos malambos
 ¡Haré volar la pollera
 De la princesa del pago,
 Y, entre las mozas, ninguna
 Ha de pisarle el zapato,
 Ni levantar sobre todas
 Más polvareda en el rancho! »

— « ¡Valiente moza es aquélla
 Para meterla en fandangos!—
 Interrumpió un santiagueño,
 Más que diciendo, cantando. —
 Lo que es su padre, la cuida
 Como reliquia de santo,
 Y cuando baja á los montes,
 La deja allá, en su barranco,
 Como las flores del aire,
 Pegada siempre al peñasco.
 Y si no ¿cuál de nosotros
 La ha visto? »

— Yo, entre mis cantos,
Que los cantores nacimos
Para querer lo soñado.
En cierta noche de luna,
Mientras la andaba rondando,
De su aposento salían
Como gemidos muy largos,
Y, desde entonces, librarla
De su prisión he jurado.

— « Más sabe el diablo por viejo
Que por su ciencia de diablo, —
Dijo un sargento de Güemes,
Matusalén ignorado ; —
Y así te digo, porteño,
Que en la casa del barranco
No hay tal mujer, ni tal padre,
Pues, lo que es ella, es un pájaro,
Y el hombre aquél que allí mora
Y baja solo, es su hermano.
Ánima ya, porque el pobre
Anda hace un siglo penando ;
Y los gemidos que oíste,
No en su aposento, en un árbol,
Son del cacui que en la noche
Va á sollozar á su lado ».

— Sea mujer, y no importa
Que vista plumas ó rasos, —
Dijo el cantor, — que las alas
Son de los seres más altos ;
Y, si es un ave, sin duda
Sabrá librarse del barro :

Sueño por sueño, en el mundo
Quiero soñar con lo alado ».

— « Cuando conozcas su historia, —

Replicó al punto el anciano, —

Has de romper tu guitarra,

Y has de romperla llorando !

Eran, varón y mujer,

Huérfanos ya, dos hermanos :

Ella un demonio, aunque linda,

Y él poco menos que un santo,

Trabajador sin abuela

Y emprendedor sin cansancio.

Así picaba carretas

En Tucumán y Santiago,

Y en las llanuras era hombre

De boleadoras y lazo,

Como en los bosques de Salta

Un obrajero afamado ;

En Catamarca, minero

Más cateador que un riojano ;

¡ Y en las meladas, amigos !...

Nunca jamás se dió el caso

De que perdiera una abeja

Entre una mar de quebrachos,

Porque ¡ tenía unos ojos

Para seguirlas volando

Y descubrir la colmena

Entre el cebil ó el retamo !...

Pues, cuanto hacía, lo hacía

Para tener con regalo

Á ésa que tú, payador,

Llamas princesa del pago,

Y que era moza muy linda,
Pero, en los hechos, gusano.
Si él le traía un cabrito,
Ella en lo oculto iba á asarlo,
Lo devoraba, y el resto
Echaba á allá, á los caranchos,
Y él se iba hambriento, afligido,
Para volver, en las manos
Trayendo achuras sabrosas,
Que ella comía... y al campo
Iba y volcaba la olla
Para negarla á su hermano !
Siempre, al llegar á su casa,
Cuando dejaba el trabajo,
Halló cazuelas vertidas
Y necia burla en los labios ».

— « Parece cuento »...

— « No es cuento :

Ha sucedido, aunque es raro ;
Pero en los seres hay cosas...
Vaya, mejor es callarlo.
Él le rogaba unas veces,
Casi á sus plantas postrado,
Que no amargara sus horas
Con proceder tan ingrato ;
Otras, sañudo y sombrío,
Presa de impulsos insanos,
Iba á azotarle en el rostro...
¡ Y le temblaba la mano !
Ya de su madre el recuerdo
Era el ejemplo evocado...

¡ Ay, de esa madre que á muchos
Nos está al cielo llamando !...
Pero la niña era terca,
Su corazón era malo,
Y hosca burlaba el recuerdo
Con el desdén más villano.
Hasta que un día aquel mártir
De ese odio y yugo pesado,
Dijo : « ¡ Que muera ! que muera !
¡ Mas no la mate mi brazo,
Sino, á la faz de los cielos,
La voluntad de los astros ! »
Y asiendo su hacha obrajera
Que no mellaba el lapacho,
Llamó á su hermana, y con dulce
Voz de cariño y halago :
« ¿ Sabes, le dijo, que tengo
En aquel bosque inmediato
Un moromoro, y quisiera
Para tí sola sacarlo ? »
Á tal promesa, la joven,
Que era golosa, — « Pues vamos », —
Le contestó, y en procura
De la colmena marcharon.
Al pie de un orcocebil,
Tan opulento y tan alto
Que echaba al cielo la copa,
Se detuvieron entrambos.
« Sube delante, le dijo,
Que yo te iré sustentando,
Para que allá, en la corona,
Goces tú sola el regalo ».
Luego, de un gajo en el otro,

Fueron trepando... y treparon.
Ella de mieles hambrienta
Y él su venganza hambriando.
Cuando llegaron al sitio
Más eminente del árbol,
«Está, añadió, el moromoro
Cerca de aquí, en aquel gajo:
Echate al rostro el pañuelo
Mientras desciendo á sacarlo,
Que las abejas dispersas
Pueden hacerte algún daño.»
Ella cubrióse, y á poco
Sintió temblar todo el árbol
Y derrumbarse las ramas
Á los tremendos hachazos
«Cúbrete bien», le decía
Él, cada vez más abajo,
Hasta que el hacha y los ecos
De resonar se cansaron
Y llegó mudo el silencio
Desde los montes lejanos.
Ella, velada y medrosa,
Se tuvo así mucho rato,
Hasta que, alzando el pañuelo,
Se vió, con susto y con pasmo,
Sola en el orcocebil
Del ramaje despojado,
Sola, en aislada columna,
Adonde el eco le trajo
La carcajada nerviosa
Y siniestra de su hermano.
Quiso bajar, mas no tuvo
Donde apoyarse á su paso,

Y, vuelta al cielo la frente,
Rompió de súbito el llanto.
Vino la noche; otro día
Pasó; de nuevo al ocaso
Cayó el sol, y las estrellas
Su helada lumbre le echaron...
En rededor, de los bosques
En lo profundo y arcano.
Sonaba el órgano inmenso
De los rumores sagrados:
El roce, incierto al oído,
Más por el miedo escuchado,
De las serpientes, que trepan
Del dulce nido al asalto:
El rugir, hondo y bravío,
Ó el avanzar, lento y cauto,
De los tigres y leones
Que van de caza, husmeando...
Ella en las carnes sentía
El penetrante y helado
Filo de agudo puñal
Que se va hundiendo hasta el cabo.
Un hambre y sed febricientes
La devoraban, en tanto,
Y su alma hería y su cuerpo
La convulsión del espasmo.
Entre el horror de sí misma,
Su corazón, golpeando,
Se derramaba en sollozos,
Voces de angustia y espanto.
Luego, una calma, un sosiego
Fué por sus nervios vagando,
Y circuló por sus venas

Como un sabroso desmayo.
Miró hacia el cielo, hacia el bosque,
Y tuvo un ímpetu extraño
De divagar por la selva
Y hender volando el espacio.
Entre asombrada y medrosa,
Vió disminuir su tamaño,
Que emplumecía su cuerpo
Y que eran alas sus brazos.
Y de mujer, en un ave
Viendo su sér transformado,
Abrió las alas primero,
Hizo en el aire un ensayo ;
Y, resumiendo en un grito
Todo el horrible pasado,
Todo el dolor de su culpa,
Todo su acerbo quebranto,
Se hundió volando en las selvas »...

Pero á este punto, en un árbol,
Sonó el quejido, el sollozo,
El alarido de un llanto
De esos que nacen del fondo
Del alma rota en pedazos,
Y los meleros, absortos,
Entre su carne temblaron.

— « No hay que asustarse, — les dijo
Irguiéndose el veterano, —
Ese que gime en el bosque
Es el cacui solitario,
Y mientras sufra la patria
Tanto martirio, paisanos,

Y nuestros ranchos no sean
Algo más que pobres ranchos,
¡ Ay ! porque nunca supimos,
Á nuestra vez, ser hermanos,
Se oirá ese grito, ese lloro,
Ese clamor desgarrado ! »

RAFAEL OBLIGADO.

ESCRITOS DE MARIANO MORENO

¿Cómo se hará amar el trabajo y la fatiga á los que nos hemos criados en la molicie?

MARIANO MORENO.

I

Con este mismo título (1), acaba de publicarse en Buenos-Aires un grueso y bien impreso volumen, en cuyas 580 páginas están coleccionadas, según parecer del editor, todas las producciones conocidas de Mariano Moreno. La recopilación viene precedida de un extenso prólogo que, con no tener nada de biografía ni mucho más de juicio crítico, está visiblemente encaminado á diseñar la fisonomía definitiva y *ne varietur* del ardiente tribuno y enérgico propagador de la Revolución argentina. La intención es excelente; y sería lástima grande que, por inexperiencia literaria, errado concepto histórico ó desconocimiento de los deberes inherentes á la tarea acometida, no correspondiera el retrato al buen deseo del retratista.

(1) *ESCRITOS DE MARIANO MORENO*, con un prólogo por Norberto Piñero, 1 vol. in-8°, Buenos-Aires. Imprenta de P. Coni é hijos, 1896.

Por otra parte, lo que más nos importa en el presente volumen, no es la pintura bien ó mal lograda del autor por un estimable aficionado, cuanto la que el mismo Moreno nos ha dejado en sus escritos, presente á par que oculta, á manera de la impresión fotográfica todavía latente en la placa sensible, hasta que la despeje un *revelador*. Así que, sin dejar absolutamente de lado al prologuista, ni desdeñar su ayuda, nos ocuparemos ante todo de la colección. Examinaremos lo que significa y vale esta segunda edición, dada á luz sesenta años después de la primera, que quedó trunca, como es muy sabido, y reducida al único tomo publicado en Londres. Es muy posible, empero, que de nuestras observaciones críticas respecto de la edición, se desprenda de pasada y por añadidura, tal cual resumen y conclusión acerca del ilustre abogado colonial y secretario de la Junta gubernativa.

En causa tan alta y tan remota, — *quam procul habeo*, — sería una ingenuidad prestar previa declaración de propósitos imparciales y desinteresados. Y, si es muy evidente que sólo me guían en este examen el esclarecimiento de la verdad y el servicio de la justicia, no puedo poner en duda que el editor actual haya obedecido á móviles idénticos. Tampoco necesito proclamar que, á influir el sentimiento personal sobre el juicio sereno, sería con tendencia favorable, — para acentuar el elogio y atenuar la crítica. Sea cual fuere el éxito de su reciente incursión á dominios extraños, el señor Piñero tiene prendas de carácter é inteligencia que le han granjeado el aprecio general y el mío propio. — Pero no se trata ahora de relaciones sociales ni de simpatías, mucho menos en una cuestión que, con parecer tan llana, interesa y compromete principios de moralidad política y de conciencia histórica, — fuera de las doctrinas filosóficas y métodos literarios que son parte directa en el proceso, y se relacionan con el desarrollo y disciplina del espíritu argentino.

Ocurre, en efecto, que el pensamiento de esta publicación, en sí tan sano y digno de encomio, cobra aún mayor importancia por

inaugurar ésta una vasta empresa bibliográfica y ser, como dice la portada de la presente obra, el «tomo I de la biblioteca del Ateneo». Una advertencia preliminar nos previene que la Junta directiva de dicha sociedad ha resuelto «emprender la publicación, en ediciones críticas, de las obras nacionales inéditas ó cuyas ediciones estuviesen agotadas ó notoriamente defectuosas»; y se agrega en seguida que «decidió la Junta dar comienzo á la publicación con las obras de Mariano Moreno, José Mármol y Juan María Gutiérrez».— Sin discutir la desigual urgencia de las ediciones anunciadas, ni convertir tan grave asunto en cuestión de precedencia ceremonial, convenía aplaudir, desde luego, tan generosa iniciativa, que, llevada á feliz término, á par que llenaba un hueco muy sensible, serviría de ejemplo y noble estímulo á toda la América latina.

Se entiende que este aplauso anticipado se dirigía á la biblioteca futura, aceptándose el presente tomo á buena cuenta de su cabal realización. Desengañados de tantos proyectos aéreos, de tantas frágiles tentativas como brotan á diario en esta vibrante atmósfera meridional,—bolas de jabón que nacen y revientan el mismo día, para resucitar al siguiente bajo otra forma igualmente fugaz,—no hay que decir si hemos abierto con placer esta justificación tangible del ambicioso programa. Esta prueba positiva de que, por una vez, salíamos de los espejismos y las vanas promesas para fundar algo sólido en el terreno del estudio concienzudo y completo, me ha producido gratisima impresión;—en grado tal, que me siento irritado contra mí mismo por haberla destruído, abriendo las hojas del flamante volumen para mirar lo que había dentro... Cruel ha sido la decepción, hay que decirlo sin ambages; y no pensaría en exhibir sus fases dolorosas, á no tratarse de la memoria de Mariano Moreno, que tan maltrecho sale de la crítica, ó criticable, edición. Existe, además, otra razón más alta para hacerme emprender este imparcial análisis: y es el temor de que así entiendan otros sus deberes editoriales; de suerte que, después de tanto estruendo y proclama, nos

encontremos á la postre con una serie de clásicos argentinos un poco peor que la existente en nuestros estantes. Hay que cumplir una vez más con el deber de hablar la verdad, siempre difícil de decir y oír, y tanto más displicente cuanto más fundada. Voy á examinar, pues, lo que aquí se entiende y acepta por *edición crítica* de un autor argentino, entre personas que se precian de saberlo.

Procuraré que el examen no sea muy árido para el lector, ni del todo pesado para el estimable editor, cuyo buen nombre, por fortuna, no depende de este su primer ensayo de crítico aficionado. Él me dirá, quizá, que es abogado ó jurista, no director de ediciones; y tan de acuerdo estamos, que, por mi parte, no me ocurrirá en la vida acometer un alegato forense. ¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aún esta pobre literatura son « especialidades » intelectuales, tan difíciles por lo menos como las del abogado ó del médico, y que no es lícito entrarse por estos mundos como en campo sin dueño ó predio del común? En cuanto á la objeción, que también preveo, de que algunos puedan no entender como yo los requisitos de una buena edición,—llámese « crítica » ó simplemente correcta,—en ello está la misma tesis que paso á demostrar en seguida. Cuento con el buen juicio del señor Piñero para que se deje convencer; hasta espero que mis observaciones llegarán en sazón para que saquen de ellas algún provecho los editores futuros de Mármol y Gutiérrez.

II

Si no estoy mal informado, la edición crítica de cualquier autor, antiguo ó moderno, se diferencia de las ordinarias, que reproducen literalmente uno de los textos tradicionales, en lo de discutir las diversas *lecciones* existentes, hasta establecer la única correcta y au-

téntica, para cada pasaje dudoso. Cuando existen aún manuscritos originales ó copias de éstos, claro está que se cotejan entre sí, para que el saber y el talento crítico del editor asignen á cada versión su exacto valor documentario. Es así cómo se ha establecido, aunque con numerosas dudas y variantes, la lección de los clásicos griegos y latinos; es también así, para citar un solo ejemplo moderno, cómo Ernest Havet, con ímprobo trabajo sobre manuscritos indescifrables, logró reconstituir el texto de los *Pensamientos* de Pascal, en su admirable edición crítica de 1852. Estas ediciones extraídas directamente del manuscrito suelen llamarse « diplomáticas ».

Las ediciones *sabias* son ediciones críticas con gran acopio de notas, glosas y comentarios históricos, filológicos y literarios, — á semejanza de algunas alemanas para los clásicos antiguos, y de las francesas de Régnier, para los modernos, que han quedado como el modelo del género. Si bien, lo repetimos, una buena edición crítica no exige tanto aparato erudito, se sobrentiende que, además del texto auténtico bien establecido, debe venir acompañada de notas explicativas, ya puestas al pie de cada página, como en el *Quijote* de Clemencin, ya al final de cada tomo, como en la edición de la misma obra dirigida por Hartzenbusch, é impresa en Argamasilla de Alba con sujeción á la príncipe.

Basta lo dicho para demostrar claramente que la mayor parte de los autores argentinos, y en especial Mariano Moreno, no reclaman ediciones sabias, y apenas las consienten críticas, según la acepción corriente. Á más de ser todos ellos tan recientes que su lengua es la nuestra usual, han sido, sin excepción del mismo deán Funes, lo que llama Daudet « literatos de pie »: es decir hombres de empresa, mezclados en las agitaciones políticas y sociales de un país en formación, y que, por tanto, no podían tener á la palabra escrita más que como á un instrumento de propaganda y un « sucedáneo » de la acción.

Tal ha sido muy especialmente la fisonomía literaria de Mariano Moreno; y la intensa producción de brevísima carrera, cortada

á pique, si puede decirse, por la catástrofe final, alejaría, desde luego, hasta el intento de una verdadera edición crítica de sus escritos circunstanciales. Por otra parte, ¿á qué pudiera, en este caso, adherirse la crítica bibliográfica? Fuera del novísimo *Plan* descubierto en el Archivo de Indias, — y que merecerá capítulo aparte, — todos los escritos de Moreno han sido publicados por él ó su hermano, y no queda manuscrito alguno con qué cotejar los artículos de la *Gaceta de Buenos-Aires* y los dos ó tres folletos de que hizo especial tirada. No existiendo, pues, en general, más que una *lección* del texto, no tiene razón de ser la « crítica », y nos sería fuerza aceptar como auténtica la única que poseemos, aunque no tuviera el carácter irrefragable de haber sido adoptada por el autor.

La obra escrita de Moreno se compone, en efecto, de las tres partes siguientes, que por entero corrían impresas antes de la edición actual: 1º su tesis inaugural, un insignificante alegato ante la audiencia y un fragmento de *Memoria* sobre la invasión inglesa; 2º sus artículos de la *Gaceta* (incluyendo en éstos sus documentos gubernativos) y el prefacio del *Contrato Social*; 3º la « Representación del apoderado de los hacendados », que fué publicada en 1810 por el mismo Moreno.

Como se ve, la tarea del editor quedaba reducida á su más simple expresión, tratándose de una edición *completa y definitiva*, sólo tenía que atender á estos tres requisitos indispensables: 1º coleccionar *todos* los escritos de Moreno; 2º adoptar un método uniforme y racional para la corrección del texto; 3º acompañarle con las notas y aclaraciones necesarias para su cabal inteligencia. Ninguno de los requisitos enunciados ha sido debidamente cumplido, y puede decirse sin exageración — como vamos á demostrarlo — que la edición presente, tipografía á un lado, lejos de mejorar las anteriores, si bien dispersas y fragmentarias, es tan inferior á ellas, que hubiera sido preferible una simple reimpresión.

III

Principiando por el principio, la colección es notable y gravemente incompleta. Se entiende que me refiero especialmente á los artículos publicados por Moreno en la *Gaceta de Buenos-Aires*, pues sería por demás extraordinario que el editor actual hubiera omitido alguna de las materias que figuran en la edición de Londres. Si reparamos en que han sido considerados como dignos de la reproducción, «suelos» tan insignificantes como los relativos á la «Escuela de matemáticas» y á las «dos cartas» de la princesa Carlota y el marqués de Casa Irujo (1), podemos decir que la colección completa de los escritos de Moreno en la *Gaceta* comprende 46 artículos, de los cuales tan sólo 25 están incluidos en la presente edición (2). La laguna es enorme, y tanto más inexplicable, cuanto que el señor Piñero ha tenido en sus manos los dos volúmenes de la *Gaceta* que posee la Biblioteca Nacional y que contienen la colección íntegra del primer año.

No cometeré la inexactitud de exagerar la falta, hasta pretender que los escritos olvidados sean más importantes que los incluidos; pero afirmo, y probaré cuando sea necesario, que ninguno de los omitidos tiene menos valor documentario que los arriba mencionados, fuera de que algunos son tan primordiales que su exclusión no tiene disculpa. Entre éstos citaré los «editoriales» siguientes: sobre un dictamen del Dr. Cañete al virrey Cisneros (extraordinaria de julio 3); sobre reconocimiento del Consejo de Regencia (octubre 4); sobre un oficio de lord Strangford, relativo al bloqueo (octubre 15);

(1) Sin reproducir los documentos históricos aludidos, á pesar de principiar así: «Las anteriores cartas...»

(2) En este cómputo, contamos como artículos las continuaciones de los anteriores.

sobre la arribada del almirante de Courcy (noviembre 13); sobre el movimiento de Cochabamba (noviembre 22); — sin mencionar otros no menos importantes á pesar de su brevedad, v. g. : los comentarios sobre el movimiento de Cochabamba (noviembre 22) y las intrigas del marino Córdoba (diciembre 3), amén de numerosos sueltos ó apéndices explicativos de documentos ó actos oficiales (1). Entre los artículos de autenticidad discutible, creo que no hubiera dejado de incluir (con las reservas correspondientes) las dos importantes «cartas de Potosí» (agosto 7 y septiembre 6), firmadas *Aristogiton*, y que han dado ocasión á una curiosa nota de Zinny : no me parece dudoso que hayan sido elaboradas en la propia *Gaceta*.

Pero las omisiones realmente imperdonables son las de los oficios, órdenes y proclamas de la Junta gubernativa, cuya autenticidad es tan inatacable (llevan casi todos ellos la firma de Moreno), como es primordial su importancia histórica. Ninguno de éstos ha sido incluido en la presente colección, desde la proclama y el bando del 26 de mayo (anexos á la *Gaceta*) hasta la famosa circular del 3 de diciembre sobre incapacidad legal de los extranjeros, — la cual fué una de las causas de la renuncia de Moreno y quedó derogada á los pocos días de su separación. Se medirá lo grave de este género de omisiones, con sólo recordar que, entre los 16 documentos oficiales redactados por el ilustre secretario de la Junta y olvidados por el presente editor, figuran actos de tanto alcance como la *Orden del día* del 13 de agosto de 1810, que caracteriza con admirable energía y elocuencia la actitud hostil de Montevideo, y concluye decretando represalias que constituyen una declaración de guerra (ocupa casi todo el número de agosto 16). Pero, basta decir que falta el solemne *Manifiesto de la Junta*, después de las ejecuciones de la Cruz-Alta, que llena íntegras las 16 páginas de la *Gaceta*

(1) Así la bella carta del dominico Zambrano, con el comentario de Moreno (julio 5), que arroja tanta luz sobre la psicología de la Revolución.

(octubre 11), y que, no sólo por su extraordinaria significación histórica, cuanto por su belleza literaria, su elocuencia refrenada y sombría, no sé qué acento desesperado, perceptible bajo lo implacable de la acusación y, acaso, lo imposible de la justificación completa, merecía ocupar el primer puesto en cualquier edición del escritor argentino.—Es, sin duda alguna, la producción capital de Moreno y de la Revolución: muy superior por el pensamiento y el estilo á la tan celebrada *Representación de los hacendados*, y la única que pueda parangonarse con las más altas arengas de la tribuna europea ó americana.

El lector se ha dado cuenta, sin que insista en ello, de las incurables deficiencias y mutilaciones que, en cuanto á su contenido, invalidan la presente colección. ¿Qué habríamos de añadir si, atendiendo á la distribución de las materias, hiciéramos notar el desorden caótico en que todas ellas vienen mezcladas? No están separados los artículos que forman una serie, como los referentes á la futura Constitución, ni siquiera se observa siempre la simple sucesión cronológica. Dos artículos sobre Chile, que no forman serie, están unidos é insertos fuera de su lugar; el prólogo del *Contrato* se intercala entre dos reproducciones de la *Gaceta*, y el famoso *Plan* inédito no ocupa su rango, pues, á merecer alguno, no podría ser sino el último, á modo de apéndice.

Había un ordenamiento indicado por su misma sencillez, y que consistía en formar tres grupos de escritos, atendiendo á su índole: 1º los jurídicos (1); 2º los políticos (artículos de la *Gaceta*); 3º los estudios filosófico-sociales. Pero, supuestas las graves irregularidades arriba denunciadas, éstas parecen secundarias y no deben sorprendernos ni merecer mayor reparo. Pasemos á la cuestión de forma y corrección.

(1) En seguida, ó en lugar de ese insignificante alegato « sobre lanzamiento de un inquilino », bien merecía publicarse la defensa que hizo Moreno del presbítero Fernández contra el obispo Lúe; la doctrina sobre recursos de fuerza tiene otro interés é importancia que la querrela de Escalada y Troncoso!

III

Al tratarse de dar á luz la edición completa de un autor nacional relativamente moderno, podría suscitarse una duda sobre si conviene reproducir literalmente el manuscrito ó el texto declarado auténtico, con todos sus descuidos y errores posibles, ó bien si son lícitas las correcciones indicadas por el gusto actual y la exactitud histórica ó literaria. Por nuestra parte, no admitimos que se discuta tal especie, pareciéndonos de evidencia absoluta y de obligación estricta la primera actitud. Nadie está autorizado para cambiar una letra en una obra que su autor ha dejado concluida y, según su parecer, correcta, sea cual fuera su imperfección ó inexactitud desde nuestro punto de vista actual. Las obras literarias ó científicas no existen para servir de modelos impecables, ó, merced á enmiendas posteriores, presentarnos una muestra artificial del genio, tal cual no existió nunca en la realidad: son documentos humanos antes y después de todo, indicios fieles del estado intelectual y moral, no sólo de su autor, sino de su tiempo y nación. Se debe, en consecuencia, tener por igualmente característicos, sino igualmente importantes, los lunares que las bellezas, los desfallecimientos, resultados tal vez del medio circunstante, que los rasgos de fuerza procedentes de una potente personalidad. —Por lo demás, ésta es causa ganada, así para las ediciones originales como para las traducciones de autores extranjeros. La sed de exactitud, ó sea de ciencia positiva, que domina el espíritu moderno, ha proscripto del arte mismo todo amaneamiento convencional, y afeminado arreglo hasta en la imitación. No se soportan ya traducciones elegantes é infieles, ni tampoco se toleran las composturas y afeites, con que se suavizaban antes las asperezas de los escritores antiguos ó anticuados.

Admitido todo ello, no me he sorprendido en manera alguna al

comprobar que, en la presente edición de Moreno, se revelaba el designio de corregir y descocar el texto de todo rasgo irregular ó pasado de moda. Tal tenía que ser el criterio literario de un aficionado. Desde luego, para remozar á Moreno y disfrazarle de moderno, se le ha impuesto la novísima ortografía de la Academia, — á medias, se entiende, como aquí se hace todo. En seguida, el estimable editor se ha dado á enderezar los giros torcidos y á rectificar las voces á su parecer heréticas y malsonantes. Y así hemos tenido una «misión» del Congreso en cambio de las *miras* del texto; una asamblea «plebiscitaria» ha reemplazado al rancio «Cabildo abierto»; el sistema «federativo» se ha sustituido al *federaticio*, sin gran provecho para el entendimiento, etc., etc. (1).

Todo ello, por cierto, sería muy disculpable y hasta defendible, si, una vez adoptado el método de la corrección, se hubiera aplicado al texto íntegro con toda escrupulosidad y acierto. Pero quiere la desgracia que al editor le acontezca, por una parte, dejar intactos los peores descuidos del original, y, por la otra, introducir á las veces enmiendas que todo lo echan á perder. Así (¡para colmo de desventura voy á traer ejemplos jurídicos!), casi no hay cita de derecho romano que, con perdón del lector, no resulte al revés ó cuando menos muy estropeada. Para hacerme entender sin ser prolijo en demasía, me limito á señalar dos ó tres ejemplos significativos. En tres renglones seguidos de la página 2, se acumulan tres referencias al Código de Justiniano: ninguna está transcrita exactamente, en lo tocante á ortografía y corrección tipográfica (2),

(1) Algunas correcciones ortográficas me parecen menos felices; v. gr.: la que reemplaza, en veinte ocasiones, por una *s* la *z* de *analizar*.

(2) Me abstengo en general de rectificaciones demasiado fáciles y que podrían parecer pedantescas. Haré, sin embargo, una excepción. La cita del texto: «la ley *mater*, Cod. ad *Tertulianum*» que, según la regla de Ortolan debería ponerse así: Cod. VI, 56, 5, ad *senatusconsultum Tertullianum*, se presta para un equívoco, encontrándose en un pasaje del mismo escrito una cita de Tertuliano, el teólogo. Un lector desprevenido podría confundir al doctor de la Iglesia con el autor del senado consulto, — como ha hecho Cujas.

Un poco más lejos, incurre Moreno (acaso sea lapsus del bueno de D. Manuel) en una cita del inevitable San Agustín, que el editor actual transcribe religiosamente: «... la condenación de los novacianos, catafriges y montanistas, las sólidas reflexiones de San Agustín en su único libro *de bono viduali* (sic), etc.» No ignora ciertamente el señor Piñero que ese « único libro » es la epístola *de Bono viduitatis* (D. AGUSTINI, Op. VI), dirigida á la « viuda Juliana », y que, de paso sea dicho, Erasmo declara apócrifa.

Permítaseme traer á cuento otros descuidos más característicos. En un pasaje de la *Representación* (página 117), Moreno, con el mal gusto que, para no llamarle profesional, atribuiré á la época y á la escuela de Chuquisaca, endereza al pobre virrey Cisneros esta mareadora letanía :

« Entonces se vió al emperador *Honomtaco* (1) (« Hacaneas querrás decir Sancho... ») terciar la Calabria y la Sicilia para exigir el tributo Cefalesión ; á Nicéforo hacer escrutinio de las haciendas de sus súbditos para imponer *las dos Sicilias* ; á Dario exigir tributo de las aguas, y á Miguel *Paflago* (2) cobrarlo hasta del aire que respiraban sus vasallos. Si lo fuéramos de Vespasiano, sufriríamos el tributo *crisalgirio* (3); si de Domiciano, satisfacerían las mercaderías el *oro lustral* (4), etc., etc. »

(1) Constantino *Monomaco* (á quien sin duda designa ese fantástico « Homoniaco ») nada tiene que ver con este impuesto, que parece fué creado tres siglos después por un Paleólogo. El asunto es bastante obscuro, como que nada dice de él ningún autor conocido, ni el mismo Cujas. Á propósito de este tributo y otros parecidos, dice Bulengerus (*De Vectigalibus*, en las *Antiquitates* de Grævius) : *multa sunt genera tributorum nobis ignota*. Por el nombre — correctamente : *Kephalaion sitariou* — debía ser una capitación rural, sobre el trigo cosechado (*πικύριον* = ración de trigo).

(2) Miguel el *Paflagonio*, sucesor y heredero matrimonial de Monomaco, no fué el inventor del *vectigal aericum* ; el cual, por otra parte, y á pesar de lo que dice Montesquieu (*Esprit des lois*, lib. XIII, cap. XVI), correspondía sencillamente á nuestro impuesto moderno de « puertas y ventanas ».

(3) El tributo *chysargyrum* fué, durante el imperio, el impuesto general de *patentes*. (SERRIGNY, *Droit pub. et adm. rom.*). — El impuesto de Vespasiano es muy conocido, hasta de los muchachos parisienses.

(4) El *oro lustral* (es decir, quinquenal) era una patente sobre los *lenones*. *Nov.* XIV, y Cujas, II, 1054.

No dudo de que un profesor de la Universidad podría haber indicado las mismas correcciones ó aclaraciones que señalo en las notas; entonces ¿por qué no hacerlo y salvar de esta « monomaquia » de nombres barrocos, á algún pobre estudiante de derecho que tuviera tentación de escribir su tesis sobre la materia? Acaso conteste que, según mi propia teoría, no ha debido corregir el texto; pero con las notas aclaratorias se concilian teoría y remedio. Por otra parte, como ya lo mostré, la presente edición aplica libérrimamente el método de las correcciones, y, lo repito, no pocas veces con pésimo resultado.

En el mismo párrafo transcripto, se exhibe un traspie garrafal que no tiene la disculpa del respeto por el texto. En su edición de 1810, Mariano Moreno había escrito (y su hermano Manuel repite en la de Londres): « Se vió á Nicéforo hacer escrutinio de las haciendas para imponer las *dos siliquias*. » El señor Piñero se sonríe ante esas *siliquias* de mala catadura, y, con la serenidad del deber cumplido, rectifica así: « Para imponer las Dos Sicilias »! — ¡Las Dos-Sicilias, hacia 965, — se trata de Nicéforo Phocas, — después de la conquista sarracena y cinco siglos antes de formarse dicho reino, por la reunión de la Sicilia continental con la insular! — No le ha ocurrido al editor jurisconsulto, ya que no alguna reminiscencia de su derecho romano, la idea luminosa de buscar el significado de *siliqua* (peso y moneda) en un buen diccionario enciclopédico — el de la Academia española, que no es bueno ni enciclopédico, trae una de estas acepciones — para darse cuenta de que, con razón, ó sin ella, Moreno quiso decir que el tal Nicéforo impuso á sus provincias, de que ya no formaba parte la única Sicilia, un tributo adicional de dos siliquias, ó silicuas (1).

(1) Véase en SCHLUMBERGER, *Un Empereur byzantin*, los ejemplos citados de los impuestos establecidos por Nicéforo, particularmente el de *deux sous d'or* para el sostén de la marina. Según MOMMSEN y MARQUARDT (*Organisation financière chez les Romains*), la *siliqua* de oro valía $\frac{1}{24}$ de *solidus* de Constantino, ó sea 66 céntimos de franco.

En cuanto al tributo *siliquatico*, todos los autores le mencionan y explican, después de

Sería tarea por demás enojosa la de tildar todos los yerros y descuidos cometidos en esa pretendida « edición crítica ». Está visible que el editor ha creído que su tarea se limitaba á señalar *grosso modo* los escritos y artículos ya publicados anteriormente, y que se trataba de reimprimir sin adición ni aclaración alguna, fuera de las enmiendas que su mala estrella le ha sugerido para empeorar el texto primitivo. Hasta es caritativo pensar que, ni cuando era posible, ha cotejado la edición auténtica del autor con la del editor de Londres; y esto decimos, porque no es admisible que teniendo una y otra á la vista, se hubiera decidido por la peor. Sabido es, por ejemplo, que la *Representación* fué publicada por vez primera en 1810, en la misma imprenta de la *Gaceta* (1). El título puesto por Mariano Moreno es el único correcto y sensato: *Representación que el apoderado de los hacendados... dirigió al Excmo. señor Virey, etc.* El doctor Piñero le ha sustituido el siguiente encabezamiento: *Representación á nombre del apoderado de los hacendados, etc.*, que le ha parecido más elegante y exacto, bajo la frágil garantía de don Manuel. Ahora bien, como la tal corrección importa una inocentada, es preferible pensar que el editor no se ha tomado el trabajo de saber que corría impresa una edición auténtica de su autor (2).

Acaso se encuentre por algunos que insistimos en estos detalles con excesiva nimiedad. Estos « pormenores », si así deben llamarse tales enormidades bibliográficas, son los que constituyen la obra propia de un editor; y por eso es que, para tan delicada empresa, se designa en otras partes á quien pueda desempeñarla con proli-

Casiodoro. Cujas le consagra un título (*De siliquarum exactionibus*) fuera de numerosas referencias. Bulengerus (*op. cit.*) dice expresamente que fué creado por Teodosio; además, está citado en dos novelas de Justiniano.

(1) Buenos-Aires, Imprenta de Niños expósitos, año de 1810. — Omitido en la *Bibliografía* de Gutiérrez.

(2) Mariano Moreno era el mismo apoderado; decir que dirige la representación « á nombre del apoderado » equivale á revelar que el *Prólogo* de esta edición ha sido escrito por el doctor Piñero, á nombre del prologuista!

jididad asidua, y erudición tan vasta como sólida. Por lo demás, no es tarea modesta ni ligera la de dirigir una buena edición, mucho menos si fuera « crítica » ; y no ha de ser por coincidencia fortuita que ellas se realicen completas y perfectas, únicamente en los países donde se elaboran ahora las obras maestras del pensamiento. La plena civilización imprime su carácter, lo mismo en los detalles que en el conjunto : el alto monumento destinado á durar se compone, además del plan general, atrevido y bello, de mil piedras sucesivas, cada una de las cuales está tallada con exactitud perfecta, y labrada con arte y primor.

Sea lo que fuere, entramos ya en un orden de consideraciones menos pedestres, y más concernientes al espíritu que á la letra del trabajo acometido tan de ligero por el presente editor. Ellas explicarán por qué se confían en Europa tareas análogas á sabios y literatos consumados, que no se desdeñan de aceptarlas.

IV

Después de establecer el texto correcto, la magna labor del erudito consiste en acompañarle de aclaraciones y notas explicativas. Sin aludir á las ediciones sabias, que requieren un comentario perpetuo, es evidente que cualquiera obra histórica ó literaria, que no sea una novela contemporánea, exige un aparato ilustrativo y crítico más ó menos copioso. Con mayor razón, si acaece, como en el caso de Moreno, que los escritos editados tengan valor documentario, y encierren innúmeras alusiones á circunstancias y personajes vinculados al proceso nacional (1).

(1) Como más asequible, y también perfecta en su género, citaré la admirable colección de *Les Grands écrivains de la France*, hecha por Hachette, bajo la dirección de Ad. Régnier.

Sabido es que la presente edición « crítica » brilla precisamente por la ausencia absoluta de toda aclaración y comentario, es decir, de toda crítica. Sea cual fuere la importancia del hecho referido, la obscuridad de la alusión personal, la inexactitud del acontecimiento narrado, durante esa magna olimpiada de 1806-1810; ya se trate de la invasión inglesa ó de la propaganda revolucionaria, consignadas en los escritos de Moreno no pocas veces con flagrantes inexactitudes; ya de invectivas apasionadas contra adversarios políticos y víctimas del torrente insurreccional; ya, por fin, de versiones abiertamente contrarias á las de modernos historiadores, y que sería conveniente examinar:—el editor observa el mismo sepulcral silencio, como—diría Moreno — « si no tuviera vela en ese entierro ». El Dr Piñero desempeña el papel del editor irresponsable: *guarda e passa* con incomparable serenidad.

No necesito repetir que esa actitud prescindente, que reduciría las funciones del director de una edición, á las de un mal corrector de pruebas, no está conforme con los usos establecidos ni con los deberes más elementales del editor,—mucho menos después del ambicioso programa formulado por el « Ateneo » y que se reproduce en la *advertencia* con asombrosa ingenuidad. Busca el lector al crítico de la edición definitiva, y no encuentra en el umbral del libro, sino al vago chambelán cumplimentero, con su prosa incolora y amorfa del *Prólogo* (1). Á eso llama él la *crítica de las bellezas*, recogiendo al efecto un gastado *cliché* de Chateaubriand y Hugo (2) (los genios más reñidos que hubo jamás con todo exacto juicio literario), el cual sólo significaba en ellos la pretensión de ser admirados sin restricción. Al tratarse de un ensayo biográfico y crítico, es decir, de un *retrato*, ¿qué sentido puede tener lo de no atender sino á « la belleza » del modelo? ¿Será que un retratista, con aptitud y actitud de

(1) He aquí su primera línea: « Don Mariano Moreno vivió muy poco tiempo ». En esta frase, sólo es irreprochable lo que no he puesto en bastardilla.

(2) CHATEAUBRIAND, *Essai sur la littérature anglaise*; HUGO, *Préface de Cromwell*.

peluquero, emprenda su obra de adorno, diciendo : « Pintaremos los ojos que son bellísimos, omitiendo la nariz que me parece algo torcida » ? — Críticar es emitir un juicio, imparcial, varonilmente, sin preocupación de agradar ó embellecer ; y si algo existe en el arte, que sea más subalterno que el ciego menosprecio de lo grande, será la complacencia, sin convicción ni distinción, que se derrama al acaso sobre lo grande y lo pequeño.

Y si fuéramos á cuentas, en lo que á nuestro prologuista concierne, veríamos que, fuera de desleir en su trabajo la conocida biografía de Moreno, su anunciada apreciación de las bellezas del modelo se limita á alabar en él á un fantástico « constitucionalista » que nunca ha existido, y á formular juicios tan nuevos y lapidarios como el siguiente, que abrevio al citarle como muestra del *Prólogo* :

« En Chuquisaea (Moreno) vivió en medio de la clase más intelectual que allí existía. La biblioteca del canónigo Terrazas *no estuvo en vano* á su entera disposición. Se instruyó con la *lectura de muchos libros*, principalmente de algunos de los libros franceses de mayor mérito, escritos en los dos últimos siglos, sobre política, economía política, derecho moral, religión, etc. (1). Leyó á *Montesquieu, d'Aguesseau, Locke, Filangieri, Jovellanos, Rousseau, Raynal y varios de los enciclopedistas* (?) (2). Estas lecturas lo familiarizaron (naturalmente) con las doctrinas del siglo XVIII... Estudió también las ciencias jurídicas y la teología... (no admite duda, puesto que se graduó de doctor)... La disertación que dijo, como último examen, es una *verdadera tesis* (gran verdad!)... Es un trabajo de proporciones *limitadas*, modesto y sin pretensiones, *pero completo en su género*. Á pesar de su *escaso valor* (!) se vé *al leerlo*, que es el fruto de una inteligencia, etc., etc. » (3).

De ese tenor son las demás críticas de las bellezas : una mixtura

(1) No hay en la obra de Moreno vestigio alguno del siglo XVII francés, que, por otra parte, se ocupó muy poco de política y menos de « economía política ».

(2) Eso dice D. Manuel que hablaba de estas cosas á bulto. No existe rastro de los autores subrayados, en los escritos de Moreno. Conocía á Montesquieu por Filangieri, como otros conocen á Rousseau por Fouillée.

(3) *Prólogo*, pág. XI y XII.

de afirmaciones mal averiguadas y de apreciaciones vacilantes que se contradicen entre sí. Es lo que llamamos en Francia, la opinión del normando : *Pour une année où il y a des pommes, il n'y a pas de pommes...*

V

La ausencia absoluta de comentarios y notas explicativas, que completa la indigencia de la presente edición, no se refiere únicamente á los históricos ó políticos, es decir á los que sólo tendrían valor general y externo. Lo que debía procurarse, con una nueva edición de Moreno, no era tanto suministrarnos conocimientos de derecho y filosofía política, seguramente un poco elementales y anticuados : cuanto sugerirnos ideas y datos preciosos respecto á la psicología del autor y de su siglo. Para ello, nada más importante que coger al vuelo, por así decirlo, la reminiscencia del escritor y del periodista, en el acto casi inconsciente de la improvisación. Se le sorprende en su mismo proceso y medio intelectual. Ahora bien, acaso no exista documento más significativo de nuestro carácter y de los hábitos mentales ambientes, que la averiguación de los libros que hemos preferido y admirado. Y ello, que podría ser discutible en nuestra época de vertiginoso cuanto rápido « entrevero » literario, — en que los periódicos y revistas sustituyen sus noticias superficiales á la lectura directa y laboriosa de las obras, — es rigurosamente cierto para los tiempos de Moreno.

En los escritos reimpresos, pululan las citas anónimas (1) y transcripciones ó reminiscencias de sus autores favoritos ; era deber del editor — y el lector tenía el derecho de esperararlo en una edición crítica — restituir á cada cual lo que legítimamente le pertenece,

(1) No cita sino á Rousseau, Filangieri, Legendre (de Saint-Aubin) y Jovellanos, y eso no tantas veces como debiera.

para que supiéramos lo que en realidad constituye el caudal propio de Moreno. Ardua tarea, sin duda alguna, y que, por cierto, no demuestra el señor Piñero haber siquiera sospechado. No conoce de veras las obras del siglo XVIII, cuyos autores enumera (después de Manuel Moreno) con la indiferencia de una beata que « desgrana » las cuentas de su rosario. No es temerario afirmar que no ha leído con mucha atención el mismo *Contrato Social* de Rousseau, ni en el original ni en lo que él llama la « traducción » de Moreno. Á haberlo hecho, no hubiera repetido que un *acérrimo republicano* era el autor del dicho famoso: *Malo periculosam libertatem...* siendo así que se cita en el *Contrato* con su verdadera atribución (1). No es más exacto lo que de dicha versión dice el editor: no era de Moreno, — ni tampoco de Jovellanos, como lo afirma el doctor López con su decisión habitual; — fué, como lo dice la portada, una *reimpresión* de la versión española que se esparció por Asturias en 1801, y dió pretexto para perder á Jovellanos, el cual se encontraba elogiado en algunas notas, y por consiguiente no podía ser su autor.

El comentario ilustrativo, cuya ausencia lamento, era ciertamente obra de literato y erudito; pero en este caso especial no hay que exagerar sus dificultades. Las lecturas filosófico-políticas de Moreno, y de la mayor parte de sus contemporáneos eran muy circunscritas, por la dificultad de la propaganda en las provincias españolas y lo escaso de las comunicaciones directas con Francia é Inglaterra. La pobre librería de Moreno se encuentra en la Biblioteca Nacional, y, reunida, no llenaría uno de sus armarios (2). Todo ese fondo venerable se compone de las mismas ediciones, casi siempre de los pro-

(1) La máxima tiene historia. Rousseau la había tomado de la obra del rey de Polonia, Estanislao Lecksinzki: *la Voix libre du citoyen* (1753), donde se atribuye al propio padre del autor. Después que Moreno la puso en circulación, se le ocurrió á Monteagudo adaptarla como epigrafe de su oración inaugural de la *Sociedad patriótica*, atribuyéndola á Lepido en « su arenga al pueblo romano »! — y el más moderno editor de Monteagudo repite, con convicción, la graciosa patraña.

(2) El tomo II del *Catálogo de la Biblioteca (Historia)* actualmente en impresión, irá precedido de un *Ensayo sobre las librerías coloniales*.

pios ejemplares pertenecientes á los hombres de la Revolución, cuyas firmas se leen en las portadas. Y no es simple pasión del bibliófilo, el sentimiento que me penetra cuando, hojeando los mismos ejemplares de Raynal, Helvétius, Filangieri, Mirabeau, Mably y demás inspiradores lejanos de los próceres de Mayo, tropiezo con una nota manuscrita, un signo ó referencia de puño y letra de San Martín, Moreno, Lavarden, Saavedra, Belgrano y otros no menos ilustres. Sin ser argentino, basta ser hombre y contaminado de ese *algo* íntimo y « enfermizo » que alimenta la burla maciza de los positivistas á lo Lombroso, para sentir como un contacto indefinible al volver esas páginas grises : — el leve roce de una ala invisible que parece la del *genius loci* allí adormecido...

VI

Muy engañado andaría, quien tomara estas reclamaciones por nimias exigencias y escrúpulos de literato europeo. Fuera de que este punto de vista no es del todo despreciable, hay razones de gran peso histórico á que vienen vinculadas estas observaciones, al parecer meramente literarias. Lo que Moreno fué realmente, y hasta lo que suele llamarse sus « ideas » acerca de la revolución y la independencia argentina : se desprendería con más verdad y fijeza de sus escritos críticamente examinados, que de hipótesis antojadizas ó de conversaciones « tenidas en Chile » en 1840, con Tagle ó Rodríguez Peña, y traídas á cuenta, ó á cuento, medio siglo después. — No tengo espacio — aunque está hecho el trabajo con la debida atención — para trasladar aquí las notas y comentarios que he apuntado en los márgenes blancos de mi ejemplar, pero quiero dar alguna muestra de su verdadero alcance.

Mariano Moreno estaba imbuído en *algunos* escritores del siglo XVIII, especialmente filósofos y enciclopedistas ; á éstos los sabía

de memoria, puede decirse; en tanto que parece ignorar á los demás, y, entre ellos, al más grande é ilustre de todos : al único cuya mirada de águila percibía sin esfuerzos las causas y las leyes de los acontecimientos humanos (1), trayendo á su presencia, para juzgarlos con la alta majestad del genio, á los pueblos y las épocas de la historia. El *Espíritu de las leyes*, la magna obra política del siglo, la sola que contuviera algo más que peligrosas utopías, hipótesis inverificables ó apasionadas declamaciones, no se encuentra citada en los escritos de Moreno, ni parece que le pida nada prestado, á no ser lo que se le alcanzaría por el reflejo de Filangieri (2).

Este brillante y especioso napolitano — discípulo de Montesquieu, y sublevado algo ridículamente contra su maestro — sí que ejerció, junto con Jovellanos, una marcada influencia sobre Moreno, mayormente antes de la Revolución ! La *Ciencia de la legislación* se derrama en cada página de sus primeros escritos — especialmente en la *Representación* — con más abundancia que el mismo *Informe sobre la ley agraria* ; y, á diferencia de éste, sin que las más de las veces se cite al autor. Durante este primer período, que fué bastante breve, él era ante todo un abogado, que traía citas de cualquiera procedencia, para el efecto, y sin cuidarse mucho de su exactitud ó real valía : es entonces cuando devana las letanías de nombres propios que hemos citado, ó trae á colación, calificándole de « gran

(1) La concisión brillante del estilo presta incomparable relieve al pensamiento de Montesquieu, casi siempre profundo y original. En cada página se encuentran palabras de tanta densidad y alcance *profético*, como la siguiente que se refiere á nuestro asunto : *Les Indes sont le principal, l'Espagne n'est que l'accessoire. C'est en vain que la politique veut ramener le principal à l'accessoire.* (*Esprit des lois*, XXI, xxii).

(2) Fuera de las ediciones modernas (especialmente una de las *Œuvres complètes*, Paris, 1827, cuyo ejemplar perteneció á D. O. Garrigós), no tiene la Biblioteca Nacional más edición anterior á 1810, que la pequeña de Didot, del año XII (1803), y no figura entre las primeras donaciones. En cambio figuran repetidas las de los autores más citados por Moreno. Ello no *prueba* nada, seguramente, pero el indicio no es despreciable.

político» (p. 195) á un mediocre y obscuro Legendre de Saint-Aubin, cuya opinión tergiversa con libertad harto forense. Emplea todavía el mismo procedimiento en sus primeros editoriales. Por ejemplo, varias frases y hasta los nombres propios del artículo *Sobre la libertad de escribir*, proceden de la *Introducción* del libro de Filangieri, de donde probablemente tomaría también su conocido epígrafe de la *Gaceta* (1).

Pero muy pronto, y en fuerza de lo urgente de la materia á tratar en el periódico, se despoja de todo formalismo curial, y, asimiladas sus lecturas favoritas pues ya no son sino los tres ó cuatro libros franceses que él considera en armonía con la situación política, deja correr su verbo torrentoso que arrastra en su carrera, mezclados con ideas y frases propias, detritus y astillas innumerables de Mably, Volney, Rousseau, — sobre todo de Raynal, el fogoso y desmelenado historiador del *Comercio europeo en ambas Indias*. Salvo á Rousseau (dos veces y para fórmulas insignificantes), ya no cita á sus autores, aunque, — como acontece con Mably, en la importante serie de sus estudios constitucionales, — la imitación sea constante y casi continua la transcripción de conceptos (2). No creo que ello deba atribuirse á deseo de adornarse con lo ajeno, sino á instintiva y exacta noción del periodismo, que, siendo un mero instrumento de vulgarización y propaganda, no consiente notas, pero tolera estas usurpaciones momentáneas y apropiaciones trashumantes, en gracia del objeto práctico y de la brevedad.

(1) *Rara temporum felicitate...* (TAG. Hist., I, 1). Conf. *Scienza della Legislazione*, I, *Introduz.*

(2) Compréndese que no pueda rehacer aquí el trabajo que el editor ha desertado, transcribiendo íntegramente las notas marginales de mi ejemplar. Hé aquí, sin embargo, algunas, tomadas aquí y allí, por vía de ejemplo (con la foliatura de la edición actual): ROUSSEAU, *Contrato social*, pág. 325, 388, 390, 391, 398, 412, 413, 427, 428, etc.; RAYNAL, *Histoire philosophique*, pág. 120, 121, 139, 154, 309, 400, etc.; MABLY, *de l'Étude de l'histoire, Droits et devoirs du citoyen*, pág. 358, 386, 387, 389, 390, 393, (399, la conocida cita en bastardilla es el título del capítulo IV, *Étude de l'histoire*), 420, etc. — Las reminiscencias de Mably están casi condensadas en la serie constitucional, *Miras del Congreso*.

Á más de estas asimilaciones á granel y acaso inconscientes, sucede á Moreno transcribir íntegro un pasaje y hasta páginas enteras de sus libros de cabecera : en estos casos no deja casi nunca de subrayar la cita, aunque sin indicar la procedencia más que con uno ó varios epítetos, menos exactos que significativos para nosotros: « el más fecundo genio de nuestro siglo » (1) ; un filósofo moderno, cuyos talentos formarán siempre el asombro de la posteridad » ! (2) ; « las investigaciones de un sabio francés » (3) ; el gran filósofo que nos da tan importantes lecciones » etc. (4). Estas citas descomunales y que suelen concluir algunos artículos, no eran probablemente sino rellenos con que el periodista-secretario, urgido por otras atenciones de gobierno, « justificaba » el pliego de la *Gaceta*.

Con esta ligera muestra de las ilustraciones que requería la edición crítica, he pretendido señalar *desiderata* cuyo fin es mucho más alto que el de satisfacer una exigencia erudita. Compadecería al que no viera en dichas notas, que debieran ser de cada página, más que curiosidades literarias. En realidad, como dije, son indicios inapreciables para la psicología de Moreno y de su medio intelectual. Una admiración tan exagerada por el declamador Raynal, — ese reflejo y suple faltas de Diderot, — no menos que por otros comparsas de la Enciclopedia, unida, por una parte, al olvido

(1) Pág. 154. La cita es de RAYNAL, *Hist. philosoph.*, X, pág. 154 (édit. de 1782).

(2) Pág. 309. El mismo Raynal. *Ibid.*, I, 258 y sig. — La cita, bastante infiel hacia el fin, ocupa dos páginas.

(3) Se trata de SAINTE-CROIX, *Anciens gouvernements fédératifs*. Paris, 1798 — y no 1804, como dice Moreno, pág. 441.

(4) Pág. 359. VOLNEY, *Les Ruines*, XVI. — El fragmento está admirablemente traducido, mucho mejor que en la versión española de Burdeos, 1818. Esta bella cita de Volney es tan característica, que bastaría á desvanecer la opinión que, acerca del « fanatismo » de Moreno, se ha esparcido, sobre todo después del retrato caricatural y fantástico hecho por el doctor López. Contra las deducciones que se sacan de una línea de Moreno y una nota suya al *Contrato social*, presentamos esa cita familiar y admirativa del mayor ateo que existió en el siglo XVIII, y cuyas *Ruinas* escandalizaban á Franklin. Volney, para decirlo de paso, es el autor de la frase : *On ne tue pas les idées*, americanizada por Sarmiento, que la atribuye á Fortoul.

completo de Montesquieu y Voltaire, y por otra, al de los hombres y hechos de la Revolución francesa, — arroja luz vivísima sobre las ilusiones, utopías y faltas de experiencia práctica de los próceres argentinos. Villemain ha señalado esta preponderancia y presencia visible del *Contrato Social* en los debates de la América latina, siendo así que casi nunca se le cita en las asambleas de los Estados Unidos. ¿Qué dijera de Raynal, que no alcanza jamás la belleza de estilo ni los relámpagos proféticos de Rousseau (1) ?

Es fórmula corriente entre los historiadores argentinos lo de atribuir á las doctrinas y actos de la Revolución francesa, gran influencia en el proceso de la argentina. En lo que concierne á 1810, no hay error más completo. Moreno, que, á no dudarlo, encarna en su hora decisiva todo el espíritu de la Revolución, revela un desconocimiento asombroso de la « época » social y humana que sacudiera al mundo, durante la terrible y grandiosa década que principia en 1789. La única alusión que á ella se encuentre en sus escritos (2) ; es la mejor demostración de esta verdad. Merece citarse esta revelación curiosa del aislamiento intelectual en que vegetaba la Colonia :

« El día 20 de junio de 1789 (juramento del *Jeu de Paume*) fué el más glorioso para la Francia, y habría sido el principio de la felicidad de toda la Europa, si un hombre ambicioso, agitado de tan vehementes pasiones como dotado de talentos extraordinarios, no hubiese hecho servir al engrandecimiento de sus hermanos la sangre de un millón de hombres derramada por el bien de su patria. »

Para Moreno, no existe nada entre la Asamblea nacional y el Imperio : las leyes, las constituciones, los *Derechos del hombre*, las arengas de girondinos y jacobinos, son letra muerta para el revolucionario argentino. ¡ Ninguna experiencia ni enseñanza pueden

(1) Como contraste, compruébese la autoridad de Montesquieu y, por ejemplo, los largos extractos del *Espíritu de las leyes* que se encuentran en el *Federalista* de Hamilton, Madison y Jay.

(2) Pág. 414. Artículo del 13 de noviembre de 1810, sobre las *Miras del Congreso*.

extraerse de los triunfos y catástrofes, de las conquistas y excesos de la Convención! El caso es tan extraordinario, que señalo este nuevo punto de vista á los historiadores futuros. Sin reparar para nada en que, de las tempestades y cataclismos contemporáneos, ha surgido á la historia un mundo nuevo, como una nueva Atlántida del seno del océano, el pensador colonial continúa extractando de Rousseau y Mably sus abundantes referencias á las constituciones de Esparta y Atenas, y suministrando copiosos ejemplos de Minos y Licurgo á los diputados de Santiago, Jujuy, Tarija y demás provincias—que ya se ponen en camino para derrocarlo!

Al escribir de Moreno, es inevitable la pregunta : ¿ era unitario, era federal? El actual editor, que tantas omisiones ha cometido, no incurre en ésta, para él primordial. Según su costumbre, responde á lo normando, si bien parece decidirse por el federalismo, que es la doctrina ortodoxa. En realidad, y bastaría lo dicho más arriba para comprobarlo, la pregunta carece de sentido. Moreno no ha pensado, ni podía pensar sino en la cuestión urgente y previa de la Independencia. Era ante todo un espíritu práctico, como hoy diríamos, « oportunista »,—es decir un verdadero político. *Á cada día le basta su afán* : tal es la máxima del estadista. Las largas previsiones, el cálculo remoto de los efectos deducidos de las causas actuales, son especulaciones de filósofos. El hombre de Estado vive en lo presente y lo futuro muy próximo. Pero, lo que ha sido Moreno, sobre un estadista filósofo, es un imperioso tribuno consular y un dominador de hombres. — El primer acto de la Revolución, tenía que ser la Independencia conquistada y legitimada. Á este solo problema actual y concreto, consagró toda su inteligencia y toda su energía—igualmente poderosas.

Por eso es que no atendió, en sus artículos « constitucionales », sino á la demostración del derecho que tenían las colonias para constituirse : es decir, al reconocimiento de su absoluta soberanía, la que, malgrado la « máscara de Fernando » (1), implicaba la

(1) Expresión de Monteagudo.

emancipación. Es cierto que, al terminar el último artículo de la serie, tocó muy de paso al sistema «federativo» (1) trayendo á colación las antfictionías de Sainte-Croix, junto con un singular extracto del mediocre opúsculo de Jefferson, *Notes on Virginia*, y una mejor definición del principio, transcrita casi literalmente de Necker (2). Pero téngase presente que, como más tarde Monteagudo, Moreno se refiere tan sólo á la federación de la América latina, incluyendo en ésta las Antillas (3), para demostrar su imposibilidad. No discute y apenas menciona la forma de gobierno aplicable á las provincias del virreinato: lo único que quiere, y quiere bien, es un gobierno constituido. Por lo demás, era muy capaz de seguir á sus maestros Filangieri y Raynal, en su desconocimiento ó crítica del principio de la división de los poderes, según la constitución inglesa;—y si, como piensan algunos sin mucho fundamento, fuera responsable de la famosa circular que permitió la incorporación de los diputados á la Junta gubernativa, ello confirmaría la hipótesis anterior (4).

La coincidencia de publicarse en este mismo número de la *Biblioteca*, un esbozo de la fisonomía tan varonil y atrayente del gran revolucionario argentino, aunque escrito con otro propósito, me exime de resumir la impresión que deja el estudio de su obra escrita. Fué en verdad el espíritu superior y genial de la revolución de Mayo. Por entre el mal gusto de su educación y de su época, á despecho de las imitaciones y reminiscencias á que sucumbe con harta complacencia,—pero que aminoran tan poco su valía, como las colaboraciones anónimas á que acudía, la de Mirabeau,—su libre pensamiento se abre paso, envuelto en una forma adecuada, ya oratoria y numerosa como un período ciceroniano, ya lapidaria y profunda

(1) El párrafo más explícito ha sido intercalado por Manuel Moreno.

(2) NECKER. *Du Pouvoir exécutif dans les grands États*, II, chap. X, Paris, 1792.

(3) « con las Filipinas » dice en la pág. 439: ha de ser una distracción.

(4) En todo caso, al fundar su voto contrario á la incorporación, en la famosa sesión del 18 de diciembre, no formuló netamente la verdadera objeción.

como un concepto de Tácito (1). Y, para un escritor espontáneo y hecho por las circunstancias, presenta este gran signo: que seguía en progreso constante, y que, muerto en pleno desarrollo, su última producción es, en su brevedad y premura, sino la más bella de todas, al menos la más vibrante y eficaz (2).

VI

Tal era la figura acentuada y noble que de Moreno se conocía, deducida de sus actos y escritos, hasta que salió á luz la presente edición. Como compensación de tantos yerros y omisiones como hemos señalado, el editor nos presenta un «importantísimo documento» inédito de Moreno, titulado *Plan de las operaciones... para consolidar la grande obra de nuestra libertad é independencia*. Esta publicación se anuncia con solemnidad inusitada por el doctor Piñero, de suyo asaz moderado y tranquilo. En esta ocasión extraordinaria, su «Pegaso» se ha desbocado, como el corcel famoso

(1) Señalo «*aux jeunes gens*», como decía Voltaire, un ejemplo de la primera forma en los párrafos de las páginas 377 y 420, que se desenvuelven con una magnificencia y una amplitud imponentes, sin una vacilación, ni un tropiezo; de la segunda manera, abundan las buenas muestras, parecidas á esta frase incisiva de la página 388: *El país no sería más feliz por ser hijos suyos los que lo gobernasen mal*. En general, sus entradas en materia son singularmente felices: *Los pueblos compran á precio muy subido la gloria de las armas... — No tienen los pueblos mayor enemigo de su libertad, que las preocupaciones adquiridas en la esclavitud, etc.* El señor Piñero no le concede sin reticencia el título de escritor ¿quisiera saber qué grandes cualidades del escritor de raza son las que faltan á Moreno?

(2) El preámbulo del famoso decreto de 6 de diciembre que acarreó su renuncia. Moreno no escribió más en la *Gaceta*, y es por inadvertencia que se ha creído reconocer en un artículo del 7 de febrero de 1811, la «pluma acerada de Moreno» (MITRE, *Comprob.*, 183). No hay allí sino el lápiz blando y romo del deán Funes, y el pasaje está reproducido literalmente en el *Ensayo histórico*, III, 444, como el mismo general Mitre lo indica sin detenerse en ello. Moreno se embarcó para Europa el 21 de enero.

que galopó una vez en su vida! Sus adjetivos llegan al superlativo en *ísimo*... Digamos sin demora que la conclusión más exacta y justiciera que de su estudio sacará cualquier perito, es que el autor del *Plan*, á no ser un mistificador ó un demente, tenía un alma de malvado apareada á una inteligencia de imbécil. No hay exageración ni contradicción en los términos: aquello existe, sobre todo en las horas de crisis social. Marat-Jocrisse no constituye un fenómeno inhallable. Lo raro é inaudito, es ver á un grupo de personas ilustradas que asisten impasibles, más aun, con satisfacción y aplauso, á la transformación tan imprevista de uno de los más ilustres próceres argentinos, sin experimentar una duda, sin sentir la tentación de dudar! — Voy á demostrar, al menos así lo espero, que el célebre documento, extraído del Archivo de Sevilla con tanta pompa oficial, sobre no ser inédito, es absolutamente apócrifo; —y que el historiador, sólo preocupado de la verdad, tiene el derecho y el deber de arrancar esas páginas del libro de Moreno, y de lavar esa pura memoria de la afrenta con que, sin mala intención, por supuesto, mas con pavorosa ligereza, se acaba de mancharla...

Ante todo, necesito — ¡ruda tarea! — reseñar la historia y dar un análisis de ese «Plan vasto y trascendental». Ello es indispensable, aunque me convierta en fastidioso fastidiado.

Resulta del enorme documento encontrado en el Archivo de Sevilla, y cuya copia legalizada se ha agregado á los escritos de Moreno, no ocupando menos de 120 páginas impresas, que, con fecha *15 de julio* de 1810, el vocal de la Junta, doctor (sic) Manuel Belgrano, dirigió á la «Excelentísima Junta Gubernativa» de que formaba parte, una comunicación cuyo objeto era pedir el nombramiento «de una comisión secreta» encargada de redactar un plan de gobierno, con arreglo á los nueve artículos que consignaba, y cuyos puntos principales eran: la sublevación de la Banda Oriental y rendición de la plaza de Montevideo; la conducta que debía observarse con Portugal é Inglaterra; la mejor propaganda revolucionaria en estas Provincias; los medios conducentes á

fomentar el Tesoro público; la sublevación y conquista de las « provincias del Brasil » (Río-Grande y anexas); por fin, la forma *mejor* con que se compraría la protección de Inglaterra (con cesiones territoriales!). Dicha nota, *certificada* por el presidente Cornelio de Saavedra, dió lugar á un acuerdo de la Junta, á 18 de julio, según el cual recayó la designación en el *vocal* Mariano Moreno, á quien se resolvió « oficiar para que *al siguiente día á las once de la noche* se presentase dicho señor » á recibir su comisión y prestar juramento, etc. Viene luego la copia del juramento del « señor vocal don Mariano Moreno », siempre con la fecha del 18 de julio (!) y refiriendo que en la *misma fecha*, juró y aceptó la comisión. Una de las cláusulas del acuerdo merece señalarse.

« ...que quedaba (el nombrado) exento de la *penuria de contribuir al desempeño de las funciones de dicho tribunal* (1) en tanto que y hasta llegar á concluir la comisión con que se le destinaba (*sic*), cubriendo la responsabilidad que pudiera resultarle en algún tiempo de la confianza pública desde la fecha que se le encomienda este encargo, hasta su conclusión, con el pretesto de alguna indisposición corporal, de cuya circunstancia se hará manifiesto por diligencia formal y pública para su inteligencia y gobierno » (2).

En seguida de este próambulo, al que corresponde un epílogo del mismo estilo y jaez, se desarrolla el *Plan* « redactado por Moreno », según la « copia de la copia del mismo original que con dicha fecha (30 de agosto) fué presentado á la Junta ».

Antes de producir las pruebas superabundantes de que este documento es apócrifo, no será inútil (para juntar en este estudio de crítica bibliográfica, el ejemplo con el precepto) que refiera muy brevemente cómo fué conducido á dudar de su autenticidad.

(1) El documento entero está redactado en ese mismo estilo de alcalde de zarzuela.

(2) Es inútil decir que no hay vestigio de tal « manifiesto » público, y que, desde el 18 de julio hasta el 30 de agosto (fecha de la conclusión del *Plan*), el *vocal* Moreno dirige la *Gaceta*, redacta y suscribe diariamente todas las órdenes, proclamas y resoluciones de la Junta. Algunos de los documentos y actos más significativos son de este lapso de tiempo (como la cesación de comunicaciones con Montevideo), en que, según la cláusula anterior, debía Moreno « estar enfermo » y no asistir al despacho.

Desde luego, el hecho de no ser propiamente inédito. Es muy extraño que no haya habido en Buenos-Aires quien avise al joven editor, que los artículos ó « reflexiones » del *Plan* habían sido publicados, sesenta y siete años ha, en lugar tan visitado y visible como la obra de Torrente (1). El mediocre y violento español — especie de Elío literario — declara que « la casualidad (?) ha hecho llegar á sus manos » este informe secreto, cuyas cláusulas más significativas publica literalmente con evidente fruición — como que bastan á deshonrar la causa americana en la persona de su ilustre caudillo. Torrente ha escrito su historia en los ocho años que van de 1820 á 1828, pero sus notas son de última fecha (cita diarios argentinos de 1828). ¿ Cómo es que circulaba entonces en España la « copia » única que había de encontrarse hacia 1890, en el Archivo de Indias?

El sentido crítico es un cuasi-instinto que parece participar del olfato sutil y del poder de orientación que dirige á ciertas especies inferiores; no hay, por tanto, que envanecerse de él. Pero se le tiene ó no se le tiene. — y cuando no, no se debe emprender historias ni juicios literarios. Á los veinte renglones de mi lectura, sentí que « reaccionaba » y *llamaba de parada*, este guía y fiel compañero mío. Aquello no era cierto! Ni la Junta había andado en tales manejos nocturnos, ni el *doctor* Belgrano había escrito su nota, ni el *vocal* Moreno había recibido tal encargo (2), — y mucho menos había perpetrado ese odioso y torpe galimatías, en que lo cínico del intento y lo absurdo del concepto disputan el puesto á lo incorrecto y zurdo de la dicción.

Mi convicción íntima estaba hecha; pero faltaba exteriorizarla, presentándola en forma sólida é irrefutable para los demás. Á medida que penetraba en el asunto, las pruebas justificativas se agolpaban

(1) TORRENTE. *Historia de la Revolución hispano-americana*, I, pág. 947 y sig. (edición de 1829).

(2) No hay documento oficial ni privado contemporáneo en que Belgrano y Moreno se designen así. Moreno es siempre *secretario* y nunca *vocal*, — como que, en el origen, no tenía voto.

hasta producir la evidencia deslumbradora. Pero, como siempre sucede, « con la labor aumentaba la obra » (1), y, urgido ahora por « el tiempo y el espacio », mi gran tarea consiste en extractar, entre mis piezas de convicción, algunas de las más claras é irrefragables. Para que mi forzosa concisión no resultara obscuridad, pediría á mis lectores que tuvieran á la vista el cuerpo del delito, á cuya foliatura me referiré constantemente. En estricta doctrina crítica, me bastaría establecer en forma inatacable la *imposibilidad material ó moral* de uno solo de los hechos afirmados en el *Plan* con relación á la persona de Moreno y la fecha fijada á su trabajo para demostrar el carácter apócrifo del documento. Pero debo contar con el espíritu curial que aquí reina, y la incompleta iniciación de algunos lectores en la discusión científica: para no desdeñar la acumulación de argumentos complementarios, que serían ya inútiles para quien hubiera estudiado en la *Lógica* de Mill ó Bain, la teoría de la prueba (2).

PRUEBAS MATERIALES: — Se dice (pág. 409): « sería muy del caso [para sublevar la Banda Oriental] atraerse á dos sujetos... por sus conocimientos (relaciones) que nos consta son muy extensos en la campaña, como por sus talentos, opinión, concepto y respeto: como son los del capitán de dragones don José Rondeau y los del capitán de blandengues don José Artigas... » — Moreno no pudo escribir eso en agosto de 1810. En dicha fecha, la adhesión de Arti-

(1) MILTON. *Paradise lost*, IX, 209 ... *the work under our labour grows*.

(2) Se dice que el *Plan* fué presentado á la Junta el 30 de agosto de 1810, llevando el acuerdo la fecha del 18 de julio: en ese periodo de 42 días debe, pues, encerrarse la discusión. Pero, en realidad, la redacción definitiva, si la hubo, no se extendió posiblemente sino del día 25 de julio á agosto 25. El documento ocupa 120 páginas impresas: puede admitirse que « Moreno » le preparó desde el 19 hasta el 24 de julio, y le hizo copiar del 23 al 30 de agosto. Para facilitar la discusión (aunque no sea ello indispensable) podría, pues, dividirse el documento en tres partes, correspondiendo *probablemente* cada una á las tres divisiones del tiempo empleado: de la página 447 á 486, julio 25 á agosto 5; de la página 487 á 527, agosto 6 á 16; el resto, de agosto 7 á 27. Pero este procedimiento quitaría algún rigor á la demostración.

gas á la causa española era absoluta ; él fué quien persiguió á Cavia y sus amigos después de la tentativa frustrada de Murguiondo, de que se hablará luego —; por fin, su despacho de capitán de blandengues (por vacancia reciente del empleo), extendido por el brigadier Don Joaquín de Soria, lleva la fecha de septiembre 5 de 1810 (1). — En cuanto al « capitán de dragones » D. José Rondeau, que había servido en España después de caer prisionero de los ingleses, no llegó á Montevideo, en la fragata la *Estrella*, hasta el 26 ó 28 de agosto de 1810, saliendo en comisión á Río-Grande, á los pocos días de desembarcar. Es imposible que Moreno pudiera saber nada de este oficial, entonces obscuro, en todo el mes de agosto,—tanto más cuanto que las comunicaciones entre las dos provincias platenses estaban cortadas desde el día 13. En todo caso, es inadmisibile, aún más que en el caso de Artigas, que hablara, á la sazón, del partido ó prestigio que tenía Rondeau en la campaña (2).

—Dice el *Plan*, pág. 493 : « que se vayan organizando para que les sirvan de apoyo en los mismos pueblos (orientales) algunos escuadrones de caballería... teniéndose presente el haberse atraído ya á nuestro partido y honrándolos con los primeros cargos á un Barde, negro, á un Baltazar Bargas, ó á los hermanos y primos de Artigas, á un Benavídez, á un Vázquez, de San José, á un Baltazar Ojeda, etc. ; sujetos que por lo conocido de sus vicios, son capaces para todo (3), que es lo que conviene en las circunstancias, por *los talentos y opiniones populares que han adquirido por sus hechos temerarios...* »—Tratándose de gauchos y oscuros campesinos, cu-

(1) *Titulos y mercedes del Cabildo de Montevideo*, II, citado por BAUZÁ, *Historia de la dominación española*, III. *Documentos de prueba*.

(2) *Autobiografía*, pág. 13. La fecha del día se deduce del mismo documento. Á los seis días de desembarcar, fué mandado en comisión á Río-Grande ; á su vuelta, « habiendo parado muy pocos días después de recibida la comisión precedente », encontró en posesión del gobierno al mariscal de campo Vigodet, « que había desembarcado en los días de mi ausencia ». Vigodet desembarcó el 7 de septiembre.

(3) El tono de desprecio é insulto parece que revela á un enemigo, es decir á un partidario de España.

vos nombres adquirieron alguna resonancia ulterior, es evidente que las grotescas expresiones subrayadas no pueden referirse sino al tiempo de la sublevación de la campaña oriental. Ahora bien, el « levantamiento del país », como dice un historiador nacional, no ocurrió sino después de haber huido Artigas del campo de Muelas, el 2 de febrero de 1811,—puesto que dicho « pronunciamiento » fué la ocasión y señal del movimiento popular. Todo ello está comprobado por la historia (1). El primer alzamiento de Benavídez y Viera tuvo lugar en Asencio, el 28 febrero de 1811. Poco después, Baltazar y Marcos Vargas, paraguayos, se sublevaron en Arroyo-Grande; Vázquez (a) Chiquitín, reunió á los gauchos de San José, al mismo tiempo que Baltazar Ojeda, los de Tacuarembó, y un primo de Artigas, los de Santa Lucía; no hay duda posible á este respecto. Moreno no pudo conocer en agosto de 1810 los nombres ignorados de esos capataces y peones de estancias, puesto que no nacieron, política ó « montoneramente », hasta febrero de 1811,—y es seguro que él murió sin sospechar que aquéllos existían.

—*Plan*, pág. 483: « La plaza de Montevideo se opondrá en gran parte á nuestros designios, mediante á que (sic) no se logró ya el golpe premeditado, conforme se proyectó el día 12 de *agosto* del presente año, bajo la dirección del comandante de *infantería ligera* de aquella plaza, don Prudencio Murguiondo, etc. » — Moreno no ha podido, escribiendo en la *primera quincena de agosto* (el pasaje está en la primera parte del *Plan*), y aunque fuera en la segunda, referirse en esos términos á la tentativa de sublevación organizada en Montevideo por su amigo y colaborador Cavia, y que tuvo lugar el 12 de julio (2). Tampoco es probable que Moreno ignorara en esos días que el comandante del regimiento de infantería ligera

(1) BAUZÁ. Obra citada, III, lib. II. — Viera era un peón brasilero de quien dice el señor Bauzá que « era más conocido que sus compañeros » !

(2) Es curioso que el señor Bauzá, III, pág. 12, cometa el mismo error, á pesar de citar con frecuencia á Torrente, que da la fecha exacta.

era Balbin Vallejo, pariente de Cavia; Murguiondo mandaba el regimiento apellidado *de línea* (1).

—Pág. 480: « En los mismos términos, débese sin recelo dar empleos á *todos los extranjeros*, según el mérito ó talento de cada uno, pues es creíble que éstos sino por patriotismo, á lo menos *por el interés que les resulte, serán fidedignos en la confianza (sic)* que de ellos se haga ». Es muy conocida la actitud absolutamente contraria de Moreno, manifiesta en la famosa circular del 3 de diciembre, que prohibía conferir empleos « á los no nacidos en estas provincias », y que, después de la renuncia de su autor y firmante, fué derogada con estrépito, puede decirse, pues el editorial de la *Gaceta* (ya redactada por Funes) dió importancia exagerada á la medida.

—Pág. 488: « El haber *quitado algunos jefes y castigádoslos*, es porque habiéndoseles encontrado contestaciones (sic) con la Francia, trataban de intrigar y adherir hacia las miras inicuas de Napoleón... » — Es ésta una alusión muy clara á la ejecución de Liniers y sus compañeros que, como es muy sabido, se efectuó en la tarde del 26 de agosto, á inmediaciones de la posta de la Cruz-Alta, y muy cerca de la frontera de Santa-Fe. En rigor, puede admitirse que un « chasque » despachado esa misma noche llegase á Buenos-Aires el 29 (2). Nadie admitirá que Moreno estuviese acechando el momento preciso, para incluir la referencia de marras en el primer tercio del *Plan*, y, hasta el siguiente día en que le entregó, tuviese tiempo para redactar y copiar la materia de 80 páginas impresas.

Podría multiplicar estos ejemplos de errores, contradicciones é imposibilidades materiales: nada he dicho, v. g., de la referencia

(1) Varias veces, en el *Plan*, se hallan citas cuya forma revela la posterioridad de la redacción, v. gr. pág. 466: « ¿Acaso se necesitó más fortaleza el 25 de mayo de 1810...? » No se habla así en julio ó agosto del mismo año.

(2) El historiador López (III, v) refiere con razón como « un caso de prodigiosa rapidez » el viaje del joven Lavin, quien, portador voluntario de comunicaciones de Cisneros para Liniers, salió de Buenos Aires el 25 de mayo « á la media noche y llegó á Córdoba el 28, casi á la misma hora — si el reloj del doctor López anda arreglado.

á Contucci, el agente de infanta Carlota (evidentemente antedatada), ni (pág. 512) de la invasión de la Banda Oriental por las fuerzas portuguesas al mando de D. Diego de Souza, que el autor del *Plan* anuncia, en agosto, para « principios ó fines » de octubre: —lo que podría ser posible con sólo poner « de 1811 » (1)! Creo que basta lo citado para probar que Moreno no pudo escribir el simulado documento en agosto de 1810; daré ahora algunas muestras de lo que se aduciría para demostrar que no pudo redactarlo en ningún tiempo.

PRUEBAS IDIOGRÁFICAS (2).—El estilo ó lenguaje empleado constantemente por el autor del *Plan* no es el de Mariano Moreno, en ningún momento de su carrera, y mucho menos en la época fijada para la redacción del documento. Puede que este género de pruebas sea menos eficaz que el de las anteriores para ciertas personas; para los lectores ilustrados, no dudo que sean éstas las más decisivas y concluyentes. Para mí equivalen á reconocer por la voz, y sin verla, á una persona de mi intimidad que esté hablando en el cuarto inmediato,—á no confundir, por ejemplo, á mi hijo con mi ordenanza. Es el testimonio vivo, más irrefragable de todos los documentos, para la propia convicción.

El estilo de Moreno es siempre el de un hombre sensato y culto, aun cuando pierda por accidente su acostumbrada compostura y sabor literario. El lenguaje del *Plan* es una mezcla de enfáticas, vulgaridades, detritus informe de rancias/lecturas mal digeridas, y de giros toscos é incorrectos que denuncian á gritos al iliterato. La grotesca impropiedad de los términos,—que ya trasciende en las

(1) PEREIRA DA SILVA, *Historia da fundação do imperio brasileiro*, III, documento 12: « ...ordena S. A. R. que V. S. se ocupe em salvar o territorio desta banda do Uruguay entrando com a maior força sobre o territorio hespanhol... » (Aviso reservado del ministro Linhares á don Diego de Souza, 6 de junio de 1811).

(2) Forjo esta voz, que el lector no tomará por errata de *ideográficas*, para significar brevemente que se trata aquí de *peculiaridades* del lenguaje escrito.

breves citas anteriores, — es de cada párrafo, de cada renglón. No son sino frases inconexas y dislocadas, en que el sujeto no encuentra verbo á qué prenderse, vocablos empleados fuera de su sentido corriente, groseros barbarismos y trocatintas de las que comete un alcalde rural lector de gacetas. Está afectado de esa *ecolalia* especial, bastante común entre palurdos que esgrimen una pluma inexperta y quieren « remontarse », la cual consiste en repetir la misma voz en un miembro de frase, como en la famosa « razón de la sinrazón que á mi razón se hace » del *Quijote*; por ejemplo: « los *cimientos* de una nueva república nunca se han *cimentado...* » (pág. 459); « un mero *mandato* de los antiguos *mandones* » (pág. 458); « la conducta *gubernativa* más conducente á las operaciones de la dignidad de este *Gobierno* »; ó, en esta otra forma, más grotesca aún: « cuando no en el todo de nuestras *intenciones...* á lo menos en una parte que nos sea ventajosa para coadyuvar á las *miras* de nuestros *intentos* cerca de nuestras reflexiones » (pág. 514).—Entre otros detalles característicos, señalaré el empleo frecuente de voces ó giros desusados que vuelven como verdaderos *tics*, y que, por supuesto, no se encuentran *una sola vez* en la obra entera de Moreno: *inteligenciar*, *emprendimientos*, *benéfico* (1), etc. Uno de los solecismos más curiosos resulta del uso más que arcaico y absolutamente primitivo del relativo *cuyo*, sin el sustantivo inmediato: « las causales que nos han movido, *cuyas* son las mismas, etc. »; « estas y otras reflexiones, *cuyas* deben ser por tiempos », etc. He contado en el *Plan* nueve de estas verrugas gramaticales, y debo de haber olvidado algunas. He aquí otro caso que es buena muestra del divertido galimatías propio del autor: « y estos convenios por conducto é intervención de la Inglaterra, por *cuyo* también, y además el de Portugal, si la España hubiese vencido, y se hallase ó no evacuada por los franceses, etc. ». No necesito decir que no hay en todo Moreno un solo ejemplo de

(1) Por *benévolo*. Ello sirve para demostrar también que las notas oficiales del principio y la apostilla final son de la misma mano que ha fabricado el *Plan*.

tan insólita locución, que se encuentra á cada paso en este extravagante documento (1). Arcaísmo ó solecismo, no pertenece al estilo de los *Escritos*. Muchos otros reparos podría citar, que serían significativos en razón misma de su peculiaridad (1).

Por lo demás, el contexto entero de esa rapsodia depone altamente contra la injuriosa y monstruosa atribución. El nervioso y castizo escritor de la *Representación* y sobre todo de la *Gaceta*, en esos mismos meses de julio y agosto de 1810, no ha podido desbarrar durante 120 páginas, con frases tan desatinadas y estúpidas como las siguientes :

« Y los conocimientos que me han franqueado *veinticinco años* (no tendría treinta!) de un estudio constante sobre el corazón humano, en cuyo sin que me domine la vanidad, creo tener algún voto *en sus funciones intelectuales*; y por lo contrario, si moderando mis reflexiones no mostrase los pasos verdaderos de la felicidad, sería un reo digno de la mayor execración; y así no debe escandalizar el sentido de mis voces, *de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar á toda costa* aun cuando tengan semejanza CON LAS COSTUMBRES DE LOS ANTROPÓFAGOS, Y CARIBES» (3).

¿Cómo admitir un instante que Moreno sea responsable de este balbuceo ridículo, que se repite á cada paso ?

« Circulando por papeles manuscritos algunos periódicos alusivos al *sistema* estos agentes necesitan ser hombres de algún talento, ilustración é *instruidos en las historias* (4), y que juntamente atesoren el sublime y raro dón de la elocuencia y *persuasiva*, y además adornados de cualidades y circunstancias que los caracterizen, para que se forme concepto y respeto de su persona; y á estos se les debe pasar estas *especulaciones* » (5).

(1) Pág. 502, 503, 509, 520 y *passim*.

(2) Cuando Ulises quiere que le reconozca el viejo servidor, se limita á mostrarle la cicatriz de su rodilla (*Odys. XXI*). — Los más nimios accidentes del estilo pueden ser indicios importantes, si son habituales: por ejemplo, el empleo frecuente del infinitivo substantivado (*temiendo el empezar y ansiando el acabar*, pág. 463), que Moreno no usa casi nunca: lo mismo que el verbo *titubear* (Moreno usa constantemente el argentinismo *trepidat*).

(3) Pág. 467.

(4) Pág. 518. No falta sino lo de « leídos y escritos ».

(5) Para darse la sensación brusca del contraste, conviene que el lector se lea en

Por una coincidencia que no debe sorprendernos, pues el simulador ha procurado remedar al modelo, algunos conceptos ó reminiscencias históricas de Moreno aparecen recordados por aquél ; he aquí una bastante significativa para que pueda compararse el original con su parodia y caricatura :

MORENO

« La prosperidad de Esparta enseña al mundo que un pequeño estado puede ser formidable por sus virtudes ; y ese pueblo, reducido á un estrecho recinto del Peloponeso, fué el terror de la Grecia, y formará la admiración de todo los siglos » (Pág. 393).

EL PLAN

« En una de sus épocas, no sólo desterró Licurgo en Lacedemonia (*uno de sus establecimientos*) (!) toda moneda de oro y plata, sino que introdujo moneda de fierro, que para llevar una sola necesitaban un carro (*que son cien pesos nuestros*) (!) (Pág. 526).

Pero, en suma, y para no prolongar este enfadoso examen: la prueba soberana que debió bastar á la memoria de Moreno, como á Scipion su gesto sublime hacia el Capitolio, es el testimonio nunca desmentido de su firme inteligencia y de su nobleza de carácter. El documento simulado, que se ha tenido la culpable ligereza de incorporar á la obra de Moreno, es un revoltillo de ineptias tan enormes y de perversidades tan cínicas, que salta á la vista la impostura, revelándose el propósito manifiesto de desacreditar al jefe visible de la Revolución, y de suministrar armas contra ella á los Torrente y sus iguales. No tan sólo el fraguador del Plan demuestra ignorar la organización interna del país, los sentimientos verdaderos de sus habitantes y hasta las fuerzas militares de que disponen Montevideo ó los patriotas, sino que desvaría hasta lo grotesco en materia de recursos y conquistas. No le basta apoderarse de la Banda Oriental ; proyecta la

alta voz algunas de las numerosas páginas en que el estilo varonil y pleno de Moreno desenvuelve con admirable y majestuosa maestría, un gran pensamiento político ; v. gr. : el amplio periodo de la página 415, que llena veinte y una líneas sin tropezar ni desfallecer. Ó, todavía, la magnífica peroración de la página 358-359 : « Todos los poderes derivan hoy de un mismo origen... » que concluye con la cita de Volney y no desmerece de ella.

anexión de Rio-Grande, San Pablo y por fin, « el plan de conquista de la América del Brasil » (sic), á medias con Inglaterra, cuya ayuda y complicidad se asegura previamente con la entrega de Martín García! Los recursos no faltarán, merced á la moneda adulterada, y sobre todo á la confiscación de las minas por el Estado (« Entre-mos por principios combinados » !), que le producirán por lo muy bajo una renta de « quinientos ó seiscientos millones de pesos » ! ¿Á qué seguir esa procesión de insanidades, que no se ha vacilado en atribuir á la misma cabeza sólida y positiva que había desenvuelto la doctrina económica de la *Representación*?

Por otra parte, la injuria más atroz que se haya inferido á Moreno, no es la de suponerle alucinado hasta la demencia, sino inmoral y perverso hasta el salvajismo, bajo cubierta de no sé qué « maquiavelismo » de carmañola. ¡ Maquiavelismo, ese llamamiento perpetuo á la perpetración de los mayores crímenes, en nombre de la *causa* y del *sistema*! — La prostitución del honor militar y de la justicia, decretada por la ley; el espionaje premiado, la traición aconsejada; la denuncia y el odio fomentados en el seno de las familias; el degüello ó la proscripción á Malvinas para « los que no hicieran acto de adhesión »; el robo y el asesinato indultados si se acogen á la Revolución; la impostura, el perjurio, el cohecho, la corrupción de los magistrados, declarados actos meritorios — el reinado en fin, de la barbarie y la iniquidad; á todo eso se disculpa llamándolo « maquiavelismo », y se adjudica á Mariano Moreno la paternidad de ese aborto disforme y bestial, considerándole « transcendental » y digno de su alma severa y justa!...

En verdad se extremece la fibra, cuando se mide el grado de inconsciencia á que pueden ser llevados hombres inteligentes y buenos, por el hábito de la irreflexión, unido quizá á esa práctica diaria del sofisma profesional que, á la larga, tiene que deformar el cerebro y anestesiar el discernimiento. Á falta de concepción filosófica

(1) Pág. 471 y 472, 473, 474, 484, 490, 491, 493.



ó de mérito literario, se esperaba encontrar en un Prólogo de 140 páginas, un juicio formulado con decisión y firmeza, que nos invitara á distinguir entre lo mediocre y lo bello, entre el bien y el mal : no se ha escuchado, desde la primera hasta la última línea, sino el balbuceo vacilante y tímido de la inhibición intelectual (1).

Creo que he sido severo para la obra, — pues, lo repito, no tenía que aludir á la persona del editor : — pero mi intención es buena. Opino que la ligereza, la inconsistencia, el medio saber superficial y parasitario son los peores enemigos del espíritu argentino : y por eso he querido levantar aquí, desde el primer día, la bandera del estudio meditado y de la crítica imparcial, sin hipocresías ni melindres.

Respecto del trabajo bibliográfico que acabo de estudiar en las páginas anteriores, la conclusión que de mi crítica se deduce es que, ahora más que antes, se ha hecho necesaria una edición correcta y definitiva de Mariano Moreno, pues la última es inaceptable — no tanto por lo que le falta, cuanto por lo que le sobra.

P. GROUSSAC.

(1) Acaso se extrañe no encontrar en este largo estudio, conjetura alguna acerca del autor del *Plan*. Con haber demostrado su perfecta inepticia, se dice bastante que el misticador no pudo ser persona alguna conocida : ni Montegudo, ni Cavia, ni Manuel Moreno, ni Julián Álvarez, ni el mismo Agrelo — ese honrado Cicerón de Campazas — escribieron tan mal, y menos pensaron tan perversamente. Después de largas vacilaciones, me quedo provisionalmente con la creencia de que fuera « obra de encargo » desempeñada por algún chapucero español, errante por aquí : algún José Presas, más degradado y menos listo que el amanuense de la Infanta Carlota.

NOTA DE LA DIRECCIÓN. — La abundancia de materias nos obliga á suspender la publicación de las secciones *Documentos inéditos*, *Crónica del mes* y *Boletín bibliográfico*, quedando compuesta la primera. Pagado una vez este tributo al aprendizaje, podemos asegurar á nuestros lectores que esta falta no se repetirá. En adelante dichas secciones aparecerán regularmente en cada número.